Enterrado en Vida

Por

Arnold Bennett

Freeditorial

CAPÍTULO I

LA BATA DE COLOR PULGA – FAMA Y RIQUEZAS – EL TERRIBLE SECRETO – REMEDIO CONTRA LA TIMIDEZ – SEÑOR Y CRIADO – EL SALARIO DE UN MES

LA BATA DE COLOR PULGA

El peculiar ángulo que el eje de la Tierra forma con el plano de la eclíptica —ángulo del cual depende en buena medida nuestra geografía, y por ende, nuestra historia— era la causa de que en la época en que comienza este relato se produjera el fenómeno conocido en Londres con el nombre de verano. Ocurría además, a la sazón, que nuestro globo, en su continuo girar por el espacio, presentaba su cara más civilizada del lado contrario al Sol, de lo cual resultaba que era de noche en Selwood Terrace, una de las calles más céntricas del barrio londinense de South Kensington.

En el número 91 de Selwood Terrace, dos luces, una en la planta baja, otra en el piso principal, revelaban calladamente que la pericia humana tiende a burlar las inteligentes disposiciones de la Naturaleza. La casa del número 91 era una de las diez mil similares que hay aproximadamente entre la estación de South Kensington y North End Road. Con su horrible fachada de estuco, su cocina en el sótano, sus escaleras de cien peldaños, su perfecta incomodidad, y pesando sobre su conciencia la muerte de sirvientes de toda clase, esas viviendas levantan hacia el cielo sus escuálidas chimeneas de latón, y esperan con aire melancólico a que llegue el día del Juicio Final de las casas de Londres, ignorando con sublime inocencia las velocidades de rotación y de traslación de la Tierra y el atolondrado deambular de todo el Sistema Solar a través del espacio sideral. Se notaba que la casa número 91 no era feliz, y que solo podría alcanzar la felicidad con un cartel que dijera «Se alquila» en el frontispicio, y otro con el aviso «No hay botellas» en la ventana del sótano-cocina. Pero lo cierto era que no poseía ninguno de estos remedios específicos. Aunque en los últimos tiempos solía estar vacía, nunca llegó a quedarse sin inquilino. A lo largo de toda su respetable y larga carrera, ni una sola vez permaneció desalquilada.

Penetremos en su interior, pues, y respiremos la atmósfera de esa triste casa acostumbrada a estar vacía pero nunca desalquilada. Sus doce habitaciones se encontraban a oscuras y desmanteladas, salvo dos, situadas una encima de la otra, como cajas, luchando lastimosamente contra la pertinaz desolación de las otras diez. Hagamos un alto en el vestíbulo, y dejemos que su atmósfera penetre en nuestros pulmones.

Lo principal, lo más llamativo de la estancia iluminada de la planta baja

era una bata de color intermedio entre púrpura y heliotropo, que las generaciones precedentes acostumbraban a llamar de color pulga; era una prenda acolchada, rellena de edredón, casi tan ligera como el hidrógeno y tan cálida como la sonrisa de una buena persona; una bata vieja ya, naturalmente deslucida en las regiones de más uso, que dejaba escapar menudas y blancas plumas por los poros del satén; pero, en fin, se trata de una bata de ensueño. Llamaba la atención en aquella estancia desmantelada y vacía, y sus voluptuosos pliegues resplandecían a la luz de una lámpara de aceite que, sustituyendo al Sol, estaba colocada sobre una caja de puros, puesta a su vez sobre una mesa sucia de pino. La lámpara tenía su depósito de cristal, su tubo-chimenea y una pantalla de cartón, y probablemente había costado menos de un florín; cinco florines habrían bastado seguramente para comprar la mesa que presidía la estancia; y el resto del mobiliario (que consistía en un sillón donde la bata estaba reclinada, un taburete, un caballete de pintor, tres paquetes de cigarrillos y un planchador de pantalones) podría muy bien haberse adquirido con otros diez florines. En los rincones del techo, oscurecidos por el eclipse de la pantalla de la lámpara, había un complicado sistema de telas de araña que combinaba maravillosamente con el polvo de aquel suelo sin alfombras.

Dentro de la bata había embutido un hombre. Aquel hombre había alcanzado ya la edad interesante, es decir, la edad en que uno cree que ya se han esfumado todas las ilusiones de la infancia: cuando uno cree que entiende la vida, cuando uno se ocupa frecuentemente en soñar despierto las imaginarias y deliciosas sorpresas que la existencia aún te puede deparar; la edad, en fin, más romántica y más tierna de todas las edades… para un hombre, se entiende. Me refiero a la edad de los cincuenta. ¡Una edad que absurdamente no comprenden aquellos que aún no han llegado a ella! ¡Una edad emocionante! Las apariencias engañan de un modo asombroso.

El inquilino de la bata de color pulga lucía bigote y una barba corta de color rojizo, que comenzaba ya a adquirir tonos grisáceos; su abundante cabellera iba también pasando del color del pimentón al de la sal; se manifestaban ya muchas pero diminutas arrugas en las hondonadas que iban de los ojos a las mejillas, todavía frescas y de buen color; tenía los ojos tristes, muy tristes. Si hubiera estado de pie y hubiese mirado hacia abajo, no habría podido verse las zapatillas caseras, sino el prominente botón de la bata. Entiéndaseme: no oculto nada; solo me remito a las cifras que aparecían en el cuaderno de medidas de su sastre.

Quedamos en que era un hombre de cincuenta años. Como la mayor parte de los hombres de cincuenta años, tenía aún un aspecto muy juvenil; y como casi todos los solteros de cincuenta, era un perfecto inútil. Estaba seguro de que no había tenido buena suerte en absoluto en la vida. Si hubiera podido

escudriñarse su espíritu, habríamos descubierto en sus profundidades un constante e intenso deseo de que alguien cuidase de él, de que lo protegiese contra las dificultades y los rigores del mundo. Pero no habríamos dado crédito a nuestro descubrimiento. Un soltero cincuentón no puede admitir que en el fondo es muy parecido a una muchacha de diecinueve primaveras. Sin embargo, es un hecho extraño, pero cierto, que la semejanza entre el corazón de un soltero aventurero y experimentado, a los cincuenta, y el sencillo corazón de una muchacha de diecinueve es mucho mayor de lo que las muchachas de diecinueve años pueden imaginarse; sobre todo cuando el soltero de cincuenta está solo y sin compañía a las dos de la madrugada en la sombría soledad de una casa donde se han desvanecido ya todas las esperanzas. Solamente si es usted un soltero de cincuenta años me comprenderá.

Nunca se ha podido precisar sobre qué meditan las muchachas cuando meditan: ni siquiera ellas mismas podrían asegurarlo. En términos generales, las melancólicas fantasías de los solteros de mediana edad apenas resultan más previsibles. Pero el caso del morador de la bata de color pulga era una excepción a tal regla. Él sabía y habría podido decir con toda precisión en qué estaba pensando. En aquel lugar y en aquella hora tan tristes, sus pensamientos se concentraban en el brillante éxito, único en su clase, del individuo que gozaba de todo el talento y la gloria del mundo, y conocido por todas las naciones del mundo como Priam Farll.

FAMA Y RIQUEZAS

En los días en que la New Gallery era todavía nueva se expuso allí un cuadro firmado con el desconocido nombre de Priam Farll, que despertó un interés tal que, durante varios meses, no hubo conversación entre personas cultas que se pudiera considerar completa sin que se hiciera alguna referencia al mencionado cuadro. Que el artista era positivamente un gran pintor, todo el mundo lo admitía; la única duda que había que resolver era si se trataba del pintor más grande que había existido jamás, o, sencillamente, del pintor más grande de la historia después de Velázquez. Puede que las personas cultas hubieran seguido discutiendo ese punto tan interesante hasta nuestros días si no se hubiera filtrado que la Royal Academy se había negado a adquirir el cuadro. El público culto de Londres cesó al punto en su contienda y por unanimidad cayó sobre la Royal Academy, juzgándola como una institución que no tenía ni razón ni derecho a existir. El asunto llegó al Parlamento y ocupó durante exactamente tres minutos la atención de la legislatura imperial. Desde luego, la Royal Academy no podía excusarse en que el lienzo le había pasado desapercibido, pues sus dimensiones eran de siete pies por cinco. Representaba a un policía, a un simple policía, retratado a tamaño natural; y aquel no era solamente el retrato más sorprendente que pudiera imaginarse,

sino que era la primera aparición de un policía en las bellas artes. Los criminales, se decía, huían instintivamente con solo avizorar aquella pintura. ¡No! La Royal Academy no podía argumentar que la obra le había pasado inadvertida. Y la verdad es que la Royal Academy no esgrimió que se hubiera producido una negligencia ocasional. Tampoco adujo nada sobre su derecho a existir. No dijo nada. Se limitó a seguir existiendo y a percibir unas ciento cincuenta libras esterlinas cada día en chelines sueltos que los visitantes abonaban a la entrada del museo. No pudo obtenerse ningún detalle concerniente a Priam Farll, del cual se sabía únicamente que su dirección era «Lista de Correos, St. Martin's le Grand». Varios coleccionistas, animados por la profunda fe en su propio juicio, y con un sincero deseo de fomentar el arte británico, se manifestaron ansiosos de comprar el cuadro por unas pocas libras esterlinas, y estos entusiastas se quedaron atónitos y compungidos al enterarse de que Priam Farll había fijado para su obra el precio de mil libras: ¡lo que uno pide por un sello de correos raro!

La consecuencia fue que el cuadro no se vendió; y después de que un periódico especialmente entusiasta ofreciera, sin resultado, una buena recompensa por la identificación del agente de policía retratado, el interés por el asunto fue menguando gradualmente, y el público empleó su asueto veraniego anual en discernir, como de costumbre, las intrincadas interioridades de sus relaciones matrimoniales.

Naturalmente, todo el mundo esperaba que al año siguiente el misterioso Priam Farll, de acuerdo con la regla universal que rige para quien quiere hacer carrera en el arte británico, presentara otro retrato de otro policía en la New Gallery… y así, sucesivamente, durante unos veinte años, al cabo de los cuales Inglaterra aprendería a reconocerlo como su pintor favorito de policías. Pero Priam Farll no presentó nada al año siguiente en la New Gallery. Al parecer se había olvidado de la New Gallery, lo cual se consideró una actitud muy poco educada por su parte, si no desagradecida. Por el contrario, el desconocido pintor adornó el Salón de París con un paisaje de grandes dimensiones en cuyo primer término aparecían unos pingüinos. Estos pingüinos se convirtieron en los pingüinos del año en el mundo artístico del continente. Los pingüinos fueron las aves de moda en París y también en Londres (doce meses más tarde). El Gobierno francés propuso comprar el cuadro al precio acostumbrado de quinientos francos; pero Priam Farll lo vendió al coleccionista americano Whitney C. Witt por cinco mil dólares. Poco tiempo después vendió el policía, que se había quedado para él, al mismo coleccionista, por diez mil dólares. Whitney C. Witt era el coleccionista que había pagado doscientos mil dólares por una Madona y un San José, con un oferente, de Rafael. El entusiasta periódico antes mencionado calculó que, teniendo en cuenta la superficie que ocupaba el policía en el lienzo, el arriesgado comprador había gastado dos guineas por pulgada cuadrada de policía.

Y al llegar a tal estado las cosas, la ingente cantidad de público que lee periódicos despertó repentinamente y preguntó como una sola voz: «¿Quién es Priam Farll?».

Aunque la pregunta no obtuvo contestación, la reputación de Priam Farll quedó asegurada para siempre, a pesar de que el artista había ignorado el cumplimiento de las reglas impuestas por la sociedad inglesa como normas de conducta obligada para los pintores de fama. En primer lugar, habría debido tomar la precaución elemental de nacer en los Estados Unidos. Habría debido también, después de haber negado cualquier entrevista durante muchos meses, conceder al final un reportaje especial a alguno de los diarios de mayor circulación. Luego debería haber regresado a Inglaterra, dejándose crecer las melenas hasta parecerse al rey de la selva, o, por lo menos, haber pronunciado en un banquete un discurso acerca de la noble y purificadora misión del arte. Y, finalmente y sobre todo, habría debido pintar un retrato de su padre o de su abuelo, artistas también, para demostrar que no era un vulgar advenedizo. ¡Pero no! No contento con pintar cuadros completamente distintos a los que pintan los demás, desdeñó cumplir con todas las formalidades apuntadas… Y, sin embargo, consiguió acumular un triunfo tras otro.

Hay hombres de los cuales puede decirse lo mismo que se dice de los sabuesos un día de caza afortunado: que es imposible que se equivoquen. Priam Farll era uno de esos hombres. En pocos años llegó a ser una leyenda, el enigma de rigor en todas las conversaciones. Nadie lo conocía; nadie lo había visto; nadie se había casado con él. Al vivir en el extranjero, fue siempre objeto de rumores contradictorios. Sus mismos agentes en Londres, los Parfitts, no conocían de él más que su letra, escrita en el reverso de los cheques, que siempre llevaban números de cuatro cifras. Estos agentes vendían cada año, por término medio, cinco cuadros grandes de Priam Farll y cinco pequeños. Estos cuadros procedían de lo desconocido, y a lo desconocido era adonde viajaban aquellos cheques.

Los artistas jóvenes, mudos de admiración ante las obras maestras del pincel de Priam Farll, que enriquecían todos los museos nacionales de Europa —excepto, por supuesto, el que se erigía en Trafalgar Square—, soñaban con él, veneraban su obra y disputaban fieramente acerca de su figura, considerándolo como el mismísimo símbolo de la gloria, la exuberancia y la perfección artísticas; no lo concebían como un hombre semejante a ellos, que tuviera que anudarse cada mañana los cordones de los zapatos, que tuviera que limpiar su paleta, a quien le latiera el corazón o que pudiera tener un miedo instintivo a la soledad.

Al final, Priam Farll alcanzó la distinción suprema, la prueba más alta del aprecio en que se le tenía. La prensa adquirió la costumbre de mencionar su nombre sin más comentarios ni calificativo alguno. Exactamente, igual que no

se escribe «el señor A. J. Balfour, el eminente hombre de Estado», o «Sarah Bernhardt, la renombrada actriz», o «Charles Peace, el famoso asesino», sino simplemente «el señor A. J. Balfour», «Sarah Bernhardt» o «Charles Peace», así la prensa se refería a él solo como «el señor Priam Farll». Y ningún ocupante de ningún departamento de fumadores en ningún tren matutino se quitó la pipa de la boca para preguntar: «¿Y quién es ese Priam Farll?». Ningún hombre había en Inglaterra con tan grande honor. Priam Farll fue el primer pintor inglés que disfrutó esta suprema recompensa social.

Y ahora se encontraba allí, en un piso semivacío en South Kensington, embutido en aquella bata de color pulga, y abismado en las más lúgubres premoniciones.

EL TERRIBLE SECRETO

Una campanilla sonó en la destartalada casa. El fragor del anticuado campanillazo subió haciendo ecos por la escalera del sótano y llegó a oídos de Priam Farll, que se incorporó un poco y volvió a sentarse. Se dio cuenta de que llamaban con urgencia a la puerta de la calle, de que nadie más que él podía contestar, y, sin embargo, vacilaba.

Así pues, dejemos a un lado a Priam Farll, el artista famoso y rico, y ocupémonos de otra persona aún más interesante: Priam Farll, el ser humano en su vida privada, y así descubriremos el terrible secreto de su personalidad, la clave que explicaba las peculiares circunstancias de su vida.

Como ser humano, ocurría que era tímido.

Pero no era tímido como usted o como yo. Nosotros, usted y yo, nunca sentiremos secretos temores o desmayos ante la perspectiva de tener que hablar con alguna persona desconocida, o al inscribirnos en la recepción de un gran hotel, o al entrar en un gran edificio por primera vez, o al cruzar un salón lleno de gente, o al despedir a un criado, o al tener que discutir con una orgullosa aristócrata a través de la taquilla de una oficina de correos, o al pasar por delante de una tienda donde debemos alguna cuenta que otra. No se nos pasa por la cabeza ruborizarnos, o retroceder, o simplemente parecer contrariados cuando nos ocurre cualquiera de esas cosas, tan comunes en la vida ordinaria, pues no constituirían más que actitudes infantiles. Nosotros, usted y yo, actuamos con naturalidad en todas esas circunstancias, pues… ¿Por qué un hombre normal tendría que portarse de otro modo? Pues bien, en el caso de Priam Farll era totalmente distinto. Llamar la atención del mundo hacia su persona le resultaba angustioso. Pero por carta podía atreverse a todo: le daban una pluma, y no tenía miedo a nada.

Cuando sonó la campanilla, supo que tenía que ir a abrir la puerta. Por humanidad y por interés propio, era importantísimo que acudiera de

inmediato. Porque el que llamaba era seguramente el médico, que por fin venía a ver al hombre que yacía enfermo en la alcoba de arriba. El enfermo se llamaba Henry Leek, y Henry Leek era el punto débil de Priam Farll. Aunque algo granuja (según sospechaba su propio señor), Leek se había revelado como el sirviente perfecto. Como usted y como yo, Leek no era tímido; hacía con toda normalidad todas las cosas normales, y poco a poco llegó a ser indispensable para Priam Farll, a ser el único medio de comunicación entre Priam Farll y el resto de la Humanidad. La timidez del señor, semejante a la de un tierno cervatillo, mantenía a la pareja casi constantemente fuera de Inglaterra y, en sus continuos viajes, el criado invariablemente servía de puente entre aquel prodigio de sensible inseguridad y el mundo que le circundaba. Leek veía a quien había que ver y hacía todo lo que implicaba el más mínimo contacto con otras personas. Y así, como una mala costumbre, aquel vicio fue arraigando en Priam Farll, y año tras año, durante un cuarto de siglo, la timidez de Priam Farll fue aumentando al mismo tiempo que su arte y su fama. Por fortuna, Leek nunca caía enfermo. Es decir, nunca había caído enfermo, hasta el día que ambos llegaron a Londres; por supuesto, sin previo aviso y de incógnito, y para una brevísima estancia. El criado no había podido escoger un momento más inoportuno para ponerse malo, porque en Londres, menos que en ninguna parte, en aquella casa heredada de Selwood Terrace que rarísima vez utilizaba, Priam Farll no podía hacer la vida ordinaria sin su factótum. Digámoslo claramente: la enfermedad de Leek resultaba extraordinariamente desagradable y desconcertante. Al parecer Leek había pillado un resfriado en el barco nocturno que les había traído de Francia. Combatió durante algunas horas los síntomas de aquella insidiosa enfermedad, incluso logró salir a hacer algunas compras, y de paso consultó a un médico. Y luego, sin previo aviso, en el momento mismo en que le preparaba la cama a Priam Farll, se abandonó a la influencia de los virus, y como su propia cama no estaba preparada, utilizó la de su señor. Era de los que siempre hacía con normalidad las cosas normales. ¡Hasta el mismo Priam Farll se había visto obligado a ayudarle a desnudarse!

Desde aquel mismo momento y en adelante, Priam Farll, con toda su opulencia y su ilustre fama, se sumió en la más trágica impotencia. Él, que no podía hacer nada para sí, tampoco pudo hacer nada por Leek, pues Leek se negó a tomar coñac y emparedados, y coñac y emparedados era lo único que había en la despensa de la casa. El enfermo yacía en la habitación de arriba, comatoso, inmóvil, silencioso, esperando al doctor, que había prometido visitarle a la caída de la tarde. El día estival, triste y sombrío, se había tornado en una noche estival.

La idea de salir al mundo y adquirir por sí mismo alimento para él o ayuda para Leek le pareció a Priam Farll un absoluto imposible. Nunca había hecho tales cosas. Para él una tienda era una fortaleza inexpugnable vigilada por

ogros. Además, habría tenido que «preguntar», y «preguntar», para él, suponía el tormento de los tormentos. De modo que comenzó a vagar por la casa, atareadísimo e inútil, subiendo y bajando las escaleras sin hacer nada, hasta que al final Leek, dejando de ser un criado para degenerar en un simple organismo humano bastante deteriorado, suplicó, débil pero categóricamente, que se le dejase en paz de una vez, asegurando que ya estaba mejor. Y así fue como la envidia de todos los pintores, el símbolo de la gloria y el triunfo, se enfundó la bata de color pulga de su criado y se acomodó en un sillón para afrontar una noche de perros.

La campanilla volvió a sonar y luego se oyeron en la puerta unos aterradores golpes con los nudillos que hicieron ecos por toda la casa de un modo sobrecogedor y terrible. Parecía que la mismísima Muerte estuviera llamando a la puerta. En Priam Farll anidó una horrible sospecha: «¿Estará gravemente enfermo de verdad?». Priam Farll se levantó nervioso, dispuesto a enfrentarse a los autores de los campanillazos y de los golpes.

REMEDIO CONTRA LA TIMIDEZ

Al otro lado de la puerta, ataviado con una levita y un sombrero de copa, había un hombre alto, enjuto. Llevaba la fatiga reflejada en el rostro; se conoce que el hombre llevaba en pie más de veinte horas seguidas, cumpliendo con su habitual cometido en la vida de curar enfermedades mayormente imaginarias por medio de la sugestión, y dejando las enfermedades reales y ciertas en manos de la naturaleza y de un poco de agua teñida de sustancias inofensivas.

Su actitud con respecto a la profesión médica era un tanto cínica: en parte, porque estaba convencido de que era la glotonería de South Kensington lo que le proporcionaba los medios para vivir; pero más aún porque su mujer y sus dos hijas, ya creciditas, se lo gastaban todo en trajes y perifollos. Durante años y años, sin tener en cuenta que no era un espíritu inmortal, su familia lo había tratado como una de esas máquinas dispensadoras en las que se echa una moneda de cobre y sale un regalito. En este caso, la familia del buen doctor introducía su desayuno en la boca de esta máquina viviente, apretaban después un botón del chaleco, y de él salían billetes de banco. Para él no había cansancio, ni ayudante, ni carruaje, ni vacaciones: su mujer y sus hijas no le permitían tales lujos. Era un hombre capaz, concienzudo, aquejado de cansancio crónico, calvo y cincuentón. Era también, por extraño que parezca, un hombre tímido; pero se había acostumbrado a ello, igual que uno se acostumbra a tener una muela picada o a desplumar pollos. ¡Pero no quieran encontrar las cualidades de un corazón juvenil en el doctor Cashmore! Conocía bien la naturaleza humana, y no había soñado nunca con nada más sublime que una escapada dominguera en tren a Brighton.

Priam Farll abrió la puerta que separaba a aquellos dos hombres dubitativos, y ambos pudieron verse las caras a la luz del farol de la calle, pues el vestíbulo estaba a oscuras.

—¿Vive aquí el señor Farll? —preguntó el doctor Cashmore a bocajarro, con la involuntaria brusquedad del tímido.

El hecho de que Leek hubiera revelado su nombre casi consiguió que Priam empezara a sudar. Vaya, con dar el número de la casa habría sido suficiente.

—Sí, aquí es —admitió Farll, entre angustiado y molesto—. ¿Es usted el doctor?

—Sí.

El doctor Cashmore se adentró en la oscuridad del vestíbulo.

—¿Cómo anda el enfermo?

—No sabría decirle… —contestó Priam—. Está en cama, inmóvil.

—Está bien —dijo el doctor—. Cuando vino esta mañana a mi consulta, le aconsejé que se metiera en la cama.

Hubo después un breve e incómodo silencio, durante el cual Priam Farll tosió y el médico se frotó las manos, mascullando entre dientes las notas de una canción.

«¡Por Júpiter!», la idea centelleó como un relámpago en la mente de Farll… «Este buen hombre también es tímido, ya lo creo».

Al mismo tiempo, el doctor pensaba: «Aquí hay otro como yo: está hecho un manojo de nervios».

Por una mutua y natural condescendencia, ambos se encontraron más aliviados casi al instante. Como cuando un muelle deja de estar tenso. Priam cerró la puerta y de ese modo impidió también que la luz del farol callejero entrara en la casa.

—Siento que no haya luz aquí —dijo.

—Encenderé una cerilla —contestó el doctor.

—Muchas gracias —exclamó Priam.

El fulgor de la cerilla iluminó los esplendores de la bata color pulga; pero el doctor Cashmore no manifestó extrañeza alguna: podía presumir de que en materia de batas era un experto y ya no tenía nada que aprender.

—Por cierto, ¿qué cree usted que tiene el enfermo? —preguntó Priam Farll en el tono más ingenuo que pudo.

—No lo sé. Habrá cogido frío. Tenía el pulso muy agitado. Puede que no sea nada. Por eso le dije que vendría a verlo esta noche. No he podido venir antes. Estoy en pie desde las seis de la mañana. Ya sabe…, la vida de un médico de cabecera.

Y sonrió con una mueca de cansancio.

—Es muy amable por su parte venir a estas horas —dijo Priam Farll con verdadera y cálida conmiseración hacia el doctor. Tenía una capacidad extraordinaria para ponerse en el lugar de los demás.

—¡No importa! —murmuró el médico. Estaba bastante emocionado. Y para ocultar que estaba emocionado, encendió una segunda cerilla.

—¿Vamos arriba?

En la habitación ardía una vela sobre una mesa de tocador sucia y polvorienta. El doctor Cashmore se aproximó al lecho, que era un oasis de arreglo y compostura en el desagradable vacío de aquella estancia; luego se acercó para examinar al criado enfermo.

—¡Está tiritando! —exclamó en voz baja.

La piel de Henry Leek había adquirido un tono levemente azulado, a pesar de las mantas que tenía encima, de un buen número de colchas, y de que la noche era más bien calurosa. Su rostro avejentado (era el tercer hombre de cincuenta años que había en la habitación) mostraba una expresión de ansiedad. Pero no hizo el menor movimiento ni pronunció una sola palabra cuando vio entrar al médico; solo se le quedó mirando fijamente. Su propia dificultad al respirar parecía ser lo único que le interesaba.

—¿Hay mujeres en la casa?

El doctor se volvió de repente y le planteó aquella pregunta feroz a Priam Farll, que se asustó.

—Solo estamos nosotros —replicó.

A una persona menos experimentada que el doctor Cashmore en los secretos y rarezas de la vida de Londres puede que le hubiera extrañado la situación. Pero el doctor Cashmore no se alteró más en ese momento que cuando tuvo delante la bata color pulga.

—Bueno, pues corra, tráigame enseguida agua caliente —dijo en un tono dictatorial y agresivo—. ¡Pronto, ya! ¡Y coñac! ¡Y más mantas…! ¡No se quede ahí parado, por favor! ¡Acompáñeme a la cocina! ¿Por dónde se va…?

Cogió la vela, y la expresión de su rostro, mirando a Priam Farll, decía bien a las claras: «Ya veo que no sirve para nada en un apuro».

—¡Todo ha concluido para mí, doctor! —exclamó un débil murmullo desde el lecho.

—¡Puedes estar bien seguro de ello, muchacho! —murmuró el médico entre dientes mientras bajaba a toda prisa las escaleras, pisándole los talones a Priam Farll—. A menos que pueda darte enseguida algo caliente.

SEÑOR Y CRIADO

—Y ahora, ¿habrá una investigación judicial? —preguntó Priam Farll. Eran las seis de la mañana.

Se había derrumbado en el sillón de la planta baja. El indispensable Henry Leek se había ido para siempre. No podía imaginarse qué iba a ser de su existencia en el futuro. No se concebía a sí mismo sin Leek. Y, aún peor, le abrumaba hasta el extremo la inmediata perspectiva de que se le pudiera conocer públicamente por culpa de la muerte de su criado, y temía los imprevisibles horrores que pudieran derivarse de ello.

—¡No! —le contestó el doctor jovialmente—. Nada de eso. Estaba yo presente. ¡Doble pulmonía aguda! A veces ocurren cosas así. Yo haré el certificado; pero usted tiene que ir al Registro y dar parte de la defunción.

Aunque no hubiera una investigación judicial, Priam Farll se dio cuenta de que todo aquel asunto iba a resultar inconcebiblemente angustioso. Le pareció que aquello acabaría matándolo, y se llevó ambas manos a la cara.

—¿Dónde viven los parientes del señor Farll? —preguntó el médico.

—¿Los parientes del señor Farll? —repitió Priam sin comprender.

Pero enseguida cayó en la cuenta. ¡El doctor Cashmore creía que el enfermo era Priam Farll! Y fue entonces cuando toda la delicadísima timidez del carácter de Priam Farll se aferró de inmediato a la enloquecida posibilidad de evitar que el mundo supiera que él era verdaderamente Priam Farll. ¿Por qué no dejar creer a todos que había sido él, y no Henry Leek, quien había muerto casi repentinamente de pulmonía en Selwood Terrace, número 91, a las cinco de la mañana? De ese modo, él sería libre, ¡completamente libre!

—Sí, los parientes de Priam Farll… —continuó diciendo el doctor—. Hay que avisar a sus parientes, naturalmente…

Priam repasó mentalmente el catálogo familiar. No pudo recordar pariente más próximo que un tal Duncan Farll, un oscuro primo segundo.

—No creo que tenga parientes —exclamó con voz temblorosa por culpa de la excitación que le producía aquella retorcida temeridad en que estaba incurriendo—. Tal vez haya por ahí algún primo lejano. El señor Farll nunca me habló de su familia.

Y era cierto. Nunca lo había hecho.

Apenas había podido articular las palabras «señor Farll». Pero una vez salieron de su boca, comprendió que de algún modo el engaño ya estaba definitivamente urdido.

El doctor dirigió una rápida mirada a las manos de Priam, las manos ásperas y rugosas de un pintor que siempre anda mezclando óleos y tinturas.

—Discúlpeme —exclamó—; supongo que usted será su criado… o…

—Sí, sí… —contestó Priam Farll.

Ya está: asunto cerrado.

—¿Cuál era el nombre completo de su señor? —inquirió el doctor Cashmore.

Priam Farll tembló un momento y contestó con voz débil:

—Farll. Priam Farll.

—¿No será el gran…? —exclamó el doctor, a quien las casualidades de la vida de Londres por fin le habían sorprendido.

Priam asintió con la cabeza.

—¡Bueno, bueno, bueno…! —exclamó el médico, dando rienda suelta a sus emociones. La verdad era que aquellos azares y casualidades de la vida londinense le agradaban, le complacían, le hacían sentir que era importante en el mundo, y conseguían que olvidara sus fatigas y contratiempos.

Además, comprendió que la bata de color pulga arropaba a un hombre que no podía soportar aquel calvario, y llevado de su buen natural, con el que las fatigas y las contrariedades no habían podido acabar por completo, se ofreció a atender a todas las formalidades del caso. Y dicho esto, se fue.

EL SALARIO DE UN MES

Priam Farll no tenía la menor intención de dormir. Su deseo era más bien recapacitar sobre la situación que él mismo tan temerariamente había creado. Y, sin embargo, al final se quedó dormido… ¡Sentado en el sillón! Se despertó por culpa de un estruendo formidable, como si la casa estuviera siendo bombardeada y le estuvieran cayendo encima los cascotes. Cuando recobró el sentido y el raciocinio, comprendió que el bombardeo no era sino una sucesión de furibundos golpes en la puerta de la calle. Se levantó y vio el reflejo de una figura desaliñada, desastrada y de color pulga en el sucio espejo colocado sobre la chimenea. Y luego, con las piernas entumecidas y los pies dormidos, se dirigió torpemente hacia la puerta.

Allí estaba el doctor Cashmore, en la puerta, con otro hombre también

cincuentón, serio, macilento, completamente enlutado, y con guantes.

Aquel hombre miró con gélida frialdad a Priam Farll.

—¡Ah, por fin…! —exclamó aquel hombre fúnebre.

Y luego entró, seguido por el doctor Cashmore.

El hombre de luto, al pasar el umbral, vio en el suelo un papel blanco. Lo recogió, y después de examinarlo con cuidado, se lo entregó a Priam Farll.

—Supongo que esto es para usted —dijo.

Priam cogió el sobre, y vio que iba dirigido al «señor Henry Leek, Selwood Terrace 91, S. W.». Era letra de mujer.

—¡Despierte, criatura! Es para usted, ¿no? —insistió el caballero enlutado con voz inflexible.

—Sí —dijo Priam, aturdido.

—Sepa usted que soy Duncan Farll, procurador y primo de su difunto señor —añadió con voz metálica, emitida a través de dos filas de dientes largos, hermosos y blancos—. ¿Qué ha hecho usted desde el fallecimiento de su amo hasta ahora?

Priam se quedó mirándolo algo confuso.

—Nada. He estado durmiendo.

—No es usted muy respetuoso que se diga —replicó Duncan Farll.

¡Así que aquel era su primo segundo, a quien había visto solamente una vez en su vida, cuando era un muchacho! Jamás lo habría reconocido. Evidentemente, tampoco Duncan lo había reconocido a él. No hay como poner cuarenta años de por medio para que la gente se vuelva irreconocible.

Duncan Farll recorrió rápidamente todo el piso bajo de la casa, lanzando un «¡ah!» o un «¡oh!» a la entrada de cada habitación. Luego, él y el doctor subieron al piso principal. Priam, entretanto, permaneció inmóvil y extraordinariamente angustiado en el portal.

Al cabo de un rato, Duncan Farll bajó:

—Venga aquí, Leek —le dijo.

Priam le siguió sin decir palabra, y entró tras él en la sala donde estaba el sillón en el que había dormido. Duncan Farll se sentó en la butaca.

—¿Qué salario tiene usted?

Priam tuvo que hacer un esfuerzo para recordar cuánto le pagaba a Henry Leek.

—Cien libras al año —dijo.

—¡Vaya…! Cobra usted un buen salario —exclamó Duncan—. ¿Cuándo ha recibido la última paga?

Priam recordó que le había pagado a Leek hacía dos días.

—Anteayer —contestó.

—Nuevamente tengo que decir que no es usted muy respetuoso que se diga —observó Duncan, sacando su cartera—. Pero, en fin, aquí tiene usted ocho libras y siete chelines, el sueldo de un mes, como finiquito, digamos. Recoja todas sus cosas y esfúmese. Aquí ya no se le necesita para nada. No tengo intención de darle ningún consejo, pero tenga la bondad de vestirse… Son las tres de la tarde, y ya es hora de que abandone esta casa… Ah…, y déjeme ver sus maletas o baúles antes de salir.

Una hora después, al atardecer, cuando Priam Farll se encontró a la puerta de su propia casa, con la pesada maleta de Henry Leek en una mano y tratando de sujetar el pequeño baúl del criado con la otra, comprendió que los acontecimientos se estaban sucediendo con una inusitada rapidez. Había deseado estar libre, y libre estaba. ¡Completamente libre! Pero le pareció muy curioso que todo aquello hubiera ocurrido en tan poco tiempo y como resultado de una simple mentira, fruto de un impulso momentáneo.

CAPÍTULO II

UN CUBO DE FREGAR LOS SUELOS – TÉ – ALICE CHALLICE – NO SE ACEPTAN PROPINAS

UN CUBO DE FREGAR LOS SUELOS

Del bolsillo del gabán veraniego de Leek sobresalía un ejemplar del Daily Telegraph convenientemente doblado. Priam Farll tenía algo de dandy y, como todos los elegantes de verdad y todos los sastres, no toleraba que la impoluta línea de una prenda se viera alterada por el abuso en la utilización de los bolsillos. El gabán en sí mismo y el traje que iba debajo eran bastante buenos; pues, aun siendo propiedad del difunto Henry Leek, le sentaban perfectamente a Priam Farll, por la sencilla razón de que antes le habían pertenecido a él. Leek se había acostumbrado a vestirse siempre utilizando el guardarropa de su señor. El dandy sacó despreocupadamente del bolsillo el Telegraph y lo primero en que se fijó fue en esto: «Hermoso hotel privado, gran categoría. Lujosamente amueblado. Satisfacción garantizada. Situación en Londres, inmejorable. La cocina, una delicia. Tranquilidad. Apropiado para personas de

alto nivel. Cuarto de baño. Luz eléctrica. Mesas independientes. Nada de extras enojosos. Habitación sencilla, desde dos guineas y media por semana. Habitación doble, desde cuatro guineas. Queen’s Gate, 250». Y debajo de ese anuncio, leyó este otro: «No es casa de huéspedes. Mansión magnífica. Cuarenta habitaciones amuebladas por Waring. Soberbios salones públicos amueblados por Maple. Chef parisino. Mesas separadas. Cuatro cuartos de baño. Sala de billar, salón de naipes, salones de descanso. Clientela joven, alegre y aficionada a la música. Bridge (mangas cortas de seis). Especiales condiciones higiénicas. Situación en Londres, inmejorable. Sin engorrosos extras. Habitación sencilla, desde dos guineas y media semanales. Habitación doble, desde cuatro guineas, Teléfono 10.073 W. — Trefusis Mansion, W.»

En aquel momento vio un coche de alquiler acercándose por Selwood Terrace.

Sin pensarlo dos veces, lo llamó.

—Ahí estoy, jefe —dijo el cochero, comprobando con mirada avispada que Priam Farll no estaba acostumbrado a andar con equipajes—: Dele usted un penique a Hackenschmidt y le echará una mano. Eso no pesa nada.

Y, en efecto, un muchacho pálido y desmedrado surgió de la nada, con los históricos residuos de un cigarrillo en los labios. Saltó como un mono las escalerillas de la casa, y sin esperar a que nadie le dijese nada, le arrebató el baúl y la maleta a Priam y los colocó en el carruaje. Priam le dio una moneda de seis peniques que encontró en la cartera de Leek. El muchacho escupió generosamente en la moneda mientras, con extraña habilidad, conseguía mantener sujeta la colilla del cigarrillo en su labio inferior; el cochero levantó las riendas con noble ademán y Priam no tuvo más remedio que introducirse en el coche.

—Al 250 de Queen’s Gate —dijo.

Cuando le exclamó la dirección al perspicaz cochero, al tiempo que mantenía la cabeza a un lado para evitar las riendas, le pareció de repente que había recobrado su nacionalidad, que era indescriptiblemente inglés y que se movía en un ambiente perfectamente inglés. El cabriolé de alquiler era como el hogar al que uno vuelve después de haberse pasado media vida penando por lugares inhóspitos.

Había elegido el hotel del 250 de Queen’s Gate porque parecía el epítome de la tranquilidad y de la discreción. Le pareció que iba a caer en el 250 de Queen’s Gate como en un lecho de plumas. El otro palacio le intimidó. Le recordó los horrores de los hoteles del continente. En sus viajes había sufrido mucho con la sociedad joven, alegre y amiga de la música en espléndidos hoteles, y el bridge (mangas cortas) no tenía ningún atractivo para él.

Mientras el cabriolé avanzaba entre los cañones que formaban los edificios con sus típicas fachadas estucadas, Priam le echó otro vistazo al Telegraph. Le sorprendió bastante encontrar varias columnas en las que se anunciaban soberbios palacios, todos ellos con una situación inmejorable en Londres. Parecía que, de hecho, todo Londres era un solo sitio, inmejorable y glorioso. ¡Y en esos alojamientos todo eran cálidas bienvenidas, todo amabilidad, todo disposición para la comodidad del cliente, la alimentación, el baño, la higiene…! Priam recordaba las antiguas casas de huéspedes de mil ochocientos ochenta y tantos. Ahora todo había cambiado, pero a mejor. El Telegraph estaba repleto de esa prosperidad, con columnas muy apretadas que lo demostraban. Los adelantos invadían incluso los artículos de la primera página, hasta acorralar la propia cabecera del diario. Por ejemplo, descubrió que a la izquierda de la cabecera se anunciaba una nueva y refinada casa de té en Piccadilly Circus, dirigida por verdaderas damas, propietarias del establecimiento, donde se podía tomar verdadero té, con verdadero pan con verdadera mantequilla, y verdaderas pastas, en verdaderos salones. ¡Era verdaderamente asombroso!

El coche se detuvo.

—¿Es aquí? —le preguntó Priam al cochero.

—Este es el 250, señor.

Y lo era. Pero el edificio no tenía en modo alguno aspecto de hotel. Parecía exactamente una casa particular, estrecha y alta, comprimida entre dos de sus hermanas a la derecha y a la izquierda. Priam parecía confuso, hasta que se le ocurrió la solución. «¡Claro!», se dijo a sí mismo. «Es la tranquilidad, la discreción. Esto me gustará». Y bajó del cabriolé.

—Me lo quedo —le dijo al cochero para que esperara, utilizando la misma expresión que si aquel hombre fuera una mercancía que hubiera adquirido para quedársela o con derecho a devolución (y aquello le hizo recordar los buenos tiempos de su juventud).

En la puerta había dos timbres. Presionó uno de ellos y esperó a que abriesen, para ver el discreto aspecto del lujoso mobiliario. No hubo respuesta. Estaba ya consultando el periódico para confirmar el número cuando la puerta giró silenciosamente hacia adentro y apareció en el vano la figura de una mujer de mediana edad, con traje negro de seda, que se quedó mirando a Priam con envarado asombro.

—¿Es aquí…? —comenzó él a balbucear, sumiso y nervioso ante aquella mirada implacable.

—¿Necesita usted habitación? —preguntó la mujer.

—Sí —contestó Priam—. Necesitaba… Si pudiera solo ver un poco…

—¿Quiere usted pasar? —dijo. Y su rostro severo, obedeciendo las órdenes imperiosas del cerebro, comenzó a mostrar una imitación de sonrisa que, como imitación, era admirable: parecía como si aquella mujer no hubiera enseñado nunca a su rostro a sonreír.

Priam Farll se encontró de repente sobre una alfombra turca y en medio de una especie de tinieblas catedralicias. Estaba desconcertado, pero la alfombra turca le dio algo de seguridad. Conforme sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, vio que la catedral era muy estrecha, que en lugar de coro había una escalera, también revestida toda ella con alfombras turcas. En el último peldaño de la escalera descansaba un objeto cuya naturaleza no pudo determinar en un principio.

—¿Va a ser por mucho tiempo? —murmuraron cautelosamente los labios de la mujer.

La respuesta de Priam —respuesta de un hombre de carácter tímido e impulsivo— fue salir huyendo de aquel palacio. Había identificado en aquel momento el objeto que había al final de la escalera. Era un cubo de fregar los suelos, con un trapo sucio sobresaliendo por el borde.

Se sintió profundamente descorazonado y pesimista. Sintió que todas sus fuerzas lo abandonaban. De repente, Londres se había convertido en una ciudad dura, hostil, cruel, imposible. Y echó de menos a Leek. Muchísimo.

TÉ

Una hora después, habiendo dejado el equipaje de Leek en la consigna de la estación de South Kensington (siguiendo el sabio consejo del cochero), Priam Farll se encontraba deambulando por las calles, saliendo del viejo Londres y adentrándose en el nuevo Londres, donde la gente no tenía otra cosa que hacer más que tomar el aire en los parques, holgazanear en los balcones de los clubes, andar de un lugar a otro montados en esos estrafalarios vehículos sin caballos, comprar flores y cigarrillos egipcios, ver cuadros, y comer y beber sin pausa. Casi todos los edificios eran más altos que antes y las calles, más anchas. Cada cien yardas, más o menos, grúas que parecían tocar las nubes y que desafiaban las leyes de la gravedad continuamente transportaban ladrillos y mármoles hacia las capas altas de la atmósfera. Se vendían violetas en todas las esquinas, y el aire estaba impregnado del venenoso hedor del alcohol industrial.

De repente se vio ante una gran fachada con grandes arcos en la que había un gran letrero que rezaba: «TÉ». En el interior distinguió, en efecto, a centenares de personas tomando té. Al lado había otra arcada, también con un gran letrero con la palabra «TÉ», y en cuyo interior vio a otros centenares de

individuos sorbiendo té; y más adelante había otro establecimiento idéntico, y luego otro y otro. Y entonces, de repente, llegó a una plaza circular muy amplia que le resultaba vagamente familiar.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¡Pero si es Piccadilly Circus!

Y justo en aquel mismo momento, encima de una puerta estrecha, vio la imagen de un gran árbol y las siguientes palabras: «The Elm Tree». Era, pues, la entrada de los salones de té de The Elm Tree Rooms, de los cuales se hablaba tan encomiásticamente en el Daily Telegraph. En cierto sentido, Priam Farll era hombre de ideas humanitarias y progresistas, y la idea de aquellas damas, de fina educación, que luchaban valerosamente contra el mundo para procurarse medios decorosos de vivir, en vez de dejarse morir de hambre, como hacían en tiempos pasados, excitó su espíritu caballeresco. Decidió ayudarlas tomando té en su reputado salón. Reuniendo todo el coraje del que era capaz, se adentró por un pasillo alumbrado con luces eléctricas de rosados tonos, y luego subió unas escaleras también rosadas. Al final, una puerta de color rosa le detuvo. Aquella puerta podía haber ocultado muchas cosas misteriosas y peligrosas; pero una inscripción en ella decía lacónicamente: «Empujar», así que hizo caso y empujó con valentía. Se encontró entonces en una especie de boudoir repleto de sillas y mesitas. La brusca transición de la calle bulliciosa y tumultuosa a aquel saloncito produjo en él cierto asombro que le obligó a quitarse el sombrero inmediatamente, como si estuviera al rojo vivo. Salvo por dos damas altas y elegantes que estaban juntas al otro lado del salón, las sillas y las mesas eran las únicas que ocupaban la estancia. Priam estaba a punto de farfullar alguna excusa y huir de allí, cuando una de las damas le dirigió una mirada, así que se sentó. Las damas reanudaron su conversación. Él miró cautelosamente a su alrededor. Olmos firmemente arraigados en el borde de una esterilla india crecían por todas las paredes en exótica profusión, y las ramas más altas de sus copas se extendían por el techo. Un cartel, en el tronco de uno de los árboles, advertía con sequedad: «No se admiten perros». Aquello pareció infundirle ánimos.

Un poco después, una de aquellas damas se dirigió hacia él con aire majestuoso y se quedó mirándolo fijamente al entrecejo. No pronunció una palabra; pero aquella firme y austera mirada parecía decirle a Priam Farll: «Bueno, diga usted. Y a ver si se comporta como un caballero».

Priam Farll estaba dispuesto a sonreírle caballerosamente. Pero la sonrisa se le congeló en los labios.

—Té, por favor —dijo débilmente; y luego, en un tono aterrorizado, añadió—: Si no es mucha molestia…

—¿Qué quiere usted con el té? —preguntó la dama bruscamente; y viendo claramente que el cliente no sabía qué decir, añadió—: ¿Pastas o bizcocho?

—Bizcocho… —repitió Priam, aunque lo detestaba. Pero estaba muerto de miedo.

«Por esta vez te has librado, compañero», iban diciendo los pliegues de la muselina mientras la mujer desaparecía de su vista. «¡Pero nada de tonterías mientras yo no estoy aquí!».

Cuando la mujer, severa y muda, le trajo el té, Priam se percató de que todo lo que había en la mesa, excepto la cuchara y las pastas, estaba lleno de dibujos de olmos.

Después de haber tomado una taza de té y una rebanada de bizcocho, cuando el resto de la infusión estaba ya recargado e impotable, y los trozos de bizcocho se habían resecado hasta convertirse en material apropiado para echar medias suelas a unas botas, Priam Farll recobró, al menos parcialmente, su presencia de ánimo y recordó que no había hecho nada decididamente criminal al entrar en aquel boudoir o salón y pedir algo de comer o beber a cambio de algún dinero. Además, las dos damas volvían a cuchichear la una con la otra, haciendo como si él no existiera, y nadie más se aventuró a adentrarse en aquel virginal bosque de olmos. Priam empezó a pensar qué hacer, y sus pensamientos dieron un giro inusitado —para él— cuando decidió investigar subrepticiamente la cartera de Henry Leek, que hasta entonces solo conocía de vista.

Hacía muchos años que no le habían preocupado las cuestiones de dinero, pero al descubrir, cuando pagó el depósito en la consigna de la estación, que solo quedaba un soberano en el bolsillo del pantalón de Leek, pensó que tarde o temprano sería prudente considerar los aspectos financieros de la vida. En la cartera había dos billetes de diez libras cada uno, cinco billetes franceses de mil francos cada uno y varios billetes italianos de menor cuantía… En conjunto, lo equivalente a unas doscientas treinta libras, sin contar un conversor a pulgadas, algunos sellos de correos y la fotografía de una mujer como de unos cuarenta años, de facciones bastante agradables, todo hay que decirlo.

La suma que encontraba en su poder no le pareció a Priam Farll ni grande ni insignificante. Le pareció, simplemente, suficiente para no tener que ocupar su mente en cuestiones financieras durante algún tiempo. Apenas si se molestó en preguntarse qué hacía Leek con el salario de más de dos años en la cartera. Ya sabía, o al menos lo sospechaba, que Leek era un soberano granuja. Sin embargo, sentía una especie de afecto cínico e inevitable hacia él. Y la idea de que Leek no volviera a afeitarlo, ni a decirle en un tono que no admitía excusas que tenía que cortarse el pelo, que no volviera a facturarle el equipaje ni a reservarle asiento para un largo viaje en tren…, le producía una verdadera melancolía. No lo sentía por Leek, ni se dijo: «¡Pobre Leek!». Nadie que

hubiera tenido el privilegio de conocer a Leek habría dicho nunca: «¡Pobre Leek!», porque la mayor habilidad de Leek siempre había sido la de mirar siempre por el bienestar de Leek, y dondequiera que estuviera Leek, podía tenerse la seguridad de que los intereses de Leek no saldrían perjudicados. Por tanto, el sentimiento de Priam Farll por la pérdida de Leek era fundamentalmente interesado y egoísta.

Aunque la dignidad de Priam Farll se había visto considerablemente dañada en Selwood Terrace en sus últimos instantes allí, también había motivos para felicitarse. El doctor, por ejemplo, le había estrechado la mano al despedirse, y además en presencia de Duncan Farll, lo cual era un motivo para sentirse halagado y orgulloso. Pero el principal motivo de satisfacción para Priam Farll en aquella hora de desolación era haberse eliminado a sí mismo, no existir ya para el mundo. Hay que advertir con toda sinceridad que esta satisfacción casi compensaba su sentimiento por la falta de Leek. Suspiró… y su suspiro fue un inmenso alivio. Pues ahora, al menos, y por un verdadero milagro, se vería libre de la amenaza de lady Sophia Entwistle… Recordando en la distancia su reciente episodio en París con lady Sophia —verdadera razón de su repentina huida a Londres—, se asombró de su insólita capacidad para entregarse a impulsos absolutamente enloquecidos. Como todos los tímidos, tenía prontos de asombrosa audacia, y su temerario atolondramiento adquiría generalmente la forma de agradable simpatía frente a las mujeres que encontraba en sus viajes. (Siempre era menos tímido con las mujeres que con los hombres). Pero proponerle matrimonio a una mujer como lady Sophia Entwistle, una buscona ajada que vivía de hotel en hotel, y revelarle su identidad, y permitir que ella aceptara su proposición matrimonial…, ¡aquello sí que había sido una completa estupidez!

Pero ahora, por fin, estaba libre… porque había muerto.

Sintió entonces un escalofrío al pensar en el tremendo peligro que había corrido y del que había logrado escapar. ¡Él, un hombre de cincuenta años, de costumbres arregladas, acostumbrado a la libertad del silvestre cervatillo…, humillando su orgullosa cerviz bajo la férrea bota de lady Sophia Entwistle…!

Sí, decididamente, había una reconfortante perspectiva tras la negra nube de la traslación de Leek a otra esfera de actividad espiritual.

Al volver a meter la cartera en el bolsillo interior, su mano tropezó con la carta que había llegado para Leek aquella misma mañana. Después de discutir consigo mismo si debía abrirla, cedió a sus impulsos y la abrió:

Estimado señor Leek:

Celebro enormemente haber recibido su carta, y pienso que la fotografía representa a un verdadero caballero. Pero desearía que no me escribiera a

máquina. No sabe usted cómo afecta eso a una mujer; si lo supiera, no lo haría. Sin embargo, me alegraría mucho tener una entrevista con usted, tal y como me propone. Digamos que podríamos ir mañana, sábado, por la tarde, a ver a Maskelyne y a Cook. Ya sabe que no están en el Egyptian Hall. Ahora están en el St. George's Hall, creo. Pero puede usted mirarlo en el Telegraph, y mire también la hora. Estaré allí cuando abran las puertas. Me reconocerá usted por mi fotografía; además, llevaré rosas rojas en el sombrero. De modo que au revoir, por ahora.

Sinceramente suya,

ALICE CHALLICE

P. D. En los espectáculos de Maskelyne y Cook siempre hay muchas partes con poca iluminación. Debo pedirle a usted que se comporte como un caballero. Solo lo digo por si acaso.

A. C.

¡Infame Leek! ¡Sinvergüenza! Ahí estaba la explicación respecto a la misteriosa y diminuta máquina de escribir que Leek siempre llevaba consigo, pero que Priam había dejado en Selwood Terrace.

Priam observó la fotografía que había en la cartera; además, cosa extraña, miró también el Telegraph.

De repente, una señora con tres niños entró violentamente en el salón, ocupándolo casi por completo. Los niños gritaban: «¡Mathaw!, ¡Mathah!, ¡Mathew!», en distintos tonos de escandalosa alegría.

Cuando una de las damas de la casa pasó cerca de él, Priam aprovechó la ocasión para preguntarle tímidamente:

—¿Cuánto es, por favor?

Ella, sin detenerse, dejó una hoja de papel en la mesa y le espetó en tono amenazante:

—Pague usted en el mostrador.

Cuando Priam lo encontró, pues estaba oculto tras un biombo de olmos, tuvo que habérselas con una verdadera aristócrata. Si las otras damas eran hijas de condes, esta era una verdadera condesa en bata.

Priam dejó en el contador el soberano de Leek.

—¿No tiene usted algo más pequeño? —le preguntó la condesa con acritud.

—Lo siento mucho, pero no tengo… —replicó Priam.

Ella cogió el soberano desdeñosamente y lo miró por ambas caras.

—¡Qué engorro…!

Luego abrió dos cajones y con visible mal humor le dio dieciocho chelines y seis peniques, sin decir ni una palabra más y sin dignarse a mirarle.

—¡Muchas gracias! —dijo Priam metiéndose nerviosamente el cambio en el bolsillo.

Y entre los reiterados y estridentes gritos de «¡Mathah!, ¡Mathaw!, ¡Mathew!» de los críos, salió huyendo de allí a toda prisa, sin recibir ni un gesto de despedida o de atención, ignorado absolutamente por aquellas delicadas y refinadas criaturas que luchaban por buscarse el sustento en la gran ciudad.

ALICE CHALLICE

—Supongo que usted es el señor Leek, ¿no? —dijo la mujer, saludando a Priam, que estaba plantado delante de St. George’s Hall, un poco medroso, viendo salir al público de la función vespertina.

Priam retrocedió, asustado, como si la mujer, con su ligero acento de proletario londinense de los extrarradios, le estuviera apuntando con un revólver a la cabeza. Tuvo mucho miedo. Igual podría haberle preguntado qué estaba haciendo delante de St. George’s Hall. La reacción a una pregunta tan natural estimula los resortes más íntimos de la conducta humana.

En Priam Farll había dos personas.

Una era el hombre tímido, que desde hacía mucho tiempo estaba persuadido de que habría preferido no mezclarse con sus congéneres y hacer de su cobardía virtud. La otra era el individuo zalamero y despreocupado al que le encantaban las aventuras atrevidas y sentía una verdadera pasión por las relaciones indiscriminadas con toda la especie humana. Curiosamente, el Número 2 arrastraba con frecuencia al Número 1 y lo ponía en situaciones difíciles de las que el Número 1, aunque enfadado y a disgusto, no podía escapar.

Así pues, fue el Priam Número 2 el que, con el aire más natural del mundo, había deambulado por Regent Street, atraído por la remota posibilidad de encontrarse con una mujer con rosas rojas en el sombrero, y el Priam Número 1 era quien tenía que pagar los platos rotos. Nadie pudo asombrarse más que el Número 2 al darse cuenta de que se cumplían todas sus expectativas en aquel deseo de nuevas emociones. Pero la ingenua sinceridad del Número 2 en su sorpresa no representaba ningún alivio para el Número 1.

Priam Farll se quitó el sombrero y, en ese momento, vio las rosas. Podía haber negado que se llamara Leek y haber salido huyendo, pero no lo hizo.

Aunque la pierna izquierda estaba dispuesta a salir corriendo, la derecha no pudo moverse.

Se dieron la mano. Pero… ¿cómo había podido identificarlo aquella mujer?

—La verdad es que no le esperaba —dijo la mujer, siempre con un ligero acento de extrarradio londinense—. Pero pensé lo estúpido que sería por mi parte perderme esta oportunidad de ver un truco de magia con desaparición incluida solo porque usted no viniera. De modo que me decidí, y aquí estoy.

—¿Y por qué suponía usted que no iba a venir? —preguntó Priam, entre titubeos.

—Pues está claro —dijo la mujer—. Habiendo muerto el señor Farll, se comprende que tendría usted mucho que hacer. Y eso por no hablar del disgusto…

—¡Oh, sí…! —repuso él rápidamente, comprendiendo que debía tener más cuidado porque prácticamente se le había olvidado que el señor Farll había muerto—. ¿Y cómo lo ha sabido usted?

—¿Que cómo lo he sabido? —gritó ella—. ¡Esta sí que es buena! ¿Es que no se entera usted de nada? ¡Hace seis horas que lo sabe todo Londres!

Y apuntó hacia un hombre harapiento que llevaba colgado al cuello un enorme cartel de color naranja a modo de delantal. En el cartel, con grandes letras negras, se leía: «Repentina muerte de Priam Farll en Londres. Edición necrológica especial». Otros hombres harapientos, también con carteles a modo de mandil, pero de distintos colores, iban proclamando del mismo modo que Priam Farll había abandonado este mundo. Y la muchedumbre que salía de St. George’s Hall continuamente compraba periódicos a aquellos heraldos de la muerte.

Priam se sonrojó. Le resultaba muy raro haber estado paseando media hora por el centro de Londres y no haberse dado cuenta de que su nombre flotaba por cada una de las calles de la ciudad mecido por la brisa estival. Pero así había sido. Era ese tipo de hombre. Comprendió entonces por qué Duncan Farll había acudido con tanta presteza a Selwood Terrace.

—¿No querrá usted decirme que no había visto todos esos carteles? —preguntó la mujer.

—Pues es cierto: no los había visto —dijo Priam con toda sencillez.

—¡Eso prueba lo preocupado que habrá estado usted! —exclamó la mujer —. ¿Era un buen amo?

—Sí, muy bueno —afirmó Priam Farll con convicción.

—Veo que no está usted de luto.

—No. Es que…

—Yo tampoco me pongo de luto —continuó la mujer—. Dicen que es para mostrar respeto. Pero me parece a mí que si uno no puede demostrar su respeto sin necesidad de calzarse un par de guantes negros que siempre acaban destiñendo… Yo no sé qué pensará usted, pero yo nunca me he puesto de luto. Creo, además, que eso es protestarle un poco a Dios. Me parece a mí que hay mucha palabrería cuando se habla de Dios. Yo no sé lo que pensará usted, pero…

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo Priam con aquella sonrisa cálida y amable que algunas veces acudía a sus labios y transformaba su rostro antes de que pudiera darse siquiera cuenta.

Y ella se sonrió también, mirándole casi con confianza.

Era una mujer pequeña, gordezuela… Bueno, gorda, de mejillas rellenas y coloradas. Vestía una blusa blanca de algodón y una falda carmesí de corte irregular; guantes grises de algodón, una sombrilla verde y, en lo más alto, el sombrero negro con rosas rojas. La fotografía de la cartera de Leek estaba algo anticuada. El modelo aparentaba unos cuarenta y cinco años, mientras que la fotografía apuntaba a unos treinta y nueve y pico. Priam le dirigió una mirada protectora, no exenta de una cierta condescendencia benevolente y agradecida.

—Supongo que tendrá usted que volver pronto a casa para disponerlo todo… —dijo la mujer. Siempre era ella la que mantenía la conversación a flote.

—No —replicó Priam—. Ya no tengo nada que hacer allí. Me han despedido.

—¿Quién?

—Los parientes.

—¿Por qué?

Priam se encogió de hombros e hizo un gesto de incomprensión con la cabeza.

—¿Pero le han pagado a usted el mes? —preguntó ella con firmeza.

Él se alegró mucho de poder dar una contestación afirmativa.

Tras una pausa, la mujer prosiguió animadamente:

—¿De modo que el señor Farll era uno de esos artistas…? Por lo menos, eso he leído en el periódico.

Él asintió con la cabeza.

—¡Qué ocupaciones más raras tiene la gente! —dijo la mujer—. Pero supongo que algunos se sacarán un buen dinero con ello. Usted debería de saberlo, habiendo estado con toda esa gente, como si dijéramos.

Jamás en su vida Priam Farll había conversado en tales términos con una persona como la señora Alice Challice. Esta era, en todos los sentidos, una verdadera novedad para él: en su vestimenta, en los modales que gastaba, en el acento, en el modo de ver el mundo y en la idea tan peculiar que tenía de la pintura. Priam había leído y oído que existían seres en el mundo como Alice Challice, pero nunca había estado en contacto directo con ninguno de ellos. Todo el asunto le resultaba increíblemente extraño, como si estuviera viviendo una loca aventura. Su propia discreción le advertía que era ridículo prolongar aquel encuentro, pero su estúpida timidez no le permitía largarse de allí. Además, aquella mujer poseía los encantos de la curiosa novedad y había en la señora Alice Challice algo que desafiaba al hombre que había en él.

—¡Bueno! —dijo la mujer—. ¡Supongo que no nos vamos a quedar aquí toda la vida!

La multitud había ido dispersándose, y un empleado cerraba la puerta de St. George’s Hall. Priam tosió. Ella dijo entonces:

—Es una lástima que sea sábado y estén cerradas todas las tiendas. Pero, de todos modos, ¿por qué no paseamos por Oxford Street? ¿Le parece?

—Me parece muy bien.

—Ahora tengo que decirle una cosa —murmuró la mujer con una sonrisa tranquila y apacible cuando echaron a andar—: No tiene usted por qué ser tímido conmigo. No hay razón para ello. Yo soy tal como me ve usted.

—¡Tímido! —exclamó él, verdaderamente sorprendido—. ¿Le parezco a usted tímido?

Priam pensaba que había estado siendo espléndidamente zalamero.

—Ah, bueno… —exclamó ella—. Está muy bien que no lo sea. Sepa usted que consideraría casi una grosería que fuera tímido conmigo. ¿Dónde le parece que podríamos conversar tranquilamente? Tengo toda la tarde libre. Y no sé apenas nada de usted.

Y le lanzó una mirada inquisitiva.

NO SE ACEPTAN PROPINAS

Poco después entraban, codo con codo, en un establecimiento resplandeciente cuyo interior parecía revestido casi completamente por espejos, de tal modo que por todas partes el curioso observador podía

contemplar su propia imagen y fracciones deformadas de sí mismo. La sucesión de espejos se veía interrumpida a intervalos por elaborados carteles esmaltados que repetían: «No se aceptan propinas». Parecía que los dueños del establecimiento deseaban dejar bien claro a los visitantes que, por muy bien que se les atendiera, no debían suponer que fueran a admitirse propinas.

—Siempre quise venir aquí —dijo Alice Challice alegremente, mirando de reojo al sonrojado Priam Farll.

Enseguida, después de atravesar sin novedad un par de vestíbulos, un hombre ataviado como un policía e imitando con notable éxito los gestos de un policía, extendió el brazo ante ellos y los detuvo.

—En fila, por favor… —les dijo.

—Vaya. Yo creía que esto era un restaurante, y no un teatro —murmuró Priam al oído de la señora Challice.

—¡Y es un restaurante! —contestó la señora—. Pero he oído decir que se ven obligados a proceder así porque siempre hay mucha gente. Es muy preciosísimo, ¿verdad?

Priam estuvo de acuerdo con ella. Le pareció que Londres le llevaba mucha ventaja y que tendría que apresurarse si quería alcanzarlo.

Más adelante, otra imitación de policía abrió unas puertas y la pareja, con otros pecadores, salió del purgatorio de la espera para entrar en un bullicioso paraíso donde volvía a advertirse que no se admitían propinas. Se les condujo hacia una mesita llena de platos sucios y de copas vacías, situada en una esquina del enorme y grandioso salón. Un hombre vestido de etiqueta y en cuya mirada podía leerse: «¡Ojito: nada de humillantes propinas!», se acercó a ellos y con un solo movimiento, hábil y asombroso, limpió la mesa en un santiamén y se llevó toda la vajilla sucia. Fue un verdadero prodigio de destreza, y cuando Priam apenas se había repuesto de su asombro, cayó en el anonadamiento al descubrir que, mediante algún procedimiento mágico, aquel mismo hombre ya estaba otra vez a su lado, depositándole en las manos un menú impreso en letras doradas. El menú era extraordinariamente largo —tenía de todo menos acompañamientos de propina— y, sabiendo por experiencia que era un documento que no se recorría y examinaba en cinco minutos, el hombre con traje de gala tuvo la deferencia de no interrumpir los estudios de Priam Farll y Alice Challice durante más de un cuarto de hora. Al cabo de ese tiempo, regresó como un meteoro, les conminó a que terminaran de estudiar el menú y desapareció volando. Pero apenas se había ido, se percataron de que la mesa ya estaba cubierta con un mantel limpio, y de que estaba dispuesto todo el servicio, incluyendo cubiertos y vasos. En ese momento, una orquesta empezó a tocar alegres compases, como la banda de

un cabaret, y conforme iba tocando cada vez más fuerte, la gente hablaba cada vez más alto, y el ruido de los platos se mezclaba con el sonido de los platillos, y las conversaciones de los cuchillos y los tenedores con los gritos de los que a todo trance querían hacerse oír. Un ejército de hombres ataviados de etiqueta (una indumentaria que, por lo visto, estaba prohibida para los que se sentaban a las mesas) circulaban de un lado a otro, y atendían con inconcebible rapidez y austera solicitud a los clientes. Y en cada mármol de las paredes, en cada espejo biselado, en cada columna dórica, se mostraba silenciosa, pero insistentemente, la implacable leyenda: «No se admiten propinas».

Así fue como Priam Farll asistió a su primer banquete público en el Londres moderno. Conocía los hoteles y los restaurantes de media docena de países, pero en ninguna parte se había sentido tan abrumado como aquella noche. Recordaba Londres como una ciudad donde los restaurantes eran poco menos que unas casetas de tablas donde se vendían chuletas asadas y apenas pudo comer por culpa de los pensamientos que acudían en tropel a su mente.

—¿Verdad que es divertido? —exclamó la señora Alice Challice con voz jovial, después de beberse un vaso de cerveza—. ¡Me alegro mucho de que me haya traído aquí! Siempre quise venir.

Y al cabo de algunos minutos, tratando de hacerse oír frente a la tremenda escandalera del restaurante, añadió:

—¿Sabe usted? He estado pensando en volverme a casar durante años. Y si una realmente piensa casarse, ¿qué hace? Ya puede esperar sentada a que los huevos estén a seis peniques la docena, que lo mismo le va a dar. Hay que hacer algo. ¿Y qué va una a hacer sino utilizar las agencias matrimoniales? Y digo yo: ¿qué hay de malo en las agencias matrimoniales, después de todo? Si una quiere casarse, es que quiere casarse, y es una tontería fingir que no quiere. Odio fingir, de verdad. No hay por qué avergonzarse de querer casarse, me parece a mí… Pues, entonces, creo que una agencia matrimonial es una cosa muy buena y muy útil. Dicen que timan a la gente. Bueno, timarán al que se lo busque. También te puede salir rana la cosa sin agencia matrimonial, me parece a mí. No es que a mí me hayan timado, no. A la que tiene sentido común nunca la timan. En fin, si me preguntan a mí, diré siempre que las agencias matrimoniales son la cosa más útil que se ha inventado, después de los parches antitranspiración. Y digo que si de esto nuestro sale algo positivo, pagaré con muchísimo gusto mi factura. ¿No está usted de acuerdo conmigo?

Así que todo el misterio quedaba explicado.

—Absolutamente de acuerdo —contestó Priam.

Y sintió un estremecedor escalofrío que le recorrió la espalda.

CAPÍTULO III

LA FOTOGRAFÍA – EL REFUGIO – FAMA – LAS FUERZAS VIVAS

LA FOTOGRAFÍA

Desde el momento en que la señora Alice Challice hizo sus observaciones en favor de las agencias matrimoniales, la tarde se convirtió en un tormento para Priam Farll. Aquella mujer era lo que él suponía que debía de ser una «mujer muy decente», pero, mira, de verdad… Y la frase se quedaba sin terminar, porque Priam era incapaz de concluir la idea en su mente. Unas cincuenta veces había llegado en su discurso hasta el «verdaderamente», pero su razonamiento moría con esta palabra y se desvanecía en una nube de angustia.

—Supongo que toca ir yéndose —dijo la señora Challice después de comerse su helado y de que se hubiera derretido el de Priam.

—Sí —contestó él, y añadió para sus adentros: «Pero… ¿adónde?».

De todos modos, le pareció que sería un alivio salir del restaurante y pidió la cuenta.

Mientras esperaban la nota, la situación se puso más tensa. Priam estaba deseando soltar unos cuantos soberanos en la mesa y salir de allí volando a toda prisa. La señora Challice, intuyendo vagamente su incomodidad, apenas conseguía encontrar un tema de conversación.

—Se parece usted mucho al de la fotografía —apuntó la mujer, mirándolo a la cara que…, debería señalarse, se había transfigurado en el curso de media hora.

Priam tenía una cara capaz de cambiar de expresión cien veces al día. La que lucía en aquel momento era uno de sus habituales rictus de ansiedad, nivel medio. Se puede imaginar suponiendo la cara que pondría una persona que, estando encerrada en una habitación acorazada de hierro, viera que de repente las paredes se van poniendo al rojo vivo por las esquinas.

—¿Al de la fotografía? —exclamó, asombrado de que pudiera parecerse a Leek en una fotografía.

—Sí —contestó la señora con firmeza—. Por eso le reconocí a usted enseguida. Sobre todo por la nariz.

—¿La tiene usted ahí? —preguntó él, intrigado por ver qué retrato de Leek tenía una nariz parecida a la suya.

Y entonces la señora Challice sacó del bolso una fotografía, pero no era de Leek, sino de Priam Farll. Era una fotografía sacada de un negativo en el que ambos se habían retratado juntos con el fin de convertir la pose en un cuadro. Y desde luego la fotografía resultaba muy elegante. Pero ¿por qué diablos Leek enviaría fotografías de Priam a damas desconocidas a través de una agencia matrimonial? Priam Farll no podía explicárselo… A no ser que se tratara de un verdadero sinvergüenza, taimado y sin escrúpulos.

La mujer miró el retrato con sincera alegría.

—Venga, de verdad, ¿no cree usted que es una fotografía muy buena, pero que muy buena?

—Supongo que sí… —asintió Priam. Probablemente habría dado doscientas libras esterlinas por tener el valor de explicarle con palabras bien escogidas que todo aquello había sido una gran equivocación, una atroz indiscreción fruto de un impulso atolondrado. Pero ni siquiera por doscientas libras habría comprado todo el valor que necesitaba.

—¡Me encanta! —exclamó la señora Challice con entusiasmo, con vehemencia, y, sin embargo, con educación. Y volvió a guardar la fotografía en su bolsito.

Luego, bajando la voz, le dijo a Priam:

—No me ha dicho usted si ha estado casado antes. Esperaba que me lo dijera usted.

Priam se sonrojó. La señora Challice estaba consiguiendo desconcertarlo con esas insinuaciones tan personales.

—No —contestó—. Nunca he estado casado.

—¿Y ha vivido usted siempre así, solo, sin casa, viajando por ahí, sin nadie que mire por usted como es debido? —Había cierta angustia en su voz al decir aquello.

Él afirmó con la cabeza.

—Uno se acostumbra.

—Ah, claro —repuso Alice—; lo comprendo.

—No tiene uno responsabilidades —añadió Priam.

—Ya. Comprendo. —Y luego, titubeando, añadió—: ¡Pero lo siento mucho por usted…! ¡Todos esos años…!

Tenía los ojos anegados en lágrimas, y el tono de su voz era tan sincero que a Priam Farll le resultó muy conmovedor. Por supuesto, ella le estaba hablando a Henry Leek, al modesto ayuda de cámara, y no a su ilustre señor.

Pero Priam entendió que no había una diferencia esencial entre la fortuna de Leek y la suya. Y reconoció que, a pesar de las múltiples perfecciones de Leek como criado, nunca había mirado por él como debía. Las palabras de la señora Challice le hicieron tener tanta lástima de sí mismo como ella; le hicieron comprender que Alice tenía un buen corazón y que lo único que de verdad importa en este mundo es tener buen corazón. ¡Ah…! ¡Si lady Sophia Entwistle le hubiera hablado así…!

Llegó la cuenta. Era tan módica, que Priam casi estaba avergonzado de pagarla. La supresión de «propinas» alimenticias —también prohibidas al parecer— le permitía al monarca de aquel ostentoso palacio presentar una comida completa por casi el mismo precio que una taza de té y una onza y media de tarta en un establecimiento situado solo unas cuantas yardas más abajo, en la misma calle. Felizmente, el monarca, previendo esa vergüenza por parte de los clientes, había ideado un procedimiento especial de pago a través de un agujero, de modo que el cobrador no veía más que las avergonzadas manos del que abonaba. En cuanto a los magos con traje de etiqueta que servían las mesas, al parecer, nunca se manchaban con el contacto del dinero.

Una vez en la calle, Priam se encontró totalmente desorientado respecto a lo que debía hacer. La verdad era que desconocía por completo el código de conducta que debía regir sus relaciones con la señora Challice.

—¿Le gustaría a usted ir al Alhambra o a algún sitio? —sugirió, calculando que era lo más propio que se podía decir a una señora cuya presencia, allí, a su lado, se debía precisamente a su deseo de casarse con él.

—Es muy amable por su parte —contestó ella—. Pero estoy segura de que solo me dice eso por cortesía, porque es usted un caballero. En su caso, no sería de buena educación ir esta noche a un teatro o a un salón de variedades. Ya sé que antes le dije que tenía libre toda la noche… Pero lo dije sin pensar. No fue una indirecta… ¡De verdad! Creo que lo mejor sería irme a casa… y quizá otra noche…

—La acompañaré a su casa —dijo Priam apresuradamente. ¡Otra vez aquella impulsividad atolondrada!

—¿De veras le apetecería? ¿Puede usted?

A la luz azulada de los focos eléctricos, que daban a la calle más claridad que si fuera de día, la señora Challice se puso colorada. Sí, se ruborizó como una muchachita.

Ella lo llevó por unas calles traseras donde había una estación de ferrocarril que Priam no conocía, toda revestida de azulejos, como si fuera una carnicería, y tan limpia como Holanda. Siguiendo las indicaciones de Alice, compró billetes para otra estación cuyo nombre oía también por primera vez, y

enseguida pasaron por unas aspas giratorias de metal que había a la entrada y que tintinearon tras ellos, dejándolos en una especie de gran cofre cuya única salida era un largo y oscuro túnel. Unas manos pintadas en los muros, apuntando a la misteriosa palabra «Vagones» señalaban la dirección que debía tomarse a lo largo del túnel. Se oyó una voz que, surgiendo de la espectral penumbra, gritaba: «¡Suban, por favor…!». La señora Challice echó a correr. Priam la siguió. Mientras avanzaban por el túnel en forma de cofre soplaba un viento constante, de una fuerza tremenda. En cuanto Priam comenzó a correr en pos de Alice, aquel formidable huracán le arrancó el sombrero, que salió volando en dirección a la calle de nuevo. El artista corrió tras él como si fuera un joven de veinte años y consiguió recuperarlo. Cuando volvió hacia el interior del túnel, sus asombrados ojos no vieron más que una gran jaula donde un gran número de seres humanos iban apiñados tras unos barrotes de hierro. Sonó un chasquido metálico, y la gran jaula, con todas aquellas gentes dentro, se perdió de vista en las profundidades de la Tierra.

Le pareció que todo aquello superaba todo lo que había imaginado que pudiera existir en la ciudad de los milagros. Al cabo de un par de minutos, otra gran jaula surgió de las profundidades y apareció en el túnel por un punto distinto de aquel en que la primera se había hundido, vomitó a sus cautivos, y descendió de nuevo rápidamente con Priam y otros muchos, lanzándolos allá abajo, a una mina de paredes blancas con incontables galerías. Priam recorrió durante bastante rato aquellas interminables galerías, bajo el suelo de Londres, siguiendo la indicación de las manos pintadas en los muros, y de vez en cuando trenes mágicos, sin máquinas, pasaban, como visiones fantásticas, por delante de sus asombrados ojos. Pero ya no pudo encontrar ni siquiera el espíritu de la señora Alice Challice en aquel mundo infernal.

EL REFUGIO

En papel de cartas con el membrete «Grand Hotel Babylon, Londres» y deformando su letra, Priam escribió una nota que decía:

Sr. Duncan Farll — Muy señor mío: si llega a Selwood Terrace alguna carta o telegrama dirigidos a mi nombre, tenga usted la bondad de enviármelos a la mayor brevedad a la dirección arriba indicada. Atentamente, H. Leek.

Le llevó algún tiempo acostumbrarse a firmar con el nombre de su difunto criado, pues instintivamente sospechó que Duncan Farll podía ser la trampa en la cual podría caer al más mínimo error, debido a su ignorancia en asuntos legales. Pero si quería que llegara a sus manos cualquier telegrama o carta de la señora Challice, no tenía más remedio que presentarse abiertamente como Henry Leek. Había perdido a la señora Challice en aquella galería imposible de trenes y túneles, y en la carta que le había enviado a Leek no había remite. Priam solamente recordaba que le había dicho que vivía en el barrio de Putney

o en sus cercanías, y la única esperanza de volverla a encontrar residía en el hecho de que ella sí tenía las señas de Selwood Terrace.

Quería verla de nuevo; lo deseaba ardientemente, aunque no fuera más que para explicarle que su separación se debió a un repentino capricho de su sombrero, y que había estado buscándola por todas aquellas galerías subterráneas angustiosa y desesperadamente. ¡Ojalá no le diera por pensar que había escurrido el bulto a propósito! ¡No! Y sin embargo, si no le creía capaz de semejante infamia, ¿por qué no lo había esperado en los andenes? De todos modos, confiaba en que se arreglaría el asunto. Lo mejor sería recibir un telegrama. Y lo segundo, una carta. En cuanto recibiera uno u otra, se apresuraría a ofrecerle explicaciones… Además, deseaba volver a verla, esa era la pura y simple verdad. Le había impresionado gratamente la contestación que le había dado cuando él le propuso ir a un teatro o a un cabaret, y el tono en que la había expresado. Incluso aquella observación… «Me da lástima cómo habrá pasado usted todos estos años», había… Bueno, en cierto modo había cambiado toda su percepción del mundo. Sí: necesitaba verla, para tener la seguridad de que conservaba un buen concepto de él. Cierto, era una mujer impresentable en sociedad, una mujer de costumbres y modales muy raros (sin duda había millones de mujeres así) y, sin embargo, ¡una mujer cuyo respeto uno jamás querría perder por nada del mundo!

Priam se vio forzado por la extrema necesidad a actuar con prontitud o la perdería. Y lo que hizo fue lo que haría naturalmente un hombre que ha pasado la mayor parte de su vida viajando. Se dirigió al mejor hotel de la ciudad. (De repente, como una iluminación, había comprendido que ir a vivir a unos apartamentos privados era una tontería). Ahora se encontraba, por tanto, en una amplia habitación con vistas al Támesis: una estancia con escritorio, un sofá, dos butacas, cinco luces eléctricas, timbres eléctricos, un teléfono, y una puerta de roble macizo, con su cerradura y una llave en ella… En definitiva, ¡un castillo! Fue una empresa algo atrevida para él tomar aquel castillo, pero el caso es que lo tomó. Se registró con el nombre de Henry Leek, un nombre lo suficientemente común como para no llamar la atención, y el camarero del servicio de habitaciones resultó ser un joven muy listo. Confió en dicho camarero y en el teléfono para evitar todo contacto desagradable con el mundo. De ese modo se consideró relativamente a salvo. El enorme hotel era un refugio para su timidez, y allí podría conservarse entre algodones. Era un soberano, el dueño y señor absoluto en el cuarto número 331, con derecho a los casi ilimitados recursos del Grand Hotel Babylon para la satisfacción de todas sus necesidades particulares.

Tan pronto como cerró el sobre con la carta para Duncan Farll, tocó un timbre.

El camarero acudió enseguida.

—¿Tiene usted los periódicos vespertinos?

—Sí, señor.

Y poco después trajo un montón de ellos y los puso sobre la mesa.

—¿Están todos?

—Sí, señor.

—¡Gracias! ¿Es muy tarde para disponer de un mensajero?

—Oh, no, señor —dijo el camarero, como quien dice «¡Nunca es demasiado tarde en el Grand Babylon, oh, Zar!».

—Entonces, por favor, ocúpese de que un mensajero entregue inmediatamente esta carta.

—¿En un coche de alquiler, señor?

—Sí, en un coche. No sé si le darán alguna contestación; él verá. Después, que vaya a la estación de South Kensington y que recoja mi equipaje. Aquí está el recibo.

—Gracias, señor.

—¿Puedo confiar en que se ocupará usted de que todo se haga de inmediato?

—Desde luego, señor —dijo el camarero, y era tal su tono de seguridad que uno quedaba absolutamente convencido.

—¡Muchas gracias! Eso es todo, creo.

El camarero se retiró, y aquel experto en cerrar puertas cerró la de la habitación: era un hombre que había dedicado su vida a perfeccionar el arte del servicio de habitaciones.

FAMA

Priam se tumbó en el sofá que había a los pies de la cama, con todas las luces apagadas, salvo una situada justo sobre su cabeza y envuelta por una tulipa de color escarlata. Los periódicos vespertinos de todos colores, blancos, verdes, rosas, cremas, amarillos, compartían el sofá con él. Se disponía a echar un vistazo a las notas necrológicas; solo para mirarlas por encima, sin prestarles más atención, simplemente para ver qué decían de él. Ya sabía cómo funcionaban los obituarios; con frecuencia había esbozado una sonrisa al leerlos. Conocía también la tremenda fatuidad de la crítica de arte, la cual ni siquiera le hacía sonreír, porque eran un puro aburrimiento. Recordó, además, que no era el primer hombre que leía su propia necrológica, pues lo mismo les había sucedido ya a otras personas; había sabido que otro tanto le ocurrió a

cierto gran personaje, por culpa de un desdichado error, y recordó que, como filósofo, aquel hombre había decidido adoptar una disposición intelectual propia de su grandeza al leer su biografía. Priam adoptó cuidadosa y deliberadamente la misma disposición intelectual. Pensó, con Marco Aurelio, en la futilidad de la fama; recordó el benevolente y paternalista desdén que toda la vida había sentido hacia la prensa; reflexionó con sabia modestia que, en arte, nada vale ni cuenta sino la obra misma, y que no hay verborrea inútil, por mucha que sea, que pueda afectar positiva o negativamente al valor de una obra de arte, cualquiera que sea, ante el mundo.

Luego empezó a hojear los periódicos.

Lo primero que vio le sobresaltó. En realidad, el efecto físico fue verdaderamente extraordinario: aumentó su temperatura como si tuviera fiebre; los latidos de su corazón se hicieron perceptibles al oído; su pulso se aceleró, y sintió un cosquilleo por todo su cuerpo hasta la punta de los dedos de los pies. Hasta aquel momento había intuido, de un modo vago y confuso, que debía de ser un pintor bastante notable. Desde luego, su caché era muy notable. Y había sospechado, aunque también vagamente, que era objeto de la curiosidad general. Pero nunca se había atrevido a compararse con las titánicas figuras del mundo. Le había parecido siempre que su renombre era diferente del renombre de los demás, menos… Digamos… un tanto irreal y ficticio. Nunca se le pasó por la imaginación, a pesar de los precios que había alcanzado su obra y del interés del público, que él también pudiera ser una de las titánicas figuras que gobernaban el mundo. Ahora se daba cuenta de ello. Los periódicos lo constataban muy claramente.

¡Una tipografía enorme! ¡Títulos a dos columnas! ¡Un montón de páginas orladas de negro! «Muere el pintor más grande de Inglaterra», «Muerte repentina de Priam Farll», «Triste fallecimiento de un gran genio», «Una asombrosa carrera prematuramente interrumpida», «Europa está de luto», «Pérdida irreparable para el mundo del arte», «Con el más profundo desconsuelo…», «Nuestros lectores se conmoverán…», «La noticia será un duro golpe para todo amante del gran arte…». Así venían todos los periódicos, intentando superarse unos a otros en sus entusiastas condolencias.

Priam dejó entonces de mirarlos y los apartó con desprecio. Un escalofrío recorrió su espalda. Allí estaba él, tumbado, solo, bajo un fulgor escarlata, encerrado en su castillo, envuelto en su humanidad, con el aspecto exterior semejante al de cualquier hombre, y, sin embargo, las naciones de Europa estaban llorando por su muerte. Podía oír sus sollozos. Todo amante del gran arte pictórico estaba conmovido como si de una pérdida personal se tratara. El mundo entero había enmudecido de pena. Al final, de algo había servido haber hecho todo lo que había estado en su mano; al final, una parte importante de la Humanidad era capaz de apreciar lo bueno que había realizado. Los tremendos

hechos que presentaban los periódicos vespertinos eran ciertamente prodigiosos, y prodigiosamente conmovedores. Todo el mundo se había visto dolorosamente sorprendido por la infausta nueva de su muerte. Sin embargo, Priam olvidó que la señora Challice, por ejemplo, había logrado ocultar perfectamente su duelo por la irreparable pérdida y que sus preguntas acerca de Priam Farll habían constituido prácticamente una formalidad. Olvidó también que él no había advertido señal alguna de duelo profundo, ni de duelo de ninguna clase, en las calles de la populosa capital y que en los hoteles no se oían sollozos y lamentos. ¡Lo único que sabía era que toda Europa estaba de luto!

—Al parecer era un artista maravilloso… Quiero decir, soy —se dijo a sí mismo, deslumbrado y feliz. Sí, feliz—. La verdad es que estaba tan acostumbrado a ver mi trabajo que tal vez no he pensado lo suficiente en ello… —y murmuró aquellas palabras con toda la modestia de que fue capaz.

Ya no tenía sentido mirar por encima los obituarios. Al contrario: no dejó pasar ni una sola línea, ni una sola palabra. Incluso lamentó que los detalles de su vida fueran tan escasos y tan nimios. Le pareció que los periodistas deberían haber investigado más y deberían haberse esforzado a la hora de obtener información. De todos modos, el tono general de los textos era excelente. Los muchachos los habían escrito con la mejor intención, en todo caso. Los ojos de Priam no encontraron más que elogios. En realidad, la prensa de Londres se había entregado por completo a una orgía de encomios. La modestia del artista intentó advertir que todo aquello era ligeramente exagerado; pero su imparcialidad preguntó:

—Pero, bueno, en realidad… ¿Qué podrían decir contra mí?

Como regla general, los elogios excesivos resultan empalagosos; pero en esa ocasión eran indudablemente sinceros. ¡Todo lo que decían era la pura verdad!

¡Jamás en la vida se había encontrado tan contento con la manera en que estaba organizado el universo! Todo aquello casi mitigaba el engorro de la desaparición de Leek.

De repente, mientras proseguía su lectura, encontró una frase en la que discretamente se insinuaba, a propósito del cuadro del policía y el de los pingüinos, que la excesiva originalidad en la elección de los temas de sus cuadros era quizá un tanto afectada, una especie de pose. La acusación le dolió en lo más hondo.

—¡Una pose afectada! —exclamó para sus adentros—. ¡Qué mentira! ¡Este es un idiota!

También le molestó una observación con la que terminaba una «semblanza

necrológica» sumamente laudatoria en la forma y en el fondo, escrita por un experto cuyos libros Priam siempre había respetado: «Sin embargo, en la mayoría de los casos los juicios de los contemporáneos suelen estar muy equivocados, y conviene recordar este dato a la hora de erigir un pedestal para nuestro artista. Solo el tiempo dirá cuál es el verdadero lugar que le corresponde a Priam Farll».

De nada sirvió que la modestia le cuchicheara al oído que los juicios de los contemporáneos generalmente resultan equivocados. Aquello no le agradaba. Es más, le molestaba. Siempre hay excepciones a la regla. Y lo único que había conseguido el experto era simplemente invalidar el resto de su artículo. ¡Maldita sea la historia…!

Casi había llegado a la última línea de la última nota necrológica cuando se sintió decididamente contrariado. La mayor parte de los articulistas, para excusar la escasez de datos biográficos, remarcaban que Priam Farll era completamente desconocido en la sociedad londinense; que amaba la soledad y el retiro, y que odiaba la publicidad, que vivía aislado; etcétera. La palabra «aislado» lastimó un poco su susceptibilidad. Pero cuando el menos importante de todos los diarios vespertinos afirmó rotundamente que era público y notorio que Priam Farll era un individuo extremadamente excéntrico en sus costumbres, se vio acometido de una secreta furia. Ni su modestia ni su filosofía fueron suficientes para hacerle recobrar por completo la calma.

—Excéntrico, ¿eh? ¡Vaya! ¿Qué va a ser lo próximo? ¡Excéntrico, ya ves!

Ahora bien, ¿cómo iba a poder rectificar esas opiniones?

LAS FUERZAS VIVAS

Ya habían pasado las once y cuarto pero todavía no eran las once y media. Priam se hallaba sentado, solo, en una mesa del restaurante del Grand Hotel Babylon. No había recibido noticias de la señora Challice; al parecer, no había telefoneado enseguida a Selwood Terrace, como había deseado vehementemente Priam. Pero en el equipaje de Henry Leek, recogido sin mayores contratiempos en la estación de South Kensington, encontró uno de sus trajes usados, aunque no muy viejo; era uno de los trajes que le había regalado a su criado.

Le apasionaba la idea de pasar inadvertido entre la gente elegante, en el mundo de los clientes de los hoteles caros, un mundo al que estaba de sobra acostumbrado. Es más, notó que le había entrado hambre. Así que había bajado al famoso restaurante, cuyas amplias ventanas, abiertas de par en par, daban a las riberas del Támesis, majestuosamente iluminadas. El espléndido salón ambarino estaba casi lleno de mujeres carísimas, de hombres derrochadores y de camareros con galones plateados, cuyas hábiles,

silenciosas y sobrehumanas atenciones solían recibir una remuneración de a cuatro peniques por minuto. La música, el amoroso postre de la medianoche, flotaba sutil en el ambiente y apenas se intuía en aquella atmósfera de humo ambarino. Era la mejor imitación del lujo romano que podía ofrecer Londres, y después de los acontecimientos de Selwood Terrace y de aquel engreído palacio donde ni daban ni admitían propinas, Priam Farll disfrutó de todo aquello igual que disfruta quien regresa a casa después de haber vagado largos años por lejanos países.

A su lado había otra mesa desocupada, dispuesta para dos cubiertos, y a la cual llegaron poco después, elegantemente vestidos, un joven y una mujer espléndida cuya juventud iba ya resbalándose de sus brillantes y suaves hombros como una capa. Así que Priam pudo escuchar la siguiente conversación sin necesidad de afinar mucho el oído:

HOMBRE:— Bueno, ¿qué vas a tomar?

MUJER:— Pero, vamos a ver, mi pequeño Charlie… Tú no puedes permitirte el lujo de pagar esto.

HOMBRE:— Nunca he dicho que pudiera. Es el periódico el que paga. De modo que no hay más que hablar.

MUJER:— ¿Tan amable es lord Nasing?

HOMBRE:— No es lord Nasing. Es el nuevo editor de nuestra sección: lo han traído directamente de Chicago.

MUJER:— ¿Durará mucho?

HOMBRE:— Pues durará un centenar de noches. Digamos, lo que dure tu obra de teatro. Entonces cobrará sus seis meses de indemnización, y un puntapié.

MUJER:— ¿Y cuánto cobrará de indemnización?

HOMBRE:— Tres mil libras.

MUJER:— ¡Vaya, eso no lo gano ni yo…!

HOMBRE:— Ni yo. Pero ninguno de los dos hemos nacido en Chicago.

MUJER:— Por cierto, me han ofrecido mil dólares por semana por trabajar allí.

HOMBRE:— ¿Y cómo no me dijiste eso en la entrevista? He estado dos entreactos enteros intentando que me dijeras algo interesante, y te guardas un detalle como ese en la manga… Eso no está bien con un antiguo y fiel admirador… Bueno, ya lo añadiré. ¿Te apetece poulet chasseur?

MUJER:— ¡Oh, no! Ni se me pasa por la imaginación. ¿No sabes que

estoy a régimen? Nada de salsas. Ni azúcar. Ni pan. Ni té. ¡Gracias a eso he perdido cerca de cinco kilos en seis meses! Ya sabes, me estaba poniendo tremenda.

HOMBRE:— ¿Me dejas poner también eso en la entrevista, eh?

MUJER:— Atrévete, y verás.

HOMBRE:— ¡Bueno…! ¿Pedimos ensalada de lechuga y una Perrier y soda? También yo estoy a régimen.

CAMARERO:— ¿Ensalada de lechuga y una Perrier y soda? Muy bien, señor.

MUJER:— No pareces muy contento.

HOMBRE:— ¿Contento? No sabes la cantidad de preocupaciones que tengo en el alma. No creas que porque soy un reportero especial en el Record no tengo un alma como los demás.

MUJER:— Supongo que habrás leído ese libro del que todo el mundo habla, Omar Jayam. ¿No es así como se titula?

HOMBRE:— ¿Cómo? ¿Ha llegado Omar Jayam al mundo del teatro? ¡Bueno, bueno! No hay duda de que la Tierra se mueve, después de todo.

MUJER:— Ponme un poco más de soda, por favor. Y un poco menos de ironía. ¿Qué libros deberíamos leer, entonces?

HOMBRE:— Algo sobre socialismo. Es lo que se lleva ahora. Lee los libros de Wells sobre el socialismo. Eso dominará el mundo del teatro dentro de pocos años.

MUJER:— ¡Me da igual! No soporto a Wells. Siempre está removiendo los cubos de la basura. No me importa un poco de caspa, pero mi límite es la pura porquería. ¿Qué está tocando la orquesta? ¿Qué has hecho hoy? ¿Esto es lechuga? ¡No, no! Nada de pan. ¿Es que no me escuchas cuando te hablo?

HOMBRE:— Hoy he estado ocupadísimo con lo de Priam Farll.

MUJER:— ¿Priam Farll?

HOMBRE:— Sí, el pintor. ¿Sabes quién?

MUJER:— ¡Ah, sí! ¡Ese! Ya lo he visto en los anuncios. Ha muerto, al parecer. ¿Ocurre algo raro?

HOMBRE:— ¡Puedes jurarlo! ¡Algo muy raro! Era inmensamente rico, ¿sabes?, y ha muerto en un miserable cobertizo del extrarradio, por ahí… En Fulham Road, creo. Y su criado ha desaparecido. Nosotros hemos recibido la primera noticia de su muerte gracias a un acuerdo que tenemos con los

empleados del Registro Civil de Londres. Por cierto: no le cuentes a nadie todo esto que te he dicho. Es una exclusiva. Lord Nasing me envió enseguida a investigar para escribir la historia.

MUJER:— ¿La historia?

HOMBRE:— Los particulares. En Fleet Street a eso lo llamamos siempre «la historia».

MUJER:— ¡Vaya forma de llamarlo! Bueno, ¿y has averiguado algo interesante?

HOMBRE:— No mucho. He visto a un primo del difunto, un tal Duncan Farll, procurador y prestamista de Clement's Lane. El hombre no sabía nada de nada hasta que yo le telefoneé. Pero prácticamente no supo decirme nada sobre su primo. Parece que no le había visto el pelo en años.

MUJER:— ¡Vaya! Espero que haya algo terrible ahí.

HOMBRE:— ¿Por qué?

MUJER:— Porque así puedo ir a los juzgados o a la policía o adonde sea. Por eso es por lo que soy tan buena amiga de los magistrados. ¡Es tan emocionante sentarse en las vistas cerca de ellos…!

HOMBRE:— En este caso no hay investigación judicial. Pero hay algo raro en todo esto. Verás, Priam Farll nunca estaba en Inglaterra. Siempre en el extranjero. Siempre por esos hoteles de Dios, de un lado a otro…

Mujer (después de una pausa).:— Lo sé.

HOMBRE:— ¿Qué sabes?

MUJER:— ¿Me prometes no cotillearlo por ahí?

HOMBRE:— ¡Claro!

MUJER:— Me encontré con él una vez en Ostende. Él… Bueno… Estaba empeñadísimo en pintar mi retrato. Pero no le dejé.

HOMBRE:— ¿Por qué no?

MUJER:— Si supieras qué clase de hombre era, no me lo preguntarías.

HOMBRE:— ¡Oh! ¡Vaya…! ¡Mira por dónde…! Tienes que permitirme utilizar ese incidente en mi historia. Cuéntamelo todo.

MUJER:— Ni por todo el oro del mundo.

HOMBRE:— ¿Se… se te insinuó?

MUJER:— ¡Que si se me insinuó! ¡Si solo fuera eso!

(Priam Farll para sus adentros). «¡Qué mentira más descarada! ¡No he

estado en Ostende en mi vida!».

HOMBRE:— ¿Puedo utilizarlo sin citar tu nombre…, hablando, por ejemplo, de «una distinguida actriz»?

MUJER:— ¡Ah, sí! Si es así, sí lo puedes decir. Y puedes añadir «especializada en comedia musical».

HOMBRE:— Así lo haré. Lo pondré todo todito. Confía en mí. ¡Te lo agradezco enormemente!

En aquel momento, un sacerdote joven y demacrado cruzó el salón.

MUJER:— ¡Oh! Padre Luke, ¿es usted? Venga aquí, siéntese con nosotros, sea tan amable. Este es el padre Luke Widgery… Él es el señor Docksey, del Record.

HOMBRE:— Encantado.

PADRE LUKE:— Encantado.

MUJER:— Muy bien, padre Luke, precisamente estaba pensando acudir mañana a su sermón. ¿De qué va usted a tratar?

PADRE LUKE:— De los vicios modernos.

MUJER:— ¡Qué maravilla! Leí el último… Era encantador.

PADRE LUKE:— Pero como no tenga usted entrada, no va a poder pasar.

MUJER:— Entraré. Iré por la puerta de la sacristía, si es que la sacristía de su iglesia tiene puerta.

PADRE LUKE:— ¡Imposible! No sabe usted el gentío que va a verme. Y no puedo hacer distinciones.

MUJER:— Pues claro que sí. Puede hacerlas conmigo.

PADRE LUKE:— En mi iglesia, las mujeres elegantes tienen los mismos privilegios que las demás. Ni más ni menos.

MUJER:— ¡Oh, es usted un hombre terrible!

PADRE LUKE:— Quizá. Con decirle a usted, señorita Cohenson, que he visto dos duquesas de pie al final de la iglesia… Y contentas estaban de haber podido entrar.

MUJER:— Pues yo no pienso adularle quedándome de pie al final de la iglesia. Ni se le pase por la imaginación. ¿No le he regalado yo un palco más de una vez?

PADRE LUKE:— Yo solamente he aceptado el palco porque era mi obligación. Mi deber es ir a todas partes, y estar allá donde me necesitan mis

feligreses.

HOMBRE:— Puedes venir conmigo; yo tengo dos entradas: nos las dan en el periódico.

MUJER:— Anda, ¿de modo que regala usted entradas a la prensa?

PADRE LUKE:— La prensa es diferente… Camarero, tráigame media botella de Heidsieck.

CAMARERO:— ¿Media botella de Heidsieck? Sí, señor.

MUJER:— ¡Heidsieck! ¡Bien, me gusta! Estamos a régimen.

PADRE LUKE:— No, si a mí no me gusta el Heidsieck; pero estoy también a régimen. Órdenes del médico: media botella todas las noches antes de acostarme. Al parecer mi organismo lo necesita. Lady Maria Rowndell, insiste en darme cien libras esterlinas al año para pagar mi tratamiento. Es su delicada manera de ayudar a la buena causa… Hielo, camarero, por favor. Acabo de verla esta noche. Va a quedarse en este hotel para la temporada. Eso le evita un montón de problemas. Está afectadísima por la muerte de Priam Farll. ¡Pobrecilla! ¡Es tan entusiasta del arte! ¿Saben? El difunto lord Rowndell tenía la que se considera la mejor colección de Farll en toda Inglaterra.

HOMBRE:— ¿Conoció usted personalmente a Priam Farll?

PADRE LUKE:— No, no lo vi jamás. Tengo entendido que era muy excéntrico. ¡Y yo odio la excentricidad! Una vez le escribí preguntándole si quería pintar una Sagrada Familia en la iglesia de St. Bede.

HOMBRE:— ¿Y qué le contestó?

PADRE LUKE:— No me contestó. Considerando que ni siquiera pertenecía a la Royal Academy, no me pareció que fuera muy amable por su parte. Sin embargo, lady Maria Rowndell insiste en que tiene que ser enterrado en la abadía de Westminster. Me ha preguntado qué podría hacer yo.

MUJER:— ¡Enterrarle en la abadía de Westminster, nada menos! ¡No tenía ni idea de que Priam Farll fuera tan importante! ¡Qué barbaridad!

PADRE LUKE:— Tengo absoluta confianza en el juicio artístico de lady Maria Rowndell, y, ciertamente, no pienso poner la menor objeción a su deseo. Creo que podré conseguir algo. Mi tío el deán…

HOMBRE:— Perdóneme… Pensé que desde que abandonó usted la Iglesia…

PADRE LUKE:— Desde que entré en la Iglesia, querrá usted decir. Iglesia no hay más que una.

HOMBRE:— Me refiero a la Iglesia Anglicana.

PADRE LUKE:— ¡Ah!

HOMBRE:— Desde que abandonó usted la Iglesia Anglicana se han enfriado las relaciones entre el deán de Westminster y usted, ¿no?

PADRE LUKE:— La ruptura es meramente de carácter religioso. Además, mi hermana es la sobrina favorita del deán, y yo soy el hermano favorito de mi hermana. A mi hermana le gusta mucho el arte. Precisamente acaba de pintarme una tetera preciosa. Y, naturalmente, como es el deán quien decide en último término estas cuestiones de los funerales nacionales…

En aquel momento la orquesta invisible comenzó a tocar el himno nacional, God Save the King.

MUJER:— ¡Oh! ¡Qué fastidio!

Enseguida se apagaron casi todas las luces.

CAMARERO:— ¡Por favor, caballeros! ¡Si fueran ustedes tan amables…!

PADRE LUKE:— Comprenderá usted perfectamente, señor Docksey, que doy estos detalles de familia únicamente para apoyar mi afirmación de que tal vez pueda conseguir algo en la cuestión del entierro de Priam Farll. A propósito: si desea usted tener una copia a máquina de mi sermón de mañana para el Record, no tiene más que pedirla en la sacristía.

CAMARERO:— ¡Caballeros, por favor…! Les pido que vayan acabando.

HOMBRE:— ¡Es usted muy amable, padre Luke! Respecto al entierro de Priam Farll en la abadía de Westminster, creo que el Record apoyará la idea. Digo que creo.

PADRE LUKE:— Lady Maria Rowndell sin duda les estará muy agradecida.

Apagaron casi todas las luces que aún quedaban encendidas, y los clientes fueron saliendo del salón. En el vestíbulo se produjo una tremenda confusión de sombreros de copa, de capas vespertinas, que llaman «de teatro», y cigarros, en un inmenso torbellino. Del Strand llegó la noticia de que el tiempo había cambiado y que había comenzado a llover, así que toda la inteligencia del Grand Babylon se concentró en el análisis del clima británico, exactamente como si el mal tiempo de Londres fuera el último descubrimiento científico del año. Conforme se abrían y cerraban las puertas exteriores, el pitido de los silbatos que llamaban a los carruajes, el ruido estridente de los automóviles, los gritos de los cocheros en los pescantes y todo el estruendo de la calle formaba una extraña mezcla con el delicado murmullo del interior. En pocos minutos, ¡zas!, como por arte de magia, el vestíbulo quedó casi vacío, pues

solo quedaron allí los clientes del hotel que pudieron acreditar su condición de tales. Con aquel gesto quedó demostrado, por sexta vez aquella semana, que en la metrópoli del mayor de los imperios no hay una ley para los ricos y otra para los pobres.

Profundamente impresionado y hasta diríase que consternado por cuanto había oído, Priam Farll se metió en un ascensor, subió a su habitación y se refugió en la cama. Había comprendido claramente que aquella noche había estado entre las fuerzas vivas del reino.

CAPÍTULO IV

LA EXCLUSIVA – COBARDÍA – WALHALLA – UN SOMBRERO NUEVO

LA EXCLUSIVA

Antes de que hubieran transcurrido doce horas desde la conversación que mantuvieron las fuerzas vivas del Imperio en el Grand Hotel Babylon, Priam Farll oyó los primeros ecos, graves y profundos, de la voz de Inglaterra manifestándose respecto a la cuestión de su funeral.

La voz de Inglaterra se manifestó esta vez por boca del Sunday News, un periódico que pertenecía a lord Nasing, propietario igualmente del Daily Record. En el Sunday News venía una columna entera relatando la aventura de Priam Farll con una celebrada estrella de comedia musical en Ostende. También publicaba un artículo de fondo en el que se demostraba de modo clarísimo que Inglaterra se avergonzaría ante las demás naciones si no enterraba a su más insigne pintor en la abadía de Westminster. Lo único raro era que el artículo, en vez de decir «abadía de Westminster», decía «la Walhalla Nacional». Parecía que era importante no mencionar la abadía de Westminster por su nombre, como si resultara un poco vergonzoso, o como si se estuviera diciendo «pantalones». El artículo terminaba con la palabra «basílica» y, al llegar a este majestuoso sustantivo, el lector estaba ya convencido, con el Sunday News, de que una Walhalla Nacional sin los restos de un Priam Farll sería muy preocupante, cuando no absolutamente inconcebible.

Priam Farll estaba extraordinariamente desconcertado.

El lunes por la mañana el Daily Record acudió noblemente en apoyo del Sunday News. Evidentemente, había empleado el domingo en recoger la opinión de un buen número de hombres famosos, entre los cuales había tres miembros del Parlamento, un banquero, un primer ministro de una colonia, un

consejero del rey, un jugador de cricket y el presidente de la Royal Academy, a los que se les preguntó si juzgaban que la Walhalla Nacional era o no un lugar apropiado para el reposo de los restos mortales de Priam Farll. La respuesta había sido unánime y afirmativa.

Otros periódicos se expresaron en el mismo sentido. Pero también había quienes se oponían a semejante idea. Algunos se preguntaban fríamente qué había hecho Priam Farll por Inglaterra, y en particular por elevar el espíritu de Inglaterra. Priam Farll no había sido un pintor «moral», como Hogarth o sir Noel Paton, ni un adorador de la leyenda clásica y de la belleza, como el incomparable Leighton. Priam Farll había desdeñado públicamente a Inglaterra. Nunca había vivido en Inglaterra. Había esquivado cualquier relación con la Royal Academy, teniendo consideraciones para con todos los países… salvo con el suyo. Y después de todo, ¿era tan gran pintor como decían? ¿No había sido más bien un hábil pintamonas, cuya obra había conseguido la admiración general gracias a los esfuerzos de una reducida banda de excéntricos admiradores? Lejos de ellos, naturalmente, la intención de desprestigiar a un muerto, pero, claro, la Walhalla Nacional era la Walhalla Nacional… Y así.

Los periódicos vespertinos, de a penique el ejemplar, eran todos profarllistas; uno de ellos se mostraba furiosamente entusiasta. De sus palabras se podía colegir que si no enterraban a Priam Farll en la abadía de Westminster, se sacudirían el polvo de las botas en los acantilados de Dover y abandonarían para siempre Inglaterra, emigrando a otras tierras donde comprendieran el arte.

Uno tenía la impresión de que, tan pronto anocheciera, Fleet Street sería el escenario de una sangrienta batalla, en la que los aficionados a la pintura se degollarían unos a otros en defensa del honor del arte. Sin embargo, no se observó ningún movimiento raro en Fleet Street, al menos superficialmente, ni se proclamó la ley marcial en el Arts Club de Dover Street.

Londres hervía con la cuestión del funeral de Priam Farll. En pocas horas iba a decidirse si Inglaterra tendría que avergonzarse ante las demás naciones en el futuro y…, sin embargo, la gran ciudad proseguía con su vida bulliciosa y alegre, como siempre. En el Gaiety Theatre se representaba su famosa comedia musical de todas las noches con lleno completo, y en el Queen’s Hall una numerosísima concurrencia acudía a oír a un violinista de doce años que tocaba como un hombre, aunque un hombre pequeño, y al que una compañía privada había contratado para los siguientes siete años.

A la mañana siguiente la controversia se resolvió definitivamente gracias a una de las clásicas exclusivas del Daily Record. En casos como este, si las controversias no se resuelven rápidamente, se resuelven por sí mismas, pues

no pueden prolongarse. Pero el Daily Record salió a la calle con una transcripción del testamento de Priam Farll. En este testamento, después de dejarle una libra esterlina semanal a su criado, Henry Leek, hacía donación a su patria del resto de su fortuna, con el fin de que se construyera y mantuviera un Museo de Grandes Maestros. Su propia colección de grandes obras maestras —una colección que él mismo había ido reuniendo poco a poco y de ese modo tan poco oneroso que solo está al alcance de los expertos más avisados— formaría el núcleo del museo. Según el Record, dicha colección contaba con varios Rembrandt, un Velázquez, seis Vermeer, un Giorgione, un Turner, un Charles, dos Crome y un Holbein. (Después de Charles, el Record ponía un signo de interrogación, como si no estuviera seguro del nombre). Estos cuadros se encontraban en París, y allí habían estado durante muchos años. La idea fundamental era que no se admitieran en el futuro museo más que obras absolutamente de primera clase. El testador fijaba dos condiciones al hacer su legado: una, que su nombre se inscribiese en algún lugar del edificio; y la otra, que ninguna de sus propias obras fuera admitida en el museo. ¿No era sublime? ¿No era aquello una muestra del verdadero orgullo británico? ¿No era magníficamente distinto al comportamiento de los benefactores habituales de Inglaterra? El Record tenía datos para asegurar que la fortuna de Priam Farll ascendía a unas ciento cuarenta mil libras esterlinas, además del valor de los cuadros. Después de semejante generosidad en favor de su patria, ¿iba alguien a sostener que no debía ser enterrado en la Walhalla Nacional un filántropo tan regio y tan orgullosamente modesto?

La oposición se rindió.

Priam Farll, recluido en su fortaleza del Grand Hotel Babylon, estaba cada vez más desconcertado. Recordaba perfectamente cuándo y cómo hizo el testamento. Lo había firmado diecisiete años atrás, en Venecia, después de beber abundante champán, en un momento de ira contra algunas críticas inglesas a su obra. ¡Sí! ¡La crítica inglesa! Fue su vanidad la que le impulsó a responder de aquel modo. Recordaba la juvenil alegría con que había decidido que sus parientes más próximos, quienesquiera que fuesen, actuaran como albaceas del testamento. Recordaba cómo había imaginado con cruel deleite las caras de aquellos parientes al verse obligados a cumplir las cláusulas de tal testamento. Desde entonces, había pensado anularlo muchas veces; pero, por desidia, no lo había hecho. Entretanto, su colección y su fortuna habían continuado aumentando regular y espléndidamente, y ahora… Bueno, ahora la cosa ya no tenía remedio. Duncan Farll había encontrado el testamento. Y Duncan Farll sería el albacea testamentario de aquellas melodramáticas últimas voluntades.

Priam Farll no pudo contener una sonrisa, a pesar de la gravedad de la situación.

A lo largo del día la cuestión quedó resuelta. Las autoridades competentes hablaron. Se había tomado una decisión. Priam Farll sería enterrado el jueves siguiente en la abadía de Westminster. La dignidad de Inglaterra quedaba salvada ante las demás naciones artísticas, en parte, gracias a los heroicos esfuerzos del Daily Record; y en parte, por el testamento, que había demostrado que, después de todo, Priam Farll, en el fondo de su corazón, había tenido en mente y por encima de cualquier otra consideración los más altos intereses de su patria.

COBARDÍA

En la noche del martes al miércoles Priam Farll no pudo conciliar el sueño. Bien fuera porque se hubiera escuchado la profunda y formidable voz de Inglaterra o la dulce vocecilla de la sobrina favorita del deán, que tan hábilmente pintaba juegos de té, lo cierto era que el asunto había dado un giro extraordinariamente grave. ¡La patria se preparaba para recibir en la Walhalla Nacional los restos mortales de Henry Leek!

Priam Farll a veces tenía una faceta sardónica; desde luego, se había entregado a los caprichos más extraños, pero no podía permitir que se continuara con un error de tan gigantesca magnitud. Todo aquello tenía que detenerse, ¡e inmediatamente! Y solo él podía detenerlo. El esfuerzo que debería destinar a superar su timidez sería tremendo, casi insoportable. Sin embargo, tenía que actuar; no había más remedio. Aparte de otras consideraciones, estaba la poderosísima consideración de aquellas ciento cuarenta mil libras esterlinas, que eran suyas y que no tenía la más mínima intención de dejárselas a la nación británica. Y en cuanto a las adoradas obras maestras que había coleccionado, la sola idea de donárselas a un país que se entusiasmaba con Landseer, Edwin Long y Leighton… ¡vamos!, le producía náuseas.

¡Tenía que ir a hablar inmediatamente con Duncan Farll! ¡Tenía que explicárselo todo! Sí: explicarle que estaba vivo.

Se le representó entonces la cara de Duncan Farll, dura, estúpida, y aquella cabeza suya como de acero impenetrable. Y se vio a sí mismo expulsado a patadas de la casa, o entregado a un policía, u ofendido de cualquier modo espantoso. ¿Podría enfrentarse a Duncan Farll? ¿Valía la pena provocar a Duncan Farll solo por ciento cuarenta mil libras esterlinas y la dignidad de la nación británica? ¡No! Su temor a Duncan Farll era más poderoso que las ciento cuarenta mil libras esterlinas y toda la dignidad del mundo. Priam Farll reconoció que nunca tendría valor para presentarse ante Duncan Farll. Porque… porque Duncan Farll podría recluirlo en un manicomio… Podría…

Sin embargo, algo tenía que hacer.

Se le ocurrió entonces la brillante idea de explicárselo todo al deán de la abadía de Westminster. No tenía el honor de conocer personalmente al deán. El deán era como una abstracción; seguramente mucho más abstracto que el mismo Priam Farll. Pensó, pues, que podría visitar al deán. Sería una terrible odisea, pero supo que no tenía más remedio que intentarlo. Después de todo, un deán… ¿Qué es? Pues, nada: un hombre tocado con un sombrero estrafalario. ¿Y él? ¿No era el mismísimo Priam Farll, el auténtico Priam Farll, un personaje muchísimo más importante que el deán?

Le dijo al camarero del hotel que le comprase un par de guantes negros, de la talla siete y cuarto, y que le trajese un ejemplar del Who's Who. Imaginó que el camarero tardaría en cumplir estos encargos. Pero aquel individuo sorprendente los ejecutó como por arte de magia. El tiempo voló tan aprisa que parecía, digamos, como si apenas se pudiesen ver las manecillas del reloj girando vertiginosamente en la esfera. Y casi antes de que supiera qué estaba haciendo, Priam se encontró con que dos lacayos le estaban ayudando a subir a un taxi y que la aterradora empresa había comenzado.

El taxi podría haber ganado fácilmente la carrera de la Gordon Bennett Cup. Tenía unos doscientos caballos de potencia, y llegó al atrio del deán en menos tiempo del que un orador de palabra fácil emplea en decir «esta boca es mía». La velocidad de la carrera fue sencillamente increíble.

Al bajar del coche, iba Priam a decirle al chauffeur que se esperase, pero luego pensó que sería mejor prescindir de aquel artefacto mecánico. Así que le dijo que podía irse.

Tocó el timbre a toda prisa, frenéticamente, porque temía que de lo contrario acabaría echando a correr sin haber llamado. En aquel momento, su corazón comenzó a latir desbocado. El sudor empapaba el magnífico forro de su sombrero nuevo, y las rodillas le empezaron a temblar… ¡Literalmente!

La puerta del deán le parecía la mismísima entrada a los infiernos.

Abrió la puerta un hombre ataviado con una librea de un negro eclesiástico y miró a Priam con hostilidad.

—¡Eeeh…! —tartamudeó el pintor, completamente aturdido y acobardado—. ¿Vive aquí el señor Parker?

Pero el deán no se llamaba Parker y Priam lo sabía. Parker era, sencillamente, el primer nombre que se le había pasado por la cabeza.

—No —contestó el lacayo con tono adusto—. Aquí vive el deán.

—¡Oh, el deán, dice! ¡Le ruego que me perdone! —exclamó Priam Farll—. Creí que era la casa del señor Parker…

Y entonces dio media vuelta y huyó apretando el paso.

En el brevísimo espacio que medió entre el campanillazo y la aparición del criado, Priam Farll se había dado cuenta con meridiana claridad de lo que era capaz de hacer y de lo que era incapaz de hacer. Y corregir el error que acababa de cometer Inglaterra estaba entre las cosas que no era capaz de hacer. No podía enfrentarse al deán. No podía enfrentarse a nadie, en realidad. Era un cobarde miserable. De nada servían las excusas. Simplemente, no podía hacerlo.

«¡Creí que era la casa del señor Parker…! ¡Cielo santo! ¡Qué bajo puede caer un gran artista!».

Aquella noche recibió una carta de Duncan Farll, fría y lacónica, con una invitación para el funeral. Duncan Farll no estaba seguro de que el señor Henry Leek considerase apropiado asistir al entierro de su señor; pero, de todos modos, le enviaba la invitación. Le decía también en la carta que la libra esterlina semanal, tal y como se decía en el testamento, le sería abonada con toda puntualidad. Finalmente, le comentaba que varios periodistas le habían pedido la dirección del señor Leek, pero que no había podido satisfacer tal curiosidad.

De esto se alegró mucho Priam Farll.

«Bueno… ¡Estoy acabado!», pensó, mirando la invitación para su entierro.

Porque allí estaba la invitación, grande, lustrosa, real como la vida misma.

WALHALLA

En la inmensa nave de la abadía había relativamente poca gente, es decir, unos pocos centenares de personas que disponían de espacio suficiente para moverse sin mayores dificultades de un lado para otro, bajo la vigilancia de los funcionarios encargados del orden. A Priam Farll se le había permitido pasar por los claustros, según las indicaciones impresas en su invitación. En su estado, nervioso y asustado, se imaginaba que todo el mundo iba a mirarlo con recelo, pero el hecho fue que no llamó la atención de nadie en absoluto. Lo colocaron en la sección de la plebe, al otro lado del macizo tabique que separa la nave del coro y del crucero, pero los que pertenecen a la plebe nunca están especialmente interesados en los que son como ellos; los que les interesan son los privilegiados. El órgano hacía llegar las notas de una melodía de Purcell hasta los rincones más intrincados de la abadía. Alrededor de un espacio limitado por un grueso cordón, varios eclesiásticos, en traje de ceremonia, vigilaban el sitio donde iba a tener lugar el sepelio. El sol de mediodía brillaba y resplandecía en múltiples haces luminosos que atravesaban las vidrieras azules y escarlatas. Luego, los vigilantes de la abadía comenzaron a ordenar al público, formaron una fila delante de los espectadores y la emoción aumentó entre la gente. El órgano calló un instante, y cuando recobró la voz, fue para

entonar la suprema expresión del duelo humano: la marcha fúnebre de Chopin, envolviendo la catedral entera en una intensa atmósfera de tristeza. Y cuando las últimas resonancias se extinguieron en el aire, las voces de los niños del coro, dulces y limpias, aun expresando duelo, se elevaron a lo lejos…

En aquel mismo instante Priam Farll divisó a lady Sophia Entwistle, alta, con un velo negro, de luto riguroso. La dama se encontraba entre los asistentes que no gozaban de especial preeminencia. Indudablemente, una persona como ella, con tanta influencia, podría haber conseguido un lugar de preferencia en el crucero; pero, al parecer, había preferido la humildad y se había apiñado con la plebe en la nave. Había tenido que hacer el viaje desde París para asistir al funeral. Se veía cómo lloraba por su prometido. Allí estaba, de pie, a menos de diez yardas de él. No lo había visto, de momento, pero cabía la posibilidad de que pudiera verlo de un momento a otro, pues iba aproximándose lentamente al sitio donde se encontraba Priam Farll, que temblaba de pies a cabeza.

Priam huyó de allí a toda prisa, con el corazón lleno de resentimiento hacia lady Sophie Entwistle. Porque no había sido lady Sophia Entwistle la que había propuesto el matrimonio, sino él, él mismo quien se había declarado a ella. Lady Sophia Entwistle no lo había rechazado; fue él quien había huido. Ella no había sido un error de Priam; Priam fue el error de lady Sophia Entwistle. No había sido ella, sino él, quien había obrado de manera caprichosa, impulsiva y precipitada. Sin embargo, Priam la odiaba. Creía sinceramente que era ella la que le había ofendido, y que debía apartarse de su vista. La condenaba, además, por todos aquellos defectos de los que ella no era responsable: por ejemplo, la desigualdad de sus dientes, el hoyuelo bajo la barbilla, o los pequeños vicios sociales que comienza a desarrollar cualquier solterona que llega a los cuarenta. Priam huyó de allí aterrorizado.

Si lady Sophia llegaba a verlo y a reconocerlo, las consecuencias serían absolutamente desastrosas… Desastrosas en todos los sentidos. Y ante él se abriría una etapa de exposición pública en la que no era capaz de pensar sin sentir pánico. Huyó de allí enloquecido, abriéndose paso entre el gentío, hasta que llegó a una verja donde había una cancela entreabierta. Su mirada perturbada debió de amedrentar al guardia de la puerta, pues el uniformado individuo se apartó inmediatamente y Priam pasó al otro lado, donde comenzaba una escalera de caracol, por la cual subió sin detenerse. En lo alto de la escalera había unas mangueras para utilizar en caso de incendio. Desde allí oyó el chasquido metálico producido por la cancela de la verja cuando el guardia decidió cerrarla. Priam dio la gracias a Dios por haber podido escapar de lady Sophia Entwistle.

La escalera conducía a la galería donde estaba el órgano, colgada en lo alto del coro. El organista estaba sentado tras una cortina a medio correr, bajo unas luces mitigadas; y en la amplia plataforma, cuya balaustrada miraba sobre el

coro, había dos jóvenes que cuchicheaban con el organista. Ninguno de los tres reparó en Priam. Este se sentó en una silla, muerto de miedo, como un intruso, mirando hacia el coro.

El cuchicheo cesó; los dedos del organista comenzaron a moverse sobre cinco filas de teclas y multitud de registros, mientras, debajo, sus pies se movían hábilmente. Priam oyó una música que le pareció lejana. Muy cerca, tras él, percibió vibraciones graves y, como si dijéramos, unos profundos escapes de vapor. Comprendió enseguida que aquellos eran los roncos rugidos que emitían unos tubos de 32 y de 74 pies de longitud, tendidos horizontalmente en el techo del coro, como respuesta a los movimientos de los dedos del organista. Todo aquello era misterioso, fantástico, sobrenatural, diabólico, podía decirse… Y formaba parte del secreto y sorprendente mecanismo del ceremonial dramático y emotivo que corresponde a un gran espectáculo. Aquello irritó enormemente a Priam, sobre todo cuando el organista, un atractivo joven de mirada viva, se volvió un poco en su asiento y guiñó el ojo a uno de sus compañeros.

Las penetrantes voces de los niños coristas fueron aumentando de intensidad, y a medida que iban gritando más, Priam Farll se dio cuenta de un curioso y extraño fenómeno en su garganta, que se le abría y se le cerraba convulsivamente. Para distraer la atención de su garganta, se incorporó un poco en la silla y miró por encima de la balaustrada hacia el coro, cuyas profundidades se encontraban alumbradas por velas, mientras las zonas altas se veían caprichosamente bañadas por los intermitentes resplandores del sol. Arriba, en lo alto, enfrente de él, en la cúspide de un precipicio de piedra, una ventanita parecía arder con un fulgor de complicados centelleos gracias a los rayos de luz. Y abajo, muy abajo, alrededor del púlpito y en torno al bosque de estatuas del crucero, se veía el suelo que, desde donde estaba Priam, parecía formado por las cabezas de los invitados famosos, célebres, distinguidos, honorables por su cuna, por su talento, por sus iniciativas o por la casualidad. Muchos de sus nombres los había leído en el Daily Telegraph. Las voces de los coristas se hicieron cada vez más penetrantes y hermosas. Priam se levantó entonces de la silla y se inclinó sobre la balaustrada. Todas las miradas se dirigían hacia un punto situado bajo el saliente donde se encontraba Priam; pero él no alcanzaba a verlo. Entonces, algo salió de allí abajo y entró en su campo de visión. Era una cruz alta, portada por un macero. Tras la cruz, aparecieron un montón de eclesiásticos con suntuosas vestiduras, en lenta y majestuosa procesión, por parejas, y luego, un personaje vestido de gran ceremonia y que caminaba de espaldas, gesticulando, a la manera de un directivo importante y excitado del Ejército de Salvación. Tras este personaje de aderezos de color morado aparecieron los niños del coro con sus indumentarias rojas, cantando al compás de aquellas extrañas gesticulaciones. Finalmente, entró en su campo de visión el féretro, cubierto con un gran paño

color púrpura, y sobre este, una cruz blanca. Grandes nombres europeos sujetaban los cordeles del paño —personajes que habían llegado precipitadamente desde todos los rincones de Europa como si su asistencia al funeral fuera un mandato inexcusable—, y con ellos, Duncan Farll completaba la procesión.

¿Fue la visión del ataúd, o la riqueza del paño mortuorio que lo cubría, o la emotiva blancura de la cruz de flores que ostentaba el paño, o la augusta autoridad de los que llevaban las cintas lo que afectó a Priam Farll como un ataque al corazón? ¿Quién sabe? El hecho fue que no pudo seguir mirando: la escena era demasiado imponente para él. Si hubiera seguido contemplándola, seguramente no habría podido contener las lágrimas. No importaba que en el ornamentado ataúd yaciera el cadáver de su criado, un sinvergüenza redomado, ni que se estuviese llevando a cabo con toda la majestad de un solemne decreto un error tan grotesco; no importaba tampoco que la iniciativa hubiera partido de la sobrina del deán, distinguida acuarelista, o de las augustas deliberaciones del Capítulo; ni importaba, en fin, que los periódicos hubieran mezclado indignamente el nombre y el honor del arte en provecho propio… El efecto resultante era impresionante y abrumador. Se presentaba rodeado de un aura mística todo lo que había de honrado y sincero en el corazón de Inglaterra desde hacía un millar de años, y el resultado tenía que ser forzosamente impresionante y abrumador. Era realmente un espectáculo cuyo efecto iba más allá de todo lo imaginable y todo lo concebible; era el florecer mágico de varios siglos en un solo instante, la manifestación solemne y silenciosa del espíritu secular de una nación. De los vetustos muros circundantes recibía la majestad y la belleza, y las devolvía multiplicadas por diez. Nada había de vulgar, ni en los objetos ni en la pequeñez de los hombres. En la cabeza de Priam Farll, aquello concedía dignidad a lady Sophia Entwistle, y un aire de inmensa tragedia a la muerte de Leek. Semejante ceremonia incluso llegaba a transformar las gesticulaciones del director del coro en órdenes graves y solemnes.

¡Y todo aquello lo hacían por él, por Priam Farll…! ¡Él había aplicado y distribuido sobre algunos lienzos ciertos pigmentos y colores, con un pincel, del mejor modo que le había parecido, nada más; y la nación a la que él siempre había negado gusto artístico, la nación a la que él había acusado con ira de sentimentalismo, solemnizaba de tal modo la entrega de sus restos mortales a la tierra! ¡Divino misterio del arte! La benevolente generosidad de Inglaterra le afectó profundamente. No había sospechado su propia grandeza, ni la de Inglaterra.

Cesó la música. Priam levantó por casualidad la mirada hacia aquella pequeña ventana luminosa, fuera del alcance del mundo. Y la idea de que aquella ventana había estado brillando en aquel sitio, ignorada y

pacientemente, durante cientos de años, como un anacoreta, sobre el río y la ciudad, conmocionó su espíritu de tal manera que no pudo seguir mirándola. ¡Inefable melancolía, la de una simple ventana! Y la mirada de Priam volvió de nuevo al ataúd de Henry Leek, con su cruz blanca y la representación de la majestad de Inglaterra a su alrededor. Y allí terminó el dominio de Priam Farll sobre sí mismo. Una angustia, un dolor semejante a los dolores del parto lo atenazó, y un sollozo brusco y tremendo estuvo a punto de desgarrarle en dos. Fue un sollozo ruidoso, indisimulado, indiferente a lo que ocurriera a su alrededor, al que siguieron más quejas y lamentos. Priam Farll sufría de un modo indecible.

UN SOMBRERO NUEVO

El organista se giró en su banqueta, extrañado y ofendido ante aquel escándalo.

—¡Deje usted de montar ruido! —susurró el organista.

Priam le dedicó un gesto de desprecio.

El organista, desconcertado, no supo qué hacer.

—¿Quién es? —preguntó uno de los jóvenes que le acompañaban.

—No lo he visto jamás en mi vida —contestó el organista con contundencia. Después, dirigiéndose de nuevo a Priam, añadió—: ¿Se puede saber quién es usted? No tiene derecho a estar aquí. ¿Quién le ha dado permiso para subir?

Por toda contestación, aquel hombre ridículo de cincuenta años, que ni siquiera era capaz de guardar el decoro debido, continuó sollozando.

—¡Esto es completamente absurdo! —murmuró el joven amigo del organista.

Se hizo el silencio en el coro.

—¡Eh, atención! ¡Están esperándole! —dijo muy nervioso el otro joven, dirigiéndose al organista.

—¡Maldita…! —susurró alarmado el músico; y sin concluir su maldición, giró como un acróbata en su asiento. Sus manos y sus pies se pusieron a maniobrar inmediatamente, y mientras tocaba, señalando con la cabeza al intruso, murmuró—: Mejor será ir a buscar a alguien y que se lo lleven de aquí.

Uno de los jóvenes echó a correr a toda prisa escaleras abajo. Afortunadamente, el órgano y los coristas se habían conjurado ya para ahogar los sollozos de Priam. Al poco, un poderoso brazo escondido bajo una negra sotana cayó sobre el hombro de Priam. Este intentó zafarse con ademanes

histéricos, pero no pudo. La sotana y los dos jóvenes lo arrastraron escaleras abajo. Descendieron todos juntos a trompicones, tropezando y dando traspiés. Abrieron luego una puerta y Priam se vio al aire libre, en los claustros, sin sombrero y jadeando sin resuello. Sus vigilantes también resoplaban entre jadeos. Lo miraban con gestos amenazadores y triunfales, como si hubieran hecho algo excepcional —y, en realidad, algo habían hecho—, y como si tuvieran la intención de hacer algo más, pero aún no hubieran decidido qué.

—¿Dónde está su invitación? —preguntó el hombre de la sotana.

Priam la buscó en los bolsillos y no pudo encontrarla.

—Debo de haberla perdido —dijo con voz débil.

—¡Bueno, da igual! ¿Cómo se llama usted?

—Priam Farll —dijo Priam Farll sin pensar.

—¡Está loco perdido, evidentemente! —murmuró uno de los jóvenes con un gesto de desprecio—. Vamos arriba, Stan; no vayamos a perdernos el salmo por este idiota.

Y los dos estaban a punto de marcharse cuando apareció un policía joven, poniéndose el casco al salir del templo.

—¿Qué es todo este lío? —preguntó con la seguridad y la confianza de alguien que actúa con el respaldo de todos los poderes del Imperio.

—Este individuo, que ha estado molestando y armando escándalo junto al órgano, y ahora dice que se llama Priam Farll —explicó el de la sotana.

—¡Oh! —exclamó el policía—. ¡Vaya…! ¿Y cómo consiguió llegar hasta allí?

—No tengo ni idea —contestó el de la sotana—. No tiene invitación.

—Entonces, ¡fuera! —dijo el policía, cogiendo a Priam bruscamente por el brazo.

—Le agradecería que me dejara en paz —exclamó Priam, rebelándose con todo el orgullo de su carácter contra la fuerza de la ley.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? ¿De verdad? —dijo el policía—. ¡Ya lo veremos! ¡Vamos a verlo ahora mismo!

Y el policía arrastró a Priam a lo largo del claustro mientras a lo lejos se percibían los ecos del «Destruiría a la muerte para siempre…». No habían ido muy lejos cuando se toparon con otro policía, más veterano.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el policía mayor.

—¡Embriaguez y escándalo! ¡En la abadía! —contestó el policía joven.

—¿Nos hace usted el favor de largarse de aquí sin montar más alboroto? —dijo a Priam el policía viejo con cierto tono de condescendencia.

—¡Yo no estoy borracho! —exclamó Priam con furia. Desconocía Londres por completo, y no sabía que era una locura y una insensatez razonar con los perros de presa de la Justicia.

—¿Quiere hacernos el favor de marcharse tranquilamente de aquí? —insistió el policía veterano, esta vez sin el menor atisbo de condescendencia.

—Sí —dijo Priam.

Y se dirigió hacia la puerta en silencio. La experiencia es capaz de enseñarle a uno con la rapidez del relámpago.

—¿Pero dónde está mi sombrero? —preguntó al cabo de un momento, deteniéndose de repente.

—¡Venga, venga…! —dijo el policía viejo—. ¡Andando!

Priam caminó escoltado por los dos policías hacia la calle. En el preciso momento en que entraban en el claustro llamado Dean’s Yard, Priam buscó nerviosamente en uno de los bolsillos, y se encontró de repente con aquella tarjeta.

—Aquí está mi invitación… —dijo—. Creí que la había perdido. No he bebido nada y lo mejor que pueden ustedes hacer es dejarme en paz. Todo esto es un terrible error…

La comitiva policial se detuvo y el guardia de más edad miró fascinado el documento oficial.

—«Henry Leek» —leyó, como si estuviera descifrando el nombre.

—Le ha estado diciendo a todo el mundo que es Priam Farll —gruñó el policía más joven, mirando la tarjeta por encima del hombro de su compañero.

—¡Yo no he dicho tal cosa! —exclamó Priam de repente.

El guardia veterano, entonces, inspeccionó cuidadosamente a su prisionero. Dos muchachillos se acercaron y comenzaron a formar un corro que una mirada ceñuda del policía dispersó al instante.

—No parece que haya bebido más de lo que deba beber un caballero —murmuró el policía con aire circunspecto.

El policía joven, temeroso de su superior, no dijo nada.

—Mire, señor Leek —prosiguió el viejo—, ¿sabe usted lo que haría yo en su lugar? Pues yo que usted iría enseguida a comprarme un sombrero nuevo, ¡pero enseguida…!

Priam se alejó apresuradamente, pero aún tuvo tiempo de oír cómo el policía viejo le decía al más joven:

—Es un chiflado, ni más ni menos, y usted es un tonto de capirote. ¿Ha olvidado usted que se le ordenó dirigir el tráfico ahí fuera?

Y, en ciertas circunstancias, es tal el efecto de las sugerencias que puede formular la autoridad que Priam Farll se encaminó directamente a Victoria Street, a la famosa sombrerería Sowter —sombreros a precio único—, donde se compró un sombrero nuevo. Luego paró un taxi desde la acera opuesta a los almacenes del Ejército y de la Armada, y con un gruñido cortante le dio al conductor la dirección del Grand Hotel Babylon. Cuando el vehículo ya se dirigía a su destino a buena velocidad, y no antes, se abandonó por completo a un ingenuo e incontrolable ataque de furia, comenzando a maldecir todo lo humano y lo divino. Lanzó maldiciones sin cuento, hacia todo el mundo y hacia todo lo imaginable, desvergonzadamente, en inglés y en francés. Creyó que le resultaría imposible calmarse. Fue una reacción que no me atreveré a calificar, pero no puedo ocultar que ocurrió tal como lo cuento. El ataque de furia se apaciguó por sí mismo antes de que llegaran al hotel, pues la mayor parte de Parliament Street estaba bloqueada por los espectadores congregados allí por su funeral, y el conductor tuvo que dar algún que otro rodeo para llegar al Strand. Concluidas todas las maldiciones, Priam fue tranquilizándose poco a poco. Al llegar al hotel, ya completamente sosegados sus nervios, le entregó al taxista media corona, una cantidad descabellada.

Exactamente en el mismo instante otro taxi se detuvo casi al lado. Y, para rematar el día, de él se apeó la señora Alice Challice.

CAPÍTULO V

LA OPINIÓN DE ALICE – DIFICULTADES PARA DECIR LA VERDAD – CONSECUENCIAS DE LA LLUVIA – NO SE ACEPTAN PROPINAS

LA OPINIÓN DE ALICE

Llevaba las mismas rosas rojas que la última vez.

—¡Oh…! —dijo, apresuradamente, derramando un torrente de palabras que brotaban de la inagotable mina de su buen corazón—. ¡Cuánto lamento haberle perdido el sábado por la noche! ¡No sabe usted cuánto lo lamento! Fue todo por mi culpa, desde luego. No debí entrar en el vagón sin usted. Tenía que haberle esperado. Cuando ya estaba en el vagón, quise salir, pero el empleado del metro cerró enseguida y no pude. Y luego, en el andén… Bueno,

¡había tal gentío que era imposible ver a nadie! Comprendí que sería inútil intentar buscarle. ¡Y usted ni siquiera tenía mis señas! No he hecho más que darle vueltas a lo que pensaría usted de mí…

—¡Mi querida señora! —exclamó Priam—. Le aseguro que yo soy el único culpable. El viento me robó el sombrero y…

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó la mujer de repente, dejándolo con la palabra en la boca—. Lo que quiero es que comprenda usted que yo no soy de esa clase de locas que se pierden cuando salen solas. No. Nunca me ha ocurrido cosa semejante, y en lo sucesivo ya tendré yo buen cuidado de…

Al decir esto, lanzó una mirada a su alrededor. Entretanto, Priam había pagado a los dos taxistas, que ya se iban, y él y Alice Challice permanecieron bajo la inmensa marquesina de cristal del Grand Hotel Babylon, delante de dos botones que los miraban descaradamente.

—¿De modo que está usted aquí… en este hotel? —preguntó Alice, como si se hubiera dado cuenta entonces de un hecho que hasta entonces no se había atrevido a mencionar.

—Sí —contestó Priam—. ¿No quiere usted pasar?

Y la condujo con gallarda valentía por el rico esplendor del Grand Babylon, luchando contra los demonios de su timidez y derrotándolos, aunque sumando gran número de bajas. Se sentaron en un rincón del salón principal, donde unas luces eléctricas llamaban la atención hacia los fauteuils vacíos y hacia las floridas alfombras Aubusson. Todo el mundo estaba en los comedores.

—¡Y anda que no me ha costado trabajo saber dónde se hospedaba! —dijo Alice—. Por supuesto, en cuanto llegué a casa el sábado, lo primero que hice fue escribir a Selwood Terrace; pero tenía equivocado el número, no sé por qué, y después de estar esperando y esperando y esperando una contestación, lo único que recibí fue mi carta devuelta. Como estaba segura del nombre de la calle, me dije: «Encontraré la casa, aunque tenga que ir llamando a todos los timbres de Selwood Terrace, ya lo creo», y allá que toqué en todas las aldabas. Bueno, al final di con la casa; pero no quisieron darme su dirección. Lo único que estaban dispuestos a hacer era remitirle las cartas que se recibieran, y si quería, que dejara una. Pero no, ¡muchas gracias!, no quiero más líos de cartas. Así que les dije que no me iría sin saber cuál era su dirección. La persona con la que hablé era el secretario del señor Duncan Farll. Creo que está viviendo allí, de momento. Es un joven muy simpático. Hicimos buenas migas. Parece que el señor Duncan Farll se puso furioso cuando encontró el testamento. El joven secretario me dijo que hizo pedazos una máquina de escribir. Pero la celebración del funeral en la abadía de Westminster le ha consolado. A mí no

me hubiera consolado; no, ¡de ningún modo! Pero, en fin, Duncan Farll es muy rico, así que no le importará… El secretario me dijo que le preguntaría a su señor si podía darme su dirección y que si yo volvía por allí al cabo de un rato, me las daría. «¡Qué lío por una simple dirección!», pensé yo para mí misma. Pero, en fin… ¡Abogados! Así que volví otra vez, y me las dieron. Pude haber venido ayer, lo reconozco. Estuve a punto de escribirle anoche. Pero pensé que lo mejor sería esperar a que pasase el funeral. Me pareció que eso sería lo más educado. Supongo que ya habrá terminado, ¿no?

—Sí —asintió Priam Farll, mirando al suelo.

Ella le dirigió una grave sonrisa de comprensión, apoyo y sentimiento.

—¡Y qué tranquilo se habrá quedado usted! —murmuró—. Debe de haberle resultado muy penoso.

—En cierto sentido… —contestó él, vacilando un poco—, sí que lo ha sido.

La señora Alice Challice se quitó los guantes, lanzó una mirada subrepticia a su alrededor, la misma que luce el ladrón antes de forzar una puerta con una ganzúa, y luego, inclinándose de repente hacia él, le puso las manos alrededor del cuello y le arregló la camisa.

—¡Nada, nada…! —dijo—. Déjeme que se lo arregle. Sé hacerlo. No hay nadie mirando. Tiene usted el cuello desabrochado. La corbata lo mantiene en su sitio, pero se le va a descolocar de un momento a otro… ¡Así! Deje que lo abroche… Así… Ya veo que tiene usted dos lunares en el cuello, bastante juntos. Eso significa buena suerte… ¡Ya está!

Y le dio el toquecito final.

En fin, ninguna mujer le había acariciado el cuello a Priam Farll hasta entonces, y mucho menos le había abotonado el cuello de la camisa, y ni por asomo nadie había hecho referencia a aquellos dos pequeños lunares —uno hirsuto, el otro sin pelo alguno—, que quedaban completamente ocultos por el cuello de la camisa cuando estaba debidamente abrochado. Aquella experiencia le resultó de todo punto asombrosa. Aquello podría haberle enfurecido… Si las manos de la señora Challice no hubieran sido… Bueno, manos de enfermera, manos suaves, manos persuasivas, manos que podían ejecutar audacias imposibles con total impunidad. ¡Imagínate! Una mujer, sin sugerencia alguna y sin su permiso, le arreglaba el cuello de la camisa y la corbata en el salón principal del Grand Hotel Babylon, ¡y encima le hablaba de sus dos lunares! ¡Le parecía absolutamente imposible! Y, sin embargo, había ocurrido. Y, para colmo, no le había disgustado. Alice Challice volvió a sentarse en su silla como si no hubiese hecho nada absolutamente fuera de lo normal.

—Comprendo que debe de estar usted muy disgustado —dijo la señora Challice cariñosamente—, aunque solo le ha dejado una libra esterlina por semana… Pero, en fin, mejor es eso a que te metan un palo ardiendo en el ojo.

Aquello del palo ardiendo en el ojo hizo que a Priam le viniera a la memoria su encuentro con la policía. De otro modo, no le habría encontrado significación alguna.

—Espero que no tenga que ponerse a trabajar enseguida —añadió Alice después de una pausa—. Porque, de verdad, tiene usted la pinta de necesitar un buen descanso. Lo mismo le apetece tomar una taza de té o algo así. ¡Estoy avergonzada de haber venido tan pronto a molestarle!

—¿A trabajar? —preguntó Priam—. ¿A trabajar en qué?

—Bueno… —exclamó Alice—, ¿no tiene ya una nueva colocación?

—¡Nueva colocación! —repitió Priam—. ¿Qué quiere decir usted?

—¡Anda, pues de criado…!

Priam comprendió que resultaba ciertamente peligrosa su tendencia a olvidar que era criado. Procuró tranquilizarse.

—No —dijo—, todavía no tengo trabajo.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí? —exclamó ella—. Yo creía que estaba usted aquí con su nuevo amo, simplemente; pero si no es así, ¿por qué está usted aquí solo?

—¡Oh! —replicó Priam, un poco sonrojado—. Me pareció un sitio bastante bueno. Solo vine aquí por casualidad.

—¡Un sitio bastante bueno, dice! —dijo Alice con aire resuelto—. ¡No me hubiera imaginado una respuesta semejante!

Priam se dio cuenta de que la había disgustado, de que la había ofendido. Comprendió que le vendría bien una excusa ingeniosa, pero no se le ocurrió ninguna. De modo que, en su confusión, se limitó a decir:

—¿Qué le parece si vamos a tomar algo? Necesito almorzar, como usted bien ha dicho, ahora que lo pienso. ¿Quiere usted…?

—¡Qué…! ¿Aquí? —preguntó ella con un gesto de aprensión.

—Sí —dijo Priam—. ¿Por qué no?

—Bueno…

—¡Vamos! —dijo Priam, con amable resolución, y la guio hacia las ocho puertas batientes de cristal que daban paso a la salle à manger del Grand Babylon. Al lado de cada par de puertas había una estatua viviente de la

Dignidad, ataviada con vestimenta dorada. Alice pasó por delante de aquellas estatuas sin dar la menor muestra de temor, pero cuando vio el gran comedor, impregnado en aquel elegante silencio, lleno de vestidos de gala, sombreros y todas esas cosas que salen en el Lady's Pictorial, y el mástil empenachado de un barco que cruzaba por delante de las ventanas del otro extremo del salón, se detuvo bruscamente. Y uno de los lores superintendentes del Grand Babylon, que con una cadena gubernamental al cuello se adelantaba para recibirlos, se detuvo también.

—¡No! —dijo Alice—. Me parece que no podría comer aquí. De verdad, creo que no podría.

—Pero ¿por qué?

—Bueno… —titubeó—, no sé, no sé cómo decirle… ¿Podemos ir a algún otro sitio?

—Por supuesto —asintió Priam con una vehemencia que iba más allá de la mera educación.

Ella se lo agradeció con otra de sus amables y prudentes sonrisas: una sonrisa que resolvió todas las dificultades del dilema como un bálsamo atenúa los rigores de una herida. Y con aire elegante sacó de aquel augusto recinto su sombrero y su vestido, sus palabras y sus gestos, y con ellos todo su desparpajo. Bajaron al asador, relativamente bullicioso, donde sus rosas eran menos estrafalarias que el yelmo de Navarra, y su vestido encontró hermanos y primos de tierras lejanas.

—No me gustan mucho los restaurantes —dijo, al tiempo que atacaba un plato de riñones a la parrilla.

—¿No? —preguntó Priam con curiosidad—. Lo lamento. Me pareció que la otra noche…

—Ah, sí —se apresuró a decir Alice—. Me alegré mucho la otra noche de ir a aquel restaurante, sí, me gustó mucho… Pero ¿sabe usted?, nunca había estado en un restaurante.

—¿De verdad?

—Sí —dijo—. Y me pareció que debía probar alguno. La chica de la estafeta de correos me había dicho que aquel era espléndido. Y lo es, vaya si lo es. Es precioso. Pero deberían avergonzarse de servir esa comida que sirven. ¿Se acuerda usted del lenguado? ¡Lenguado! Aquello tenía de lenguado lo mismo que mis guantes. Y tanto daba que hubiera estado al fuego un minuto, como una hora… Y luego, mire usted los precios… Ah, sí, no pude remediar el echar un vistazo a la cuenta.

—A mí me pareció muy barato… —dijo Priam.

—¡Bueno! ¡Pues a mí no me lo pareció! —dijo Alice—. Si se compara con una buena ama de casa, que puede mantener su hogar con diez chelines por semana… ¡Vamos…, aquello era sencillamente escandaloso! ¡Y supongo que este sitio será más caro todavía!

Priam evitó dar una respuesta.

—Este es un sitio muchísimo mejor —dijo—. La verdad es que no conozco muchos sitios en Europa donde se coma mejor que en este hotel.

—¿No? —dijo ella con un tono de cierta complacencia, como si dijera: «Bueno, pues yo sí que conozco uno…».

—Dicen —añadió Priam— que la mantequilla que se usa en esta casa no se paga nunca a menos de tres chelines la libra.

—No hay mantequilla que cueste a tres chelines la libra —afirmó Alice categóricamente.

—En Londres, no —dijo él—. Pero esta la traen de París.

—¿Y usted se cree eso?

—Sí.

—Pues yo no. Todo el que pague más de un chelín y nueve peniques, como mucho, por una libra de mantequilla… es un imbécil, si me disculpa usted la expresión. Ahora, que esta es muy buena mantequilla. En Putney no podría comprarla mejor por menos de chelín y medio.

Alice conseguía que Priam se sintiera como un chiquillo que tenía mucho que aprender de una hermana mayor, cariñosa, pero severa.

—¡No, gracias! —le dijo Alice al camarero, un poco bruscamente, cuando el hombre se disponía a servirle más patatas.

—¡No me diga que están frías! —exclamó Priam riéndose.

Ella también se echó a reír.

—¿Quiere usted que le diga qué es lo que me molesta a mí de todos estos hoteles y restaurantes? —dijo Alice—. La sensación de no saber por dónde han pasado los alimentos ni lo que han hecho con ellos. Cuando ve usted la cocina al lado del comedor y las cosas a la vista, comprende lo que se hace con los alimentos, y, bueno, uno sabe dónde está y eso. Y además, siempre te llegan los platos calientes. Una cosa razonable, me parece a mí —añadió—. Pero aquí… ¿Dónde está aquí la cocina?

—Por ahí abajo, en los sótanos —contestó Priam, como excusándose.

—¡La cocina en los sótanos! —exclamó Alice—. ¡Vaya! En Putney ya ni

siquiera se alquilan casas con la cocina en los sótanos. No. Los hoteles y los restaurantes no son para mí… Si puedo elegir, es decir, normalmente.

—De todos modos —dijo Priam con cierto aire de autoridad—, los hoteles son muy útiles.

—¿Útiles? —exclamó ella como diciendo: «Demuéstrelo usted».

—Por ejemplo: aquí hay teléfono en cada habitación.

—¿Quiere usted decir en cada dormitorio?

—Sí, en cada dormitorio.

—Bueno, pues a mí no me verá nunca en una habitación con teléfono, ya se lo digo —exclamó Alice—. ¡No podría dormir tranquila sabiendo que hay un teléfono en mi dormitorio! ¡Imagínese usted: verme obligada a telefonear cada vez que necesito alguna cosa…! ¡Bueno…! ¿Y cómo sabe uno quién está al otro lado del teléfono? ¡No, a mí eso no me gusta! Está muy bien para los caballeros que no están acostumbrados a lo que yo llamo comodidades, como si dijéramos. Pero…

Priam comprendió que si insistía en defender los hoteles, muy pronto no quedaría de aquel noble monumento, el Grand Hotel Babylon, más que un montón de ruinas. Además, Alice le había hecho sospechar que en el curso de su existencia se había perdido las mejores cosas de la vida, precisamente por haber sido un hombre abandonado, inocente y acomodaticio. ¡Aquella era una nueva sensación! Porque si había algún hombre en Europa que creía que todo el mundo estaba intentando ocuparse de él, ese era Priam Farll.

—Pues yo nunca he estado en Putney —se aventuró a decir, para cambiar de conversación.

DIFICULTADES PARA DECIR LA VERDAD

A medida que Alice iba informándole, con generosa y expansiva precisión, acerca de Putney y de su vida allí, fue dibujándose en la mente de Priam la visión de un tipo de vida muy diferente de la que había disfrutado hasta entonces. Putney tenía, evidentemente, las ventajas de una ciudad residencial y estaba en un lugar privilegiado. Descansa en la ladera de una colina por cuyas estribaciones discurre esa gloriosa corriente de agua llamada Támesis, donde se balancean pintorescas barcas y botes de remos bellamente aderezados. Los arcos de un puente salvan esta corriente, y gracias a él se puede ir, en ómnibus blancos como la leche, al centro de Londres. Putney tiene una calle con magníficas tiendas, una calle puramente comercial. Ahora nadie puede dormir en esa zona, por culpa del ruido de los coches. A la caída de la tarde la calle brilla en todo su esplendor. Allí están, además, el teatro, el Music Hall, los salones de fiestas, las salas de conciertos, el mercado, la cervecería, la

biblioteca pública y un salón de té vespertino exactamente igual que el de Regent Street (y no es que la señora Challice tuviera especial predilección por aquel supuesto té de China). Hay también iglesias y capillas, y los campos comunales de Barnes, si uno se dirige hacia un extremo, y los de Wimbledon, si uno se encamina hacia el lado opuesto.

La señora Challice vivía en Werter Road, y Werter Road afortunadamente comienza en la esquina de High Street, donde está la pescadería, un establecimiento donde siempre pueden conseguirse lenguados auténticos, aunque no es prudente comprarlos las mañanas de los lunes, naturalmente.

Putney es un sitio donde uno puede vivir sin que lo molesten ni lo incomoden. Allí tiene usted su casita, con sus muebles, la posibilidad de ocuparse de uno mismo en todos los sentidos, allí se saben los precios de las cosas, se adquiere el conocimiento profundo de la naturaleza humana y uno puede experimentar los beneficios de perdonar las fragilidades humanas. No es necesario tener criados, porque los criados son un engorro y porque nunca hacen las cosas tan bien como las hace uno mismo. Se puede tener una asistenta cuando uno está enfermo o cuando se quiere hacer una gran limpieza general en la casa. Con una asistenta, un par de buenos guantes y los hornillos de gas, se puede prescindir por completo de los criados. En Putney uno no está preocupado por la ambición, ni por la envidia, ni por el deseo de saber qué es lo que hacen los ricos para después imitarlos. Uno lee cuando no tiene otra cosa mejor que hacer, y se prefieren los periódicos ilustrados y las revistas. Uno no trafica con el arte de un modo escandaloso, ni llega a imaginar siquiera que esas cuestiones puedan quitarle el sueño. En Putney uno es rico porque gasta menos de lo que gana. Uno no especula sobre la causa última de las cosas ni se obsesiona por los posibles cambios sociales en los próximos cien años. Si uno ve en la calle a un pobre viejo vendiendo cerillas, le compra una caja. El fenómeno social que enfurece a la gente es el espectáculo de ver a los ricos acaparando riquezas y quitándole el pan de la boca a quien lo necesita. Los únicos borrones en la vida de Putney son el ruido y los peligros de High Street, la escasez de buenos establecimientos de lavado y planchado, los modales de una señora de mediana edad que trabaja en la estafeta de correos (las otras señoritas que trabajan allí sí que agradaban a la señora Challice) y, por lo que a Alice se refería, la falta de un hombre en la casa.

A Priam Farll le pareció que la vida en Putney se acercaba mucho a la vida en Utopía. Le pareció que aquello respiraba aire de cuento… Un cuento del sentido común, de la afabilidad, de la sencillez. La vida en Putney hizo que toda su existencia anterior se le representase como una fútil y desdichada carrera en pos de lo imposible. ¿Arte? ¿Qué es el arte? ¿A qué conduce? Priam estaba harto del arte, harto de todo lo que hasta entonces estaba acostumbrado a hacer, y que, equivocadamente, había pensado que constituía la esencia de la

vida.

La idea de una pequeña casita, fija y estable, conseguía que toda la retahíla de hoteles europeos le resultara una bobada.

—Supongo que no se quedará mucho aquí —preguntó la señora Challice, refiriéndose al hotel.

—¡Oh, no! —respondió Priam—. Algo tendré que hacer…

—¿Va a buscar usted otra colocación? —preguntó Alice.

—¿Otra colocación?

—Sí. —Y Alice sonreía de un modo claramente persuasivo, animándolo a buscar trabajo.

—Pues no lo sé —dijo Priam con aire indiferente.

—Debe de haber ahorrado usted bastante… —apuntó Alice, siempre con la misma sonrisa—. O a lo mejor no. El ahorro es cuestión de oportunidad. Es lo que yo digo siempre: depende de cómo empieza uno. Es una costumbre. Yo de verdad que no critico a nadie por no ahorrar. Y los hombres…

Alice parecía querer indicar que sobre todo a los hombres se les debía perdonar que no fueran capaces de ahorrar.

Aquella mujer tenía amplitud de miras: eso, seguro. Comprendía las cosas, y la naturaleza humana en particular. No era una de esas personas con las que los hombres se topan algunas veces: personas que están siempre dispuestas a buscarte los defectos, que son incapaces de tolerar la menor debilidad en los hombres… Esas personas melifluas, sonrientes, con labios delgados, con un poco de flequillo en la frente, y que hablan siempre con un tonillo de suficiencia y superioridad, como si constantemente estuvieran diciendo «no-me-digas…». La señora Challice tenía una boca tan amplia como sus ideas, y unos labios muy carnosos. Era una mujer que, si era preciso, corría al encuentro de uno cuando se disponía a cruzar la peligrosa calzada que separa los dos sexos. Era comprensiva porque quería ser comprensiva. Y cuando no podía comprender las cosas, se engañaba a sí misma haciendo como que lo comprendía, lo cual viene a ser poco más o menos lo mismo.

Alice era la prueba viviente de que las diferencias sociales no tienen valor efectivo cuando de mujeres se trata. Donde estaba ella, tales diferencias no contaban para nada, y solo importaba una más profunda y decisiva: la histórica distinción entre Adán y Eva. Así pues, Alice era un bálsamo para Priam Farll. Y hubiera podido serlo también para el rey David, para Urías el hitita, para Sócrates, Rousseau, lord Byron, Heine o Charlie Peace. Habría sido comprensiva con todos ellos. Todos habrían estado dispuestos a dejar sus vidas en manos de aquella persona. ¿Era una dama? Bueno… Era una mujer.

Su temperamento atrajo a Priam Farll como si de un electroimán se tratase. A Priam le pareció que poder moverse libremente en el espacio de comprensión que generaba aquella mujer era el premio supremo de la vida. Le pareció una buena posada tras un camino lleno de dificultades y peligros, el oasis tras la tormenta de arena en el desierto, la sombra frente a la solana, la venda para la herida, el sueño después del insomnio, el final de una horrible tortura. En una palabra: Priam deseaba contárselo todo, porque ella no le pediría enojosas explicaciones. Alice le había abierto un camino al hablar del ahorro. En respuesta a la observación que ella le hizo («Debe de haber ahorrado usted bastante»), él podía haber contestado con toda naturalidad: «Sí, unas ciento cuarenta mil libras». Y aquella conversación, también con toda naturalidad, le hubiera conducido a la revelación completa de la situación en que se encontraba. En cinco minutos podría confiarle a Alice los detalles principales, y luego podría describirle su angustiosa y humillante media hora en la abadía, y ella derramaría sus mágicos aceites sobre las espantosas quemaduras que había sufrido su sensibilidad. De este modo se cicatrizarían sus heridas y podrían decidir entre los dos lo que se debería hacer.

Priam la miraba ya como su refugio, como una generosa compensación que le deparaba el destino por la pérdida de Henry Leek (cuyos restos descansaban ya en la Walhalla Nacional).

Solo que… era necesario comenzar la explicación, de manera que una cosa condujera naturalmente a otra. Pensándolo bien, le parecía muy brusco decir: «Sí, he ahorrado ciento cuarenta mil libras».

La suma era absurdamente elevada (y, sin embargo, exacta). Lo malo era que, a menos que la cifra no le extrañase por lo increíblemente alta que era, no podía dar pie para explicar el resto.

Tenía que encontrar otro camino. Por ejemplo, podría decir: «Ha habido una equivocación acerca de la supuesta muerte de Priam». «¿Una equivocación?», exclamaría ella, con los ojos como platos y dispuesta a escuchar lo que Priam tuviera que decirle. Y entonces él diría: «Sí. Priam Farll en realidad no ha muerto. El muerto es su criado». Y entonces ella gritaría: «¡Pero si usted era su criado!». Entonces, él simplemente negaría con la cabeza, y ella seguiría gritando: «Entonces, ¿quién es usted?». Y entonces, él diría, con tanta tranquilidad como pudiera: «Yo soy Priam Farll. Y voy a contarle cómo ha sucedido todo».

Así podría haber sido la conversación. Y así habría sido si él hubiera decidido empezar a hablar. Pero, igual que le ocurrió a la puerta de la casa del deán, Priam no pudo empezar. No pudo expresar en voz alta las palabras necesarias. Aquellas palabras, pronunciadas en voz alta, parecerían ridículas, increíbles, propias de un enajenado… Y no podía esperarse razonablemente

que ni siquiera la señora Challice apreciase su trascendencia y, aún menos, les diese crédito.

«Ha habido una equivocación acerca de la supuesta muerte de Priam Farll».

«Sí, ciento cuarenta mil libras esterlinas».

No: no podía decir ni una cosa ni otra. Hay verdades tan extrañas y estrafalarias que uno se siente ridículo y culpable antes de comenzar a decirlas. Uno las dice entre excusas, se sonroja, tartamudea, y ofrece a los demás todo el aspecto de quien espera que no le crean; parece un bobo y se siente un bobo, y al final uno mismo se despeña hacia el desastre.

Priam se dio cuenta con dolorosa claridad de que nunca… Nunca podría contarle a Alice el terrible secreto, la horrible verdad. Aunque la comprensión de Alice era grande, la verdad era aún mayor, y nunca sería capaz de tragársela.

—¿Qué hora es? —preguntó Alice de repente.

—Oh, no se preocupe por la hora… —se apresuró a contestar Priam.

CONSECUENCIAS DE LA LLUVIA

Cuando concluyó el almuerzo y el asador quedó vacío, hasta el punto de que no quedaba allí nadie más que ellos y varios camareros que hacían todo lo posible por obligarlos a marcharse, hablando a gritos o haciendo ruido y procurando molestar alrededor de su mesa, Priam Farll comenzó a estrujarse el cerebro intentando encontrar una excusa para pasar la tarde en compañía de Alice. Quería seguir a su lado, pero no sabía cómo. Estaba completamente perdido. ¡Extraña cosa, la verdad, que un hombre cuya grandeza y brillantez eran suficientes para que lo enterraran en la abadía de Westminster no tuviera la más mínima capacidad para retener en su compañía a una mujer como la señora Alice Challice! Y, sin embargo, así era. Afortunadamente, se animó con la idea de que ella lo comprendiera.

—Tengo que volver a casa —dijo Alice, poniéndose lentamente los guantes; y luego suspiró.

—Espere… —murmuró él—. Me parece haberle entendido que vivía en Werter Road, en Putney, ¿no es así?

—Sí, en el número 29.

—¿Me permitirá usted visitarla algún día? —se aventuró a decir Priam.

—¡Oh, claro! —exclamó ella, animándolo.

Nada pudo haber sido más correcto, y nada más trivial que aquella parte de

su conversación. Seguramente iría a visitarla. Al día siguiente viajaría hasta el idílico Putney. No podía permitirse el lujo de perder semejante amistad, semejante bálsamo, semejante almohada, tan blandita, semejante inteligencia, tan comprensiva. Iría poco a poco intimando con ella, y tal vez al final conseguiría estar en condiciones de decirle quién era realmente con alguna probabilidad de que le creyera. De todos modos, cuando la visitara (y él insistía consigo mismo en que sería muy pronto), intentaría comportarse de otro modo con ella; pensaría con mucho tiento y de antemano lo que iba a decir y cómo iba a decirlo. Aquella decisión mitigó un poco la angustia que sentía ante la sola idea de perder la compañía de Alice, aunque fuera por poco tiempo.

Pagó la cuenta ante las sagaces y vigilantes miradas de Alice, y a duras penas pudo ocultarle el importe exacto de la propina; y luego, en el guardarropa, dio furtivamente seis peniques a un hombre gordo y opulento que había estado custodiando su sombrero y el bastón. (No dejaba de ser sumamente curioso que la presencia de Alice pudiera conseguir que todos aquellos actos de Priam parecieran verdaderamente estúpidos).

Al final, cruzaron en silencio los pasillos y antecámaras que conducían al gran patio de entrada. A través de las grandes puertas de cristal, Priam Farll vio de refilón cómo se reflejaba la luz en el impermeable mojado de un cochero. Estaba lloviendo. Estaba lloviendo a mares, en realidad. En la arquería del patio, cubierta de cristal, todo estaba seco, pero la lluvia sonaba en los cristales como un redoblar de tambores, y el centro del patio era un inmenso charco en donde chapoteaban unos cuantos tílburis. Todo, los arreos de los caballos, los sombreros y capas de los cocheros, y sus rostros colorados, relucía y chorreaba agua bajo la torrencial lluvia de verano. Se dice que la geografía hace la historia. En Inglaterra, y especialmente en Londres, desde luego el tiempo ha contribuido mucho a su historia. Era una locura afrontar tal chaparrón, a no ser que fuera por imperiosa necesidad. Priam y Alice estaban al abrigo de la lluvia, y allí tenían que permanecer.

Él se alegraba, se alegraba de un modo absurdo pero maravilloso.

—Esto no puede durar mucho —dijo Alice mirando al cielo, cubierto de nubes negras, aunque parecía abrir hacia el Este.

—¿Le parece a usted que volvamos adentro y tomemos té? —dijo Priam.

Lo cierto era que hacía un momento que acababan de tomar café. Pero a ella no pareció importarle.

—Bueno —contestó—; yo siempre estoy dispuesta a tomar un té.

Priam miró el reloj.

—Son cerca de las cuatro…

Justificado así por el reloj, volvieron dentro y ocuparon los mismos sitios en los que habían estado al principio de la aventura, en el salón principal del hotel. Priam descubrió una campanilla, llamó, y pidió té de China y magdalenas. Sintió como si se le presentara la ocasión de emprender una nueva vida. Estaba cada vez más contento. Y podía estarlo sin faltar al decoro, porque la señora Challice, con su tacto singular, había eludido toda referencia a muertes y funerales.

Y en el impás, mientras él se disponía a mostrarse alegre y atractivo, tal y como era realmente, ella, con gran parsimonia, sirviendo el té chino, lanzó un dardo que hizo a Priam ver el cielo abierto.

—Me parece —apuntó— que podríamos ir un poco más lejos y hacer el camino… juntos.

Él, realmente, no llegó a comprender en un primer momento el significado de la frase, y ella advirtió que, en efecto, no lo había entendido.

—Sí —añadió Alice, en un tono benevolente y confiado—. Digo lo que siento; yo no me ando con rodeos. Quiero decir que si desea usted saber mi opinión, creo que podríamos llegar a entendernos.

Entonces fue cuando Priam vio el cielo abierto. Vio también un ligero y delicioso rubor en el rostro de Alice, cuyo cutis era maravillosamente fresco y delicado.

Alice Challice bebió el té chino separando mucho los dedos de la taza.

Priam había olvidado cómo se habían conocido, había olvidado que cada uno de ellos tenía un propósito claro y distinto en la vida, y había olvidado que habían intercambiado sus fotografías con un claro objetivo. No se le había ocurrido que el matrimonio pendía sobre él como la espada de Damocles. Y entonces fue cuando se percató de que la espada, pesada y cortante, estaba suspendida sobre su cabeza por un hilo de increíble fragilidad. Intentó esquivarla. No quería perder a Alice, le espantaba no volver a verla. Pero consiguió evitar la espada.

—No se me ocurriría… —comenzó, y se detuvo.

—Por supuesto, es una situación muy difícil para un hombre —dijo Alice, jugando con una magdalena—. Comprendo perfectamente cómo se siente, y con la mayoría de las mujeres estaría usted en lo cierto. Hay muy pocas mujeres que puedan apreciar el carácter de las personas; y si comienza usted a dudar y a titubear, todas le dejarán por imposible como si fuera un viejo insoportable. Pero a mí eso no me gusta. A mí no me gustan las tonterías y andar enredando. Lo que me gusta es obrar con sencillez y el trato sincero. Los

dos deseamos casarnos, así que sería una tontería fingir que no es así, ¿no le parece? Y sería ridículo por mi parte esperar que me hiciera usted la corte y me pidiera solemnemente la mano y todo eso, como si yo no hubiera visto jamás un hombre en mangas de camisa. La única cuestión es esta: ¿nos convenimos el uno al otro? Yo ya le he dicho lo que pienso. ¿Qué opina usted?

Y sonrió sincera y afablemente, pero de un modo incisivo.

¿Qué podía decir él? ¿Qué habrías dicho tú, si es que eres un hombre? Es muy fácil estar sentado ahí, tranquilamente, en tu sillón, sin tener delante a la señora Alice Challice, e inventar respuestas diplomáticas. ¡Pero imagínate en el lugar de Priam! Además, él creía que ella realmente le convenía. Y con seguridad le parecía que no podría resistir la perspectiva de pasar la vida sin ella. Había experimentado ya una vez la tristeza de su ausencia, cuando el aire le voló el sombrero en el metro, y no quería que se repitiese.

—¡Claro, si no tiene usted ni casa…! —dijo ella pensativamente, y con aire compasivo—. ¿Por qué no viene conmigo y le echa un vistazo a la mía?

Así que aquella noche un hombre y una mujer que hacían muy buena pareja entraron en la pescadería de la esquina de Werter Road y compraron lenguados. En el quiosco de periódicos, dos puertas más allá, unos carteles rezaban: «Emocionantes escenas en la abadía de Westminster». «Funerales de Farll, procesión cívica». «El gran pintor descansa en paz».

CAPÍTULO VI

UNA MAÑANA EN PUTNEY – LOS SENCILLOS PLACERES DE LA VIDA – EL SISTEMA DE FILOSOFÍA DE PUTNEY SE DERRUMBA – NO SE ACEPTAN PROPINAS

UNA MAÑANA EN PUTNEY

Salvo porque se había casado y hacía vida matrimonial, para Priam todo era como si se hubiera muerto y hubiese ido al cielo. El cielo es la ausencia de preocupaciones y de ambiciones. El cielo es el lugar donde no se necesita nada que no se tenga. El cielo es un fin en sí mismo. Y la vida de Priam era un fin en sí mismo.

Una mañana de septiembre, pasada la luna de miel e instalado en su casa, se levantó tranquilamente, bastante tiempo después que su mujer, y con su bata color pulga (que Alice admiraba mucho), abrió de par en par la ventana y observó con detenimiento aquella parte del universo comprendida entre Werter Road y el firmamento azul del cielo. Una mujer vieja y gorda bajaba por la

calle con una gran cesta de flores variopintas. La visión de aquella mujer le produjo un enorme placer. ¿Por qué? Bueno, no había ninguna razón concreta, como no fuese que la vieja parecía extraordinariamente viva, como una parte del magnífico planeta Tierra. Cualquier signo de vida le alegraba; cualquier signo de vida le parecía hermoso. Disfrutó de su baño caliente: el cuarto de baño no era el último grito de la modernidad, pero Alice era capaz de conseguir que un carro viejo resultara cómodo. Mientras iba de un lado a otro en el primer piso, podía oír la eficiente actividad que reinaba en la planta baja. Alice siempre estaba muy ocupada por las mañanas; sus ojos parecían decirle: «Mira, desde que me levanto hasta la hora de almorzar, haz el favor de no contar conmigo para ningún asunto intelectual o moral. Estoy en la casa, pero estoy a mis cosas, y no quiero que me molesten».

Luego Priam bajó, alegre como un muchacho, aunque se apreciaba que la curva que le impedía la visión directa de sus pies había aumentado de un modo considerable. El salón principal, con vistas a la calle, era un verdadero santuario para su desayuno. Ella se lo sirvió, con su delantal blanco, ¡en cuanto se presentó allí! ¡Huevos! ¡Tostadas! ¡Café! Aquel desayuno no era nada, y sin embargo lo era todo. Ningún desayuno podía ser mejor. Probablemente había desayunado quince mil veces en los hoteles antes de que Alice le enseñase lo que era un verdadero desayuno. Después de servírselo, Alice se quedó allí un momento con él, y luego le pasó el Daily Telegraph, que estaba en una silla.

—Aquí está tu Telegraph —dijo ella alegremente, renunciando tácitamente a cualquier interés en el periódico. Para ella los diarios eran como los juguetes de los hombres. Alice nunca abrió un periódico, nunca quiso saber lo que ocurría por el mundo. Siempre procuró ocuparse tan solo de sus propios asuntos. La política y todos aquellos asuntos de la maquinaria social… ¡los ignoraba por completo! Vivía. Y no se dedicaba a otra cosa, más que a vivir. Vivía cada instante. A Priam le pareció, verdaderamente, que al fin había encontrado la firme roca en la que asentar su existencia.

El Daily Telegraph contiene en sus veinte páginas más texto del que un hombre puede leer en un día, aunque no haga más que leer y leer, y no pare ni a comer ni a dormir. ¡Y es todo tan relajante… con esa exuberante variedad! Uno se adormece delicadamente en sus páginas; es el compañero ideal de un huevo pasado por agua; apoyado contra la cafetera, el Daily Telegraph defiende la imperturbable firmeza de Inglaterra allende los mares.

Priam lo dobló por la mitad y leyó todos los artículos hasta el doblez; luego volvió el periódico, y terminó la lectura. Después de comulgar con el Daily Telegraph, comulgó con su propia y secreta personalidad, y deambuló por la casa mientras liaba un cigarrillo. ¡Ah! ¡El primer cigarrillo del día! Sus vagabundeos domésticos le llevaron hasta la cocina, o, por lo menos, hasta el

umbral de la puerta de la cocina. Su mujer estaba trabajando allí. Sobre cada objeto o producto que pudiera ensuciarse había puesto un pedazo de papel de estraza; además, llevaba casi siempre guantes, así que sus manos se conservaban inmaculadas; y durante las primeras horas del día, la casa, especialmente en la región de los fogones, parecía estar preparada à la papillote.

—Creo que voy a salir, Alice —dijo Priam, después de ponerse las botas, cuidadosamente abrillantadas.

—Muy bien, cariño —contestó su mujer, más preocupada por su trabajo—. Ya sabes: el almuerzo, a la hora de siempre.

Alice nunca le exigió lujos de ningún tipo. Lo tenía a él. Estaba segura de él. Eso le bastaba. Algunas veces, igual que una mujer sencilla que de repente se topa con un collar de perlas, lo sacaba de su estuche, como si dijéramos, lo contemplaba y volvía a guardarlo.

Cuando llegó a la cancela del jardín, Priam dudó si girar a la izquierda, hacia High Street, o a la derecha, en dirección a Oxford Road. Eligió la derecha, pero habría disfrutado lo mismo yendo hacia la izquierda. Las calles por donde pasaba estaban repletas de criados y de chicos de los recados. Vio muchachas con cofias blancas en la cabeza limpiando picaportes y ventanas, o corriendo por la calle, como monjas a la fuga, o mirando con aire melancólico desde las ventanas de los dormitorios. Los muchachos de los tenderos andaban continuamente subiendo y bajando de los carritos o de los triciclos, muy atareados, repartiendo a domicilio los encargos, alimentos y bebidas, como si Putney fuese una ciudad sitiada. Todo resultaba extraordinariamente interesante y misterioso: y lo que conseguía que aquello resultara tan extraordinariamente misterioso era que la oligarquía de entidades superiores para quienes tan afanosamente trabajaban aquellos muchachos y muchachas permanecía invisible. Pasó por delante del quiosco de periódicos, deleitándose, como de costumbre, en la lectura de los carteles anunciadores. Aquella mañana el Daily Illustrated no anunciaba más que una «Fotografía de un chico de doce años que pesa setenta y cinco kilos». Y el Record murmuraba en letras rojas: «Conversaciones de Alemania con el Rey. Especial». El Journal exclamaba: «Final glorioso de Surrey». Y el Courier gritaba: «La ley no escrita en los Estados Unidos. Otro escándalo».

Ni por todo el oro del mundo habría pasado Priam de la lectura de aquellos carteles a la de los periódicos correspondientes. Lo único que quería era saber por aquellos carteles qué maravillas del día anterior se le habían escapado a su excelente y sobrio Daily Telegraph. Pero en el Financial Times vio: «Junta anual de la compañía Cohoon. Escenas borrascosas». Así que compró el Financial Times y se lo guardó en el bolsillo, para su mujer, pues sabía que

Alice tenía interés en la empresa de cerveza de Cohoon, y concibió la posibilidad de que a Alice le interesara echar un vistazo al reportaje del periódico.

LOS SENCILLOS PLACERES DE LA VIDA

Después de cruzar las vías del South-Western Railway, Priam entró en la Upper Richmond Road, una calle que siempre le había entretenido y divertido mucho. Era una calle de grandes contrastes. Cualquiera podía ver que, no muchos años antes, había sido una calle sagrada, transitada solamente por pies privilegiados, compuesta de variopintas casas, cada una de las cuales estaba bautizada con su propio nombre y edificada dentro de su propio jardín. Después, gentes activas y enérgicas habían levantado varias iglesias, enormes edificios de ladrillo rojo con campanas gigantescas, y habían instalado grandes tiendas de telas, con blusas de señora de a seis con once, y gabinetes de fotógrafos, bancos, expendedurías de tabaco y casas de subastas. Ómnibus de todas clases pasaban por allí. Sin embargo, había otra cosa que le resultaba más interesante y excitaba su imaginación. Por todas partes se veían gigantescos carteles de vistosos colores y llamativos dibujos. Todos ellos hacían referencia a comidas o a diversiones. Allí se veían jamones de York de ocho pies de altura, que ni un regimiento podría comerse en un mes; bueyes feroces y greñudos saltando dentro de fuentes monstruosas, en su ansiedad por ser consumidos; botellas de cerveza rebosando en líquido burbujeante, en cuya espuma podrían flotar los buques de vapor representados en el cartel de al lado; cuarenta ungüentos diferentes para adquirir fuerza y vigor… Algunas yardas más allá de las invitaciones a la gula había un anuncio de remedios contra la indigestión —he aquí la admirable y característica sensatez inglesa—, remedios tan eficaces que podrían administrarse a un mastodonte que sin darse cuenta se hubiera tragado un elefante. Luego venían los anuncios de los divertimentos. ¡Era asombrosa la cantidad de teatros que ofrecían exactamente las mismas funciones dos veces cada noche! ¡Asombroso el número de representaciones que había alcanzado cada espectáculo! Declaraciones juradas de que cierto artista había hecho cierta cosa de cierto modo peculiar mil y una veces sin interrupción, y se anunciaba por toda la Upper Richmond Road, indudablemente, con la esperanza de que quien leyera el anuncio correría a ver la representación mil dos. Todas aquellas funciones eran elegantes, novedosísimas y originales. El espacio que quedaba libre en los muros lo ocupaban anuncios de filántropos que estaban dispuestos a proporcionar cigarrillos al precio de un penique por paquete.

Priam Farll no se cansaba nunca de contemplar aquella fantasmagoría de Upper Richmond Road. La interminable e intermitente visión de materias alimenticias muertas y vivas, de artistas representando las mismas funciones por los siglos de los siglos, de millones y millones de cigarrillos en los labios

de jóvenes elegantes elevando su humo como incienso hacia el cielo: aquella extraña visión, diferente de cuanto había visto en sus viajes, tenía el singular efecto de sumir su espíritu en un estado de profunda alegría. ¡Ni una sola vez llegó al final de la visión! Cuando llegaba a la estación de Barnes, observaba que la visión seguía prolongándose más y más hasta perderse de vista en la lejanía; pero, embriagado con ella, regresaba en ómnibus. El ómnibus despertaba en él otras ideas, era un antídoto. En el vehículo la limpieza se acercaba a la asepsia. En un cristal se anunciaba un jabón, y en el otro se profería el exordio: «Esta es la santa verdad, y sin duda hay que creerla», seguido de un dogma religioso; mientras, en otro cristal se leía un anuncio con la recomendación de que no se hiciera en el ómnibus lo que no se haría en el salón de la casa de uno. Sí, Priam Farll había visto mundo, pero nunca había visto una ciudad tan increíblemente extraña, tan repleta de curiosidades y rarezas psicológicas como Londres. Y, pensando en su larga vida en pos de la aventura, lamentó no haber descubierto Londres mucho antes.

Al llegar a la esquina de High Street bajó del ómnibus y se detuvo a charlar un momento con su proveedor de tabaco. Su estanquero era un hombre robusto, siempre ataviado con su delantal blanco, que se pasaba la vida tras el mostrador, vendiendo tabaco a los más respetables residentes de Putney. Todas sus ideas estaban relacionadas con el tabaco o con Putney. Un asesinato en el Strand tenía para él menos importancia que la avería de un autobús frente a la estación de Putney; y un cambio de gobierno, menos interés que una variación en el programa del teatro Putney Empire. Era un estanquero bastante pesimista, poco inclinado a creer en la Causa Primera de todas las cosas, hasta que un día un borracho hizo añicos una de las ventanas del almacén de Salmon & Gluckstein en High Street, un poco más abajo, y entonces creyó en la Providencia durante algunos días. A Priam le entretenía hablar con él, aunque el estanquero era completamente refractario a la asunción de nuevas ideas, y por su parte, jamás proporcionaba ninguna. Aquella mañana el estanquero estaba a la puerta de su tienda. En la otra esquina estaba la vieja gorda que Priam había visto desde su ventana. Estaba vendiendo las flores.

—¡Qué anciana tan estupenda, aquella! —dijo Priam con vehemencia, después de haber convenido con el expendedor de tabaco en que hacía una mañana estupenda.

—Antaño solía ponerse en la esquina frente a la estación, hasta el mes de mayo del año pasado, cuando la policía la echó de allí.

—¿Y por qué la echó de allí la policía? —preguntó Priam.

—No sabría decirle —dijo el estanquero—. Pero recuerdo que llevaba allí doce años.

—Yo no he reparado en ella hasta esta mañana —dijo Priam—. La vi

desde la ventana de mi habitación, bajando por Werter Road, y me dije: «¡Es la anciana más espléndida que he visto en mi vida!».

—¿Pero qué dice? —exclamó el estanquero—. ¡Es vulgar y sucia!

—Me gusta que sea sucia —dijo Priam con firmeza—. Debe ser sucia; no sería la misma mujer si fuera limpia.

—No puedo soportar la suciedad —dijo el otro tranquilamente—. Mejor haría si se diera un baño los sábados por la noche como los demás.

—Bueno —murmuró Priam—. Quiero una onza del de siempre.

—Gracias, señor —dijo el estanquero, devolviéndole tres peniques como cambio a medio chelín mientras Priam le daba las gracias por el paquete.

¡Nada hubo de particular en aquella conversación! Y sin embargo, Priam salió de la tienda con la firme sensación de que la vida era maravillosa. Al avanzar por High Street se perdió entre la multitud de cochecitos de niños y de bonitas mujeres muy femeninas que se afanaban honestamente en busca de alimentos o vestidos. Muchas de ellas llevaban pequeñas libretitas rojas llenas de largas listas de cosas que ellas y sus adoradores y los frutos de su mutuo afecto habían comido o no tardarían en comer. En High Street todo era lujo: nada faltaba en aquella calle. Hasta las panaderías estaban llenas de bizcochos y tartas de pasas y de panecillos de Berlín. Calendarios ilustrados, gramófonos, corsés, retratos, puros de Manila, chocolate, frutas exóticas, ábacos para el bridge, fastuosas mansiones… Tales eran al parecer los principales objetos que se vendían en High Street. Priam compró por cuatro peniques y medio un ejemplar de la edición de seis peniques de los Ensayos, de Herbert Spencer y cruzó el puente de Putney, cuyos nobles arcos separan el primer piso, con carros y ómnibus, de la planta baja, donde transitan las barcas y canoas remeras. Contempló el ancho río y sus jardines colgantes, como en una ensoñación. Despertó de su ensueño con el estrépito de un tren eléctrico que cruzaba el río por un puente rojo que había unas cuantas yardas más abajo. Y a algunas millas de distancia pudo distinguir las torres gemelas del Crystal Palace, más maravillosas que las de algunas mezquitas.

—¡Asombroso! —murmuró alegremente.

No tenía ninguna preocupación en la vida; y Putney era tal y como Alice se lo había pintado. A su debido tiempo, cuando las campanas doblaron a su derecha y a su izquierda, emprendió el camino a casa para reunirse con Alice.

EL SISTEMA DE FILOSOFÍA DE PUTNEY SE DERRUMBA

Pues bien, al final del almuerzo, en lugar de quedarse sentada un buen rato de sobremesa como tenían por costumbre, Alice se levantó rápidamente antes de acabar su Stilton, y, acercándose a la repisa de la chimenea, cogió una carta

que tenía allí.

—Me gustaría que vieras esto, Henry —dijo, entregándole la carta—. La trajeron esta mañana, pero, por supuesto, yo no puedo distraerme por las mañanas con esas cosas. Así que la dejé ahí.

Priam cogió la carta y la desdobló con el aire de profesional suficiencia que cualquier hombre, hasta el más torpe, acierta a poner en presencia de una mujer que le consulta ciertos asuntos de negocios. Cuando terminó de desdoblar la carta —que estaba escrita a máquina, en papel caro, fuerte y rígido, en cuarto mayor—, procedió a leerla. En la existencia de seres como Priam Farll y Alice, una carta como aquella era un acontecimiento terrible, insólito, capaz de detener el movimiento de la Tierra; los destinatarios normales, al recibir una carta semejante, se imaginan que ha llegado el fin de la era cristiana. Pero todos los días salen del distrito financiero londinense cientos de miles de cartas parecidas, y en ese distrito financiero no se preocupan ni lo más mínimo por ello.

La carta se refería a la fábrica de cerveza de la Cohoon's Brewery Company, y estaba firmada por un bufete de abogados. Hacía referencia a un informe preciso que, según indicaba, podía leerse en todos los periódicos financieros y que versaba sobre la junta anual de accionistas celebrada en el Cannon Street Hotel, el día anterior, y las increíblemente poco satisfactorias explicaciones que había ofrecido el presidente del Consejo de Administración. En la carta lamentaban la ausencia de la señora Alice Challice (su cambio de estado civil no había llegado a conocimiento de los directores de la compañía), y se le preguntaba si estaría dispuesta a apoyar la acción de un comité que se había formado para expulsar al consejo existente; dicho comité ya había obtenido la adhesión de 385 000 votos. Terminaba el documento manifestando que, a menos que tal comité no fuese investido inmediatamente de poderes absolutos, la compañía podría arruinarse por completo.

Priam leyó la carta de nuevo, y esta vez en voz alta.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Alice tranquilamente.

—Bueno… —murmuró Priam—. Pues significa… lo que dice…

—¿Y lo que quiere decir es…? —comenzó ella.

—¡Por Júpiter…! —exclamó—. ¡Se me había olvidado! Esta mañana vi en un anuncio de los periódicos algo acerca de la compañía Cohoon, y pensé que podía interesarte, así que compré el Financial Times. Pero se me había olvidado por completo.

Allí estaba: una columna y un cuarto con las explicaciones del presidente del consejo, y cerca de dos columnas llenas de escenas borrascosas. El

presidente era el marqués de Drumgaldy, pero al parecer, su rango no impidió que algunos asistentes se emplearan violentamente aplicándole apelativos tales como «¡Embustero!», «¡Farsante!», e incluso «¡Bribón!». El marqués había expuesto simplemente, con todas las excusas posibles, que, a causa de la depreciación extraordinaria en el valor de las licencias, los directores de la compañía consideraban que no debían autorizar dividendo alguno para los accionistas ordinarios de la empresa. Apenas hizo esta sencilla manifestación, cuando, inmediatamente, un grupo de accionistas menos razonables y más avariciosos de lo habitual convirtieron el histórico salón del Cannon Street Hotel en una casa de locos. Dado el escándalo que se formó, cualquiera diría que el único propósito de las compañías cerveceras es ganar dinero y que el patriotismo de los antiguos cerveceros —patriotismo que les impelía a suministrar honrada cerveza inglesa al honrado obrero inglés a un precio puramente simbólico— había sido desdeñado y olvidado. Sí; cualquiera se veía obligado a imaginar tal cosa. En vano el marqués hizo notar que los accionistas habían estado recibiendo durante años y años dividendos del quince por ciento y que, por una vez en la vida, debían disponerse a sacrificar una ventaja temporal en beneficio de la prosperidad futura. La simple alusión a aquellos dividendos, tan elevados y tan regulares, no despertó la gratitud en el corazón de los accionistas; al contrario, los puso, al parecer, más furiosos. Dieron rienda suelta a las más bajas pasiones en el Cannon Street Hotel. Los directores de la compañía seguramente esperaban que se desataran aquellas bajas pasiones, porque de inmediato apareció un retén de policías que estaba preparado a la puerta, y expulsaron de allí a un accionista precisamente para evitar que en el futuro pesara sobre su conciencia haber derramado la sangre del marqués. Al final, según las pintorescas expresiones del Financial Times, la junta terminó «en medio de la mayor confusión».

—¿Cuánto tenías invertido en la Cohoon? —preguntó Priam a Alice después de haber comprendido bien la información del periódico.

—Todo lo que tengo está invertido en Cohoon, excepto esta casa —dijo Alice—. Mi padre me lo dejó así. Él decía siempre que nada como una compañía cervecera. Le oí decir muchas veces que las cerveceras eran mejor que los fondos consolidados. Creo que tengo doscientas acciones de cinco libras cada una. Sí, eso es, doscientas; pero ahora valen mucho más, claro. Deben valer como unas doce libras cada una. Lo que sé es que me producen ciento cincuenta libras esterlinas al año con más regularidad que un reloj… Pero ¿qué dice el periódico después de que la junta terminara «en medio de la mayor confusión»?

Alice señaló con el dedo un párrafo y Priam leyó en voz alta las fluctuaciones de las acciones ordinarias de la compañía Cohoon durante la tarde anterior. La cotización había cerrado a seis libras y cinco chelines por

acción. La señora de Henry Leek había perdido más de mil libras esterlinas en una tarde.

—Siempre me habían producido ciento cincuenta libras al año —insistió Alice con la misma seguridad que si hubiera dicho: «Siempre ha sido Navidad el 25 de diciembre y, naturalmente, este año será igual».

—Pues parece que esta vez no te van a producir nada —dijo su marido.

—Oh, pero… ¡Henry…! —protestó Alice.

¡La industria cervecera había quebrado! Esa era la verdad. ¿Quién habría podido imaginar que la industria cervecera iba a quebrar en Inglaterra? Los hombres más sabios y prudentes de Lombard Street habían depositado su confianza en la cerveza como el último gran baluarte de la nación, y, sin embargo, hasta la cerveza había quebrado. Los cimientos de la grandeza de Inglaterra, si no estaban hundidos, iban camino de hundirse. Era inútil excusarse en una mala administración o en las imprudentes compras de licencias a precios muy elevados. ¡En los buenos tiempos una compañía cervecera habría resistido indefinidamente los efectos de una mala administración! Los tiempos habían cambiado. El obrero británico, arrastrado por la nueva moda de la moderación, ya no bebía. ¡Ya no podía confiarse en que el obrero bebiera! Aquello era el colmo de todas las ofensas contra la sociedad. Los sindicatos nada podían contra aquel último capricho del trabajador, que sembraba la desolación en miles de distinguidos hogares. Alice se preguntaba qué habría dicho su padre si viviera. En realidad, se alegraba de que no hubiera vivido para ver aquello. El golpe habría sido demasiado atroz para él. Parecía como que la tierra se hundiera bajo los pies de Alice, formando una especie de sima que se los tragaría, a ella y a su marido. Durante años y años, sin información precisa, simplemente por intuición, había estado notando que Inglaterra, bajo la superficie visible, ya no era la isla firme que siempre había sido: y allí estaba la terrible prueba de ello.

Miró a su marido como una mujer debe mirar siempre a su esposo en una situación de crisis. Los pensamientos de Priam eran más indefinidos que los suyos; los pensamientos de Priam en asuntos de dinero eran siempre sumamente indefinidos.

—¿Por qué no vas a la City y ves a ese señor Comosellame? —insinuó Alice, aludiendo al firmante de la carta.

—¿Yo?

Era la exclamación de un espíritu aterrado, un grito que dejó escapar con un tono agudo, fruto del más auténtico terror pánico. ¡Él! ¡Ir a la City a hablar con un abogado! ¡Vamos! ¡Aquella pobre mujer debía de estar loca! No podría hacerlo ni por un millón de libras. La sola idea lo ponía enfermo, le entraban

mareos y la comida ascendía por su esófago, como si fuera el resultado de un hechizo siniestro.

Ella vio la expresión de su rostro y la tradujo enseguida. Era una expresión de horror. Inmediatamente buscó excusas para disculparle; inmediatamente se dijo a sí misma que era inútil fingir que su Henry era como los demás hombres. No lo era. Era un soñador. Era, de cuando en cuando, extraordinariamente peculiar. Pero era su Henry. En otro hombre cualquiera que no fuera su Henry aquellas dudas a la hora de hacerse cargo de los asuntos financieros de su mujer habría resultado ridícula; habría resultado afeminado. Pero Henry era Henry. Ella iba asumiendo gradualmente aquella verdad. Era adorable; pero era Henry. Con una soberbia fuerza de voluntad, Alice se dio cuenta de la situación.

—No… —dijo alegremente—; como las acciones son mías, lo mejor será que vaya yo. ¡A no ser que vayamos los dos! —Pero su mirada se topó otra vez con la de su marido, y añadió calladamente—: No, mejor iré yo sola.

Priam suspiró de alivio. No pudo evitar suspirar de alivio.

Y después de fregar y arreglarse pulcramente, Alice se marchó, y Priam se quedó solo con sus ideas acerca de la vida marital y las cuestiones económicas.

Alice era la mismísima imagen de la discreción. Nunca, desde aquella observación acerca del ahorro masculino en el Grand Hotel Babylon, observación que por cierto quedó sin respuesta, había sometido a su marido a ninguna cuestión referente al dinero. Nunca le había hablado de los recursos económicos de que disponía, salvo alguna frase suelta de vez en cuando, y solo para asegurarle que tenían suficiente. Alice había rechazado siempre los billetes que él le había ofrecido, diciéndole que los guardase para cuando surgiera alguna necesidad. Nunca había hablado de su vida pasada, ni le había insinuado a él que le contase la suya. Era una de esas mujeres para las cuales parece que no existe ni el pasado ni el futuro: solo están ocupadas con la importancia del presente. Tanto él como ella confiaban respectivamente en el juicio que cada uno tenía formado del valor y de la formalidad del otro. Y él, por su parte, era el último hombre en el mundo capaz de ser Ministro de Hacienda. Para Priam, el dinero era un bien sin importancia ninguna que forzosamente tenía que pasar por sus manos. Siempre le había sobrado el dinero. Incluso en Putney tenía más del que necesitaba. La mayor parte de las doscientas libras esterlinas de Henry Leek permanecían en su bolsillo, y en virtud de su propio testamento tenía una libra a la semana, de la cual solo gastaba unos pocos chelines. Sus distracciones eran el tabaco (que le costaba unos dos peniques diarios), dar paseos, recreándose en las luces y extravagancias de las calles (lo cual apenas le costaba nada), y la lectura: en

Putney había tres librerías, en las que se podía comprar cualquier obra maestra de la literatura a razón de cuatro peniques y medio por volumen. Aunque le dedicara a la lectura todo su tiempo, nunca podía leer más de nueve peniques semanales. Así pues, estaba en realidad ahorrando dinero. Podría pensarse que debería haber obligado a Alice a que aceptase algún dinero. No se le había pasado por la imaginación esa idea. En su concepción del mundo, el dinero no había sido nunca una cuestión importante ni había tenido la transcendencia suficiente como para que tuviera que discutirlo con su esposa. Todo cuanto tenía estaba siempre a disposición de Alice.

Y ahora, de repente, el dinero había adquirido cierta trascendencia. Resultaba verdaderamente engorroso. No estaba asustado; simplemente resultaba engorroso. Si hubiera conocido alguna vez la sensación de necesitar dinero, y no hubiese sido capaz de conseguirlo, probablemente se habría asustado. Pero aquella sensación era desconocida para él. Ni una sola vez en toda su vida había temido gastar dinero por temor a que el dinero se acabase.

Ahora le acechaban una infinidad de problemas.

Salió a dar un paseo para huir de sus problemas. Pero los problemas fueron con él. Paseó por las mismas calles en las que tanto había disfrutado por la mañana. Pero ya no le interesaban. ¡Desde luego, aquel no era el Putney ideal donde había estado unas horas antes! Debía de ser otro pueblo con el mismo nombre. La mala administración de una fábrica de cerveza situada a ciento cincuenta millas de Londres y la ocurrencia de los obreros británicos de dejar de beber sus acostumbradas pintas en multitud de tabernas diseminadas aquí y allá habían derribado del modo más inesperado los cimientos del sistema de filosofía práctica de Putney. Los carteles de Putney ahora le parecían sencillamente cursis; el comercio de Putney, basto y fútil; el expendedor de tabaco, un burgués estúpido y estrecho de miras… Y así todo.

Alice y él se encontraron a la puerta de casa, cuando se disponían a sacar las llaves.

—¡Oh…! —dijo ella en cuanto estuvieron dentro—. ¡No hay nada que hacer! No se había equivocado el periódico: ¡no hay nada que hacer! No nos van a dar ni un penique este año, ¡ni un penique! ¡Y el abogado cree que el año que viene tampoco! Y las acciones siguen bajando, según me ha dicho. ¡En mi vida había visto una cosa igual! ¿Y tú?

Priam admitió compasivamente que no, que él tampoco había visto nada igual.

Después de subir a las habitaciones del primer piso y volver a bajar, la actitud de Alice cambió de repente.

—Bueno —sonrió—, recibamos algo de dinero o no, lo cierto es que es la

hora del té. Así que tomemos el té. Yo no tengo tiempo para estar preocupada. Dije que haría un bizcocho después del té, y eso será lo que haga. Ya verás, si no.

El té fue tal vez ligeramente más abundante de lo habitual.

Después del té, Priam la oyó cantar en la cocina. Decidió levantarse e ir a verla. Allí estaba Alice, con las mangas dobladas hasta los codos y un gran delantal sobre sus exuberantes pechos, amasando harina. Le habría gustado acercarse a ella y darle un beso. Pero no se atrevía a desvaríos de este tipo fuera de su tiempo reglamentario.

—¡Oh! —dijo ella riendo—. ¡Mira, mira! No estoy nada preocupada. ¡No tengo tiempo para preocuparme!

A última hora de la tarde, Priam volvió a salir; pero como una persona que tiene motivos para salir sin llamar la atención. Había tomado una decisión importante y trascendental. Bajó furtivamente por Werter Road y High Street, y se detuvo un momento ante la papelería de Stawley, que era al mismo tiempo librería y emporio de maletas de piel, y de óleos y barnices. Entró en Stawley colorado y tembloroso (¡él, un hombre de cincuenta años a quien la curva abdominal no le dejaba ver sus propios pies!), y pidió ciertos tubos de colores. Una joven muy lista y servicial, que parecía conocer al dedillo todo lo referente a las artes gráficas, intentó venderle una magnífica y compleja caja de pinturas que, al abrirse, desplegaba un caballete y un taburete, y contenía una paleta de la forma y tamaño preferidos por el difunto Edwin Long, miembro de la Royal Academy, una selección de colores recomendada por el difunto lord Leighton, presidente de la Royal Academy, y un aceite secante que, según decía la joven, había utilizado Whistler. Priam Farll salió de la tienda sin comprar aquel aparato para pintar obras maestras, pero no pudo escapar sin adquirir una caja para bocetos que no había tenido la menor intención de comprar. Aquella señorita era demasiado perspicaz para él. Temió ser en exceso cortante y lacónico con ella, no fuera a ser que se volviera hacia él y le dijera que era inútil todo aquel fingimiento, pues le había reconocido y sabía que era Priam Farll. Se sintió culpable, y le pareció que se le notaba que se sentía culpable. Mientras se apresuraba por High Street hacia el río con la caja de pinturas, le pareció que un policía lo miraba con aire hostil y se disponía a interceptarlo, como diciéndole: «¡Mira, esto no funciona así! ¡Se supone que tú deberías estar enterrado en la abadía de Westminster! ¡Tendré que encerrarte por insolente!».

Era la hora de la marea baja. Bajó hasta la orilla pedregosa, un poco más allá del muelle donde atracaban los barcos de vapor, y se escondió entre los pilotes, mirando a su alrededor como asustado, como si hubiese cometido un crimen o fuera a cometerlo. Luego se detuvo y abrió la caja de pinturas,

preparó la paleta y probó en la mano la elasticidad de los pinceles. Trazó un esbozo del panorama que tenía delante. Lo hizo muy rápidamente, en menos de media hora. A lo largo de su vida había hecho miles de apuntes coloreados semejantes, y los había conservado todos. Siempre le había resultado insoportable desprenderse de sus bocetos. Sin duda alguna, su primo Duncan los habría encontrado ya, si había conseguido descubrir su domicilio de París, cosa muy probable.

Cuando terminó, examinó detenidamente el boceto, con los ojos medio entornados y manteniendo la pintura a unos tres pies de distancia. Estaba bien. Salvo por algunos esbozos a lápiz que había hecho en momentos de aburrimiento y que había destruido rápidamente, aquel era el primer apunte que había hecho después de la muerte de Henry Leek. Pero este era muy bueno. «No hay duda acerca de quién lo ha hecho», murmuró, y añadió: «Y eso es lo malo. Cualquier experto lo reconocería en medio minuto. Solo hay un hombre capaz de hacer esto. No tengo más remedio que intentar hacerlo peor». Cerró la caja con un golpetazo al descubrir que se acercaba una pareja de cariñosos jóvenes. No había ninguna necesidad de ocultar su trabajo de aquel modo tan brusco, porque la pareja desapareció de allí enseguida, profundamente disgustada al comprobar que les habían robado su escondite entre los pilotes del muelle.

Alice estaba a punto de terminar su bizcocho cuando Priam volvió a casa, al anochecer; pudo oler la deliciosa confirmación de la labor repostera. Subiendo calladamente las escaleras, escondió las brochas en un altillo vacío, en el desván de la casa. Luego se lavó las manos con mucho cuidado para eliminar cualquier olor a pintura. A la hora de la cena procuró adoptar el gesto más inocente.

Alice estaba contenta; pero su alegría era un tanto forzada. Naturalmente, hablaron de la situación. Resultó que ella tenía algunos ahorrillos en el banco: lo suficiente para sobrevivir unos seis meses. Él le dijo entonces con cierta petulancia que nunca tendrían la menor dificultad por cuestiones de dinero; que él tenía dinero, y que siempre podría ganar más.

—Si piensas que voy a dejar que busques trabajo para ponerte a servir de nuevo, estás muy equivocado —dijo Alice—. Y se acabó la discusión. —Y sus labios dejaron entrever toda su firmeza y resolución.

Aquello le hizo titubear. Priam nunca conseguía recordar durante más de media hora seguida que era un criado en paro. Y desde luego Alice no se lo recordaba con frecuencia. Pero la idea de ponerse a trabajar como criado le parecía mitad ridícula, mitad trágica. Sería tan bueno ejerciendo de criado como dedicándose a la correduría de bolsa o como funambulista en el alambre.

—No estaba pensando en eso —tartamudeó Priam.

—Entonces, ¿en qué pensabas? —preguntó Alice.

—¡Oh! ¡No sé…! —murmuró Priam sin mucha decisión.

—Porque todas esas cosas que anuncian, lo del trabajo en casa, escribir direcciones en sobres, o vender gramófonos a comisión, y todo eso, son estafas, eso ya lo sabes —sentenció Alice.

Priam sintió un escalofrío.

A la mañana siguiente compró un lienzo de 36 x 24 pulgadas, y más pinceles y tubos de pintura, y subrepticiamente se lo llevó todo a la buhardilla. Por fortuna, era el día en que iba la criada, y Alice estaba muy atareada para ocuparse de él. Con una mesa vieja y la bandeja de un baúl de viaje preparó una especie de caballete, y comenzó a pintar un mal cuadro a partir del boceto del día anterior. Pero en menos de un cuarto de hora descubrió que tenía las mismas condiciones para pintar mal que para ser criado. Le resultaba imposible vulgarizar los tonos de los colores y falsear las perspectivas. Simplemente, no podía hacerlo. La sola idea de intentar hacerlo mal conseguía ponerlo enfermo. Todo el mundo es capaz de quedarse por debajo de su nivel más alto en sus trabajos habituales, y Priam Farll, en muchos sentidos, podía hacer lo mismo. ¡Pero no pintando! Como artista, solamente era capaz de dar lo mejor de sí. Solo podía representar la naturaleza como la veía. Y era una cuestión instintiva más que racional lo que le impedía quedarse por debajo de su nivel artístico habitual.

En tres días, durante los cuales consiguió que Alice no entrara en la buhardilla, utilizando mentiras o haciendo uso de una llave, terminó el cuadro; se había olvidado de todo excepto de su profesión. Era otro hombre, arrebatado por el arte.

—¡Por Júpiter! —exclamó, observando el cuadro—. ¡Aún puedo pintar!

Los artistas a veces hablan consigo mismos.

¡El cuadro era asombroso! ¡Qué atmósfera! ¡Qué poesía! ¡Y qué profunda fidelidad en la representación de la naturaleza! ¡Era un cuadro como los que vendía habitualmente por ochocientas o mil libras antes de su funeral en la abadía de Westminster!

Sin embargo, el problema era que el lienzo también llevaba la firma de Priam Farll, ¡igual que el boceto!

CAPÍTULO VII

LA CONFESIÓN – LÁGRIMAS – UN MECENAS DE LAS BELLAS

ARTES

LA CONFESIÓN

Aquella noche Priam estaba muy nervioso, y no parecía que le preocupara mucho disimular aquel nerviosismo. La verdad era que no habría podido disimularlo aunque hubiera querido. La fiebre de la creación artística se había apoderado de él, con todas sus antiguas angustias y todas sus viejas y agotadoras alegrías. Su genio había permanecido ocioso, como un león en la espesura de la selva, y resurgía ahora fuerte y vigoroso. Llevaba meses sin tocar un pincel; habían transcurrido meses en los que su espíritu había evitado deliberadamente la cuestión de la pintura, contentándose solo con la contemplación de la belleza. Apenas una semana antes, si se hubiera preguntado a sí mismo si sería capaz de volver a pintar, podría haberse respondido: «Tal vez no». Tal es la ignorancia que el hombre tiene respecto a su propio carácter. Pero ahora el león de su genio se había plantado delante de él, dándole un zarpazo en el pecho y rugiendo furioso.

Comprendió entonces claramente que aquellos últimos meses solo habían sido un simple intermedio, que se veía forzado a pintar o se volvería loco; y que todo lo demás no tenía ninguna importancia. Comprendió también que únicamente podía pintar de una manera: como Priam Farll. Y si se descubría que Priam Farll no estaba enterrado en la abadía de Westminster, si estallaba el escándalo y se producían embrollos legales… ¡Bueno, eso sería horrible! Pero él no tenía más remedio que pintar.

No por dinero, ¡entiéndase! Tangencialmente, claro, ganaría dinero. Pero ya casi había olvidado que la vida tiene una faceta económica.

Así pues, andaba nervioso de un lado para otro en el salón de aquella casita de Werter Road, confinado entre la mesa y el aparador, y acercándose de cuando en cuando a la chimenea, donde se sentaba Alice con su bastidor de zurcir sobre las rodillas y las gafas puestas… (Usaba gafas cuando tenía que mirar fijamente objetos muy oscuros). La estancia era bastante fea, en el agradable estilo de Putney, con un par de láminas de B. W. Leader, de la Royal Academy, un papel pintado demasiado realista, muebles de color castaño oscuro con patas torneadas, una alfombra con las características de una institutriz retirada que se ha dado a la bebida, y una nube negra en el techo, encima de los quemadores de gas. Afortunadamente, todas aquellas cosas no le molestaban. No le molestaban porque no las veía. Cuando sus ojos no se detenían sobre las cosas bellas, su mirada no se ocupaba del mundo real en absoluto. Su única idea acerca del mobiliario de una casa era una butaca cómoda.

—Henry —le dijo su mujer—, ¿no te parece que estarías mejor sentado?

La voz sosegada del sentido común consiguió detener sus vueltas y revueltas. Miró a Alice, y ella, quitándose las gafas, lo miró a él. El prendedor de la cadena del reloj colgaba del bolsillo. Priam tenía que hablar con alguien, y allí estaba su mujer: no solo era la persona más accesible, sino también la más idónea. Sintió unos tremendos deseos de contárselo todo; ella lo comprendería, porque siempre lo comprendía todo; y nunca se sorprendía. Los acontecimientos más extraordinarios, al pasar por ella, se transformaban de algún modo en sucesos vulgares, comunes y corrientes. ¡Eso fue lo que ocurrió con el desastre de la compañía cervecera! Lo había aceptado como si la bancarrota de las cervecerías fuese un espectáculo que pudiera presenciarse en cada esquina de la ciudad.

Sí, se lo contaría a Alice. Tres minutos antes no tenía intención de decirle nada, ni a ella ni a nadie. Lo decidió de repente. Contarle su secreto conduciría, naturalmente, a hablar del cuadro que acababa de pintar.

—Oye, Alice —dijo—, tengo que hablar contigo.

—Bueno —contestó Alice—, pero me gustaría que hablaras conmigo sentado. ¡Yo no sé qué te pasa desde hace uno o dos días!

Priam se sentó. En aquel momento le pareció que entre ellos no existía una verdadera complicidad. Y su matrimonio le pareció en cierto modo artificial, un tanto extraño. No sabía que se precisan algunos años para establecer una verdadera relación de confianza entre marido y mujer.

—¿Sabes? —dijo—, Henry Leek no es mi verdadero nombre…

—Ah, ¿no? —exclamó ella—. ¿Y eso qué más da?

Alice no pareció sorprenderse lo más mínimo al oír que Henry Leek no era su verdadero nombre. Era una mujer muy lista y sabía que en este mundo suceden cosas extrañas. Y ella se había casado con él, sencillamente, porque él era él, por su modo de ser a cada instante, aunque Priam no estaba seguro de poder concretar los encantos que tenía para ella.

—Mientras no hayas cometido un asesinato o algo así… —añadió Alice con una apacible sonrisa.

—Mi verdadero nombre es Priam Farll —dijo él bruscamente. Aquella brusquedad se debía a su timidez.

—Yo creía que el nombre de Priam Farll era el del caballero a quien servías.

—A decir verdad —dijo él, abrumado por el nerviosismo—, ahí es donde estuvo la equivocación. El retrato que te enviaron era mi propio retrato.

—Sí —dijo Alice—, ya lo sé. ¿Y qué?

—Lo que quiero decir —añadió Priam a trompicones— es que fue mi criado el que murió, no yo. Verás: lo que ocurrió fue que cuando vino el médico, creyó que Leek era yo, y yo no le dije la verdad porque me dieron miedo todos los embrollos que tendría que solucionar… Así que lo dejé pasar… y también había otras razones. Ya sabes cómo soy…

—¡No sé de qué me estás hablando! —dijo Alice.

—¿No lo entiendes? Pues es muy sencillo. Yo soy Priam Farll, y tenía un criado que se llamaba Henry Leek; él se murió, y todos creyeron que el muerto era yo. Solo que no fue así.

Priam vio que el rostro de Alice cambió de expresión; pero inmediatamente se recompuso.

—Entonces, ¿es Henry Leek el que está enterrado en la abadía de Westminster, en tu lugar?

La voz de Alice era muy suave y amable. Y aquella asombrosa mujer volvió a ponerse las gafas y a coger su larga aguja.

—Así es, exactamente.

Y entonces él soltó toda la historia, empezando por la mitad, llegando hasta el final, y volviendo a los detalles del principio. No se dejó nada, ni a nadie, excepto a lady Sophia Entwistle.

—¡Entiendo! —observó Alice—. ¿Y nunca le has dicho a nadie ni una palabra de todo esto?

—Ni una palabra.

—Si yo fuera tú, seguiría completamente en silencio al respecto —casi susurraba con un tono muy persuasivo—. Eso sería lo mejor. Yo que tú, no me preocuparía. Comprendo ahora perfectamente cómo ha sucedido todo, y me alegro de que me lo hayas contado. Pero no te preocupes. Has estado muy nervioso los últimos dos o tres días. Yo creía que era por la cuestión de mi dinero, pero ya veo que no. Al fin y al cabo, podría haber sido por eso. Ahora, lo mejor que puedes hacer es olvidarte de todo.

¡Alice no le había creído! Simplemente, toda aquella historia le pareció increíble; y, efectivamente, narrada allí, en Werter Road, la historia resultaba una pura fantasía; parecía algo muy semejante a un cuento. Alice siempre había notado ciertas rarezas en su marido. Sus repentinas risas por un matiz en el color del cielo o ante la postura de un caballo en la calle, por ejemplo, eran verdaderamente extraordinarias. Y tenía distracciones peculiares que ella no sabía explicarse. Estaba segura de que debía de haber sido muy mal criado. De todos modos, no se había casado con él para tener un criado, sino un marido; y estaba más que contenta con la ganga que le había tocado. ¿Qué más daba si

sufría alguna pequeña locura? La manifestación de esa locura no hacía más que confirmar ciertas vagas sospechas que había tenido Alice acerca de la salud mental de su marido. Además, solo era un delirio, una manía inofensiva. Y explicaba muchas cosas. Explicaba, por ejemplo, que se hubiera quedado en el Grand Hotel Babylon. Aquello debió de ser el principio de los delirios de grandeza. Alice se alegró de conocer por fin la parte mala.

Ahora lo quería más que nunca.

Se produjo un silencio.

—Nada, nada —repitió, en un tono de firme convencimiento—; yo, en tu lugar, no diría nada. Lo olvidaría.

—¿Sí? —preguntó Priam, jugueteando nerviosamente con los dedos sobre la mesa.

—¡Claro que sí! Y, sobre todo, hagas lo que hagas, no te preocupes.

Su voz tenía el tono zalamero que emplea una enfermera con un niño… o con un lunático.

Priam percibió entonces con una increíble claridad que su mujer no se había creído ni una sola palabra de cuanto le había dicho, y que, con magnánima y tranquila sagacidad, Alice solo le estaba llevando la corriente. Priam pensó que aquella historia perturbaría el espíritu de Alice hasta lo más profundo; pensó que probablemente se pasarían toda la noche allí sentados discutiendo la situación. Y en vez de eso… Aquel maternal «Yo en tu lugar lo olvidaría todo…», mientras seguía con sus zurcidos.

Priam tenía que meditar, y meditó profundamente.

LÁGRIMAS

—¡Henry! —exclamó Alice a la mañana siguiente, mientras Priam subía escaleras apresuradamente—, ¿qué estás haciendo ahí arriba?

Ella se había comportado exactamente como si no hubiera pasado nada; era una de esas mujeres cuya prudente actitud consiste en dejar en paz a sus maridos hasta que parecen a punto de agotar su paciencia. Pero también tenía su carácter, y su paciencia comenzaba a resentirse. Durante los últimos tres días Henry se había comportado de un modo extraño y misterioso.

Al oír la voz de Alice, Priam se detuvo, y asomando la cabeza por encima de la barandilla de la escalera, le contestó con una voz rara:

—¡Sube y lo verás!

Tarde o temprano tendría que verlo. Tarde o temprano aquella situación, ya tirante de por sí, llegaría a tal grado de tirantez que estallaría con estrépito. Así

que Priam decidió que lo que tuviera que suceder sucediera cuanto antes.

Alice subió y vio.

Antes de terminar de subir las escaleras que conducían al desván, empezó a husmear y a arrugar el hocico, y cuando Priam abrió la puerta de la estancia para que ella entrase, comenzó a decir:

—¡Qué olor a pintura! Ya ayer me pareció…

Si hubiera sido suficientemente experta, habría dicho: «¡Qué olor a obras maestras!», pero su inteligencia se ceñía a otros campos de la actividad humana.

—¡Espero que no hayas estropeado esa silla del cuarto de baño! ¡Oh…!

Esta exclamación se le escapó a Alice cuando, al entrar en el desván, vio el envés del cuadro que Priam había colocado efectivamente en la silla del cuarto de baño: la había subido allí el día anterior. Alice se dirigió después hacia la ventana y desde allí pudo ver perfectamente el cuadro. Brillaba resplandeciente con la luz matutina. Era magnífica. Podía colocarse perfectamente junto a otras obras del mismo autor que se encontraban dispersas por todos los museos de Europa. Tenía aquella calidad de valor incalculable, al mismo tiempo noble y sugerente, que distinguía toda la obra de Priam. Aquel cuadro transformaba el desván; y miles de aficionados y de estudiantes, desde San Petersburgo a San Francisco, habrían acudido a aquella buhardilla con el fin de contemplar aquella maravilla, y se habrían quitado el sombrero devotamente con un escalofrío recorriéndoles la espalda, si hubieran sabido que estaba en aquella buhardilla y se les hubiera permitido la entrada. Priam estaba satisfecho; estaba encantado; estaba entusiasmado. Permanecía en pie junto al cuadro, mirando alternativamente a su obra y a Alice, nervioso, como una madre cuando su cuñada viene a ver al niño recién nacido. Alice, por su parte, no decía nada. Lo primero que tenía que asumir era que su marido no había sido lo suficientemente sincero con ella, puesto que la había tenido en la más completa ignorancia respecto a aquellas actividades secretas. Luego tuvo que centrarse en el cuadro que tenía delante.

—¿Has hecho tú eso? —preguntó con ingenuidad.

—Sí —respondió Priam, con toda la naturalidad que pudo—. ¿Por qué te extraña? —Y luego, hablando consigo mismo, pensó: «Esto la convencerá de que no soy un lunático. Le resultará asombroso».

—Desde luego… Es muy hermoso —dijo amablemente, pero sin el menor indicio de estar hablando con convencimiento—. ¿Qué es? ¿Es el puente de Putney?

—Sí —respondió él.

—Eso me había parecido. Pensé que debía de ser eso… Bueno, no sabía que pintaras… Es muy bonito… para ser de un aficionado.

Dijo aquello con un tono firme y sin embargo afable, y buscó con su mirada la mirada de Priam. Era su precavido método de confirmarle cariñosamente a su marido que no se había tomado muy en serio el relato de la noche anterior. Y él fue quien bajó la mirada, no ella.

Y cuando Alice se acercó un poco al lienzo, Priam exclamó con gran agitación:

—¡No, no, no! ¡No te acerques más! Estás justamente a la distancia justa.

—¡Oh! Bueno, si no quieres que lo mire más de cerca… —dijo la mujer, procurando no contrariarle—. ¡Qué lástima que no hayas puesto un ómnibus en el puente…!

—Hay uno —dijo Priam—; aquí está. —Y lo señaló en el cuadro.

—¡Ah, sí! Sí, ya lo veo. Pero… ¿sabes?, creo que parece más un furgón de Carter Paterson que un ómnibus. Deberías haber puesto algún letrero, «Union Jack» o «Vanguard», y entonces la gente sabría lo que es. Pero es muy bonito. ¿Supongo que aprendiste a pintar con tu…? —Pero no terminó la frase, y añadió—: ¿Qué es eso rojo que hay detrás?

—Es el puente del ferrocarril —murmuró Priam.

—¡Ah, claro! ¡Qué tonta soy! Aunque, claro, si hubieras puesto un tren pasando por encima… Lo malo de los trenes en los cuadros es que nunca parece que están en movimiento. Yo lo he notado en los dibujos de los camiones de mudanzas, ¿tú no? Pero si pones una señal delante del tren, la gente comprende que el tren está parado. No estoy segura de si en este puente hay una señal o no.

Priam no hizo observación alguna.

—Y ya veo la taberna The Elk, ahí, a la derecha. Has conseguido dibujarla muy bien. La he reconocido enseguida. Cualquiera la reconocería.

Priam continuó callado.

—¿Y qué vas a hacer con esto? —preguntó ella amablemente.

—Voy a venderlo, querida —respondió Priam con una mueca de duda—. Puede que te sorprenda saber que este lienzo vale como mínimo ochocientas libras. Menudo escándalo se armaría en Bond Street y en todas partes si supieran que estoy pintando aquí, en lugar de estar pudriéndome en la abadía de Westminster… No voy a firmarlo… en realidad muy rara vez firmo mis cuadros, y ya veremos qué pasa. Me han pagado mil quinientas libras por tonterías que no eran ni la mitad que esto. Lo venderé por lo que me ofrezcan.

Pronto necesitaremos dinero…

Las lágrimas anegaron los ojos de Alice. Se dio cuenta de que su marido estaba mucho más loco de lo que había imaginado… ¡con aquello de las ochocientas y las mil quinientas libras esterlinas por mamarrachos pintados que no significaban nada! Porque, vaya, se podían comprar verdaderos cuadros, profesionales, con lagos y montañas, perfectamente rematados, en las tiendas de los vendedores de marcos de High Street, ¡y a tres libras cada uno…! ¡Y ahí estaba su marido, delirando y hablando de cientos y de miles de libras! Alice se percató de que aquella extraordinaria alucinación que le había llevado a imaginarse como pintor era una consecuencia natural de la patética manía de la cual había dado muestras la víspera. Y se preguntó qué vendría después. ¿Quién podría haber sospechado que en aquel hombre latían las semillas de la locura? Sí, claro, era un loco inofensivo, ¡pero loco al fin y al cabo! Recordó entonces perfectamente la leve conmoción que le causó saber que estaba viviendo en el Grand Babylon, como si fuera millonario. En aquel momento pensó que era una extravagancia, pero no lo consideró un indicio de locura. Y, sin embargo, efectivamente había sido un indicio de su locura. Y lo peor de aquella locura inofensiva era que en cualquier momento podía convertirse en una locura muy dañina.

No había más que un camino, y uno solo: intentar que estuviera tranquilo, apartarlo de toda clase de problemas y temores. Aquellos trastornos mentales eran la consecuencia segura de un desorden emocional. La muerte de su señor lo había trastornado. Y ahora se había descompuesto por completo por culpa de la desgraciada ruina de la compañía cervecera.

Alice dio un paso hacia él y luego se detuvo, vacilando. Tenía que improvisar un buen plan de actuación, ¡ya! ¡Tenía que hacer acopio de todo su ingenio y actuar sin falta! ¿Cómo podría inspirarle confianza acerca de aquel ridículo cuadro? Ella había notado ya aquella ingenua expresión que a veces tenía la mirada de su marido, una expresión infantil que contradecía su barba gris y sus generosas proporciones.

Priam se echó a reír, hasta que, al acercarse su mujer, se dio cuenta de que las lágrimas anegaban sus ojos. Entonces dejó de reírse. Ella comenzó a jugar con las solapas de la chaqueta de su marido, diciéndole cariñosamente:

—¡Es un cuadro muy bonito! —le repetía una y otra vez—. Y si quieres…, miraré a ver si yo lo puedo vender. Pero Henry…

—¿Sí?

—Por favor, por favor, tú no te preocupes por el dinero. Tendremos un montón de dinero. No hay motivo alguno para que te preocupes, y yo no quiero verte preocupado.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó él en un susurro.

—Es solo… Es solo porque creo que eres muy bueno al tratar de ganar dinero así… —dijo, mintiendo—. ¡En realidad ni estoy llorando ni nada…!

Después bajó corriendo las escaleras, llorando realmente.

Aquello le pareció a Priam muy gracioso, pero lo mejor sería no seguirla, a menos que él también bajara llorando…

UN MECENAS DE LAS BELLAS ARTES

A aquella crisis siguió un período de calma en el número 29 de Werter Road. Priam continuó pintando, pero ya no había necesidad de hacerlo en secreto. Sus cuadros no eran motivo de conversación. Tanto Priam como Alice evitaban tocar el asunto: ella por tacto, y él porque le daba la impresión de que las ideas de su mujer respecto al arte carecían de sutileza. En todo matrimonio hay siempre algún asunto (habitualmente varios) que el marido no quiere tratar con su mujer, precisamente por respeto hacia ella. Priam ni siquiera podía imaginar que Alice pensaba que estaba loco o a punto de estarlo. Él pensaba que su mujer simplemente le tenía por un hombre un poco raro, pero es que, para quienes no son artistas, todos los artistas son raros. Ya estaba acostumbrado a eso. El mismo Henry Leek siempre pensó que era un raro. Y en cuanto a la actitud de incredulidad de Alice respecto a la revelación de su identidad, en ningún momento se le ocurrió acusarla de tratarlo como a un mentiroso o a un loco. Reflexionando sobre ello, se persuadió de que Alice consideraba todo el relato como una broma pesada, como uno de sus impulsivos y caprichosos arrebatos o incursiones en el campo de lo absurdo.

Así pues, el desarrollo de los acontecimientos quedó aparentemente en suspenso en Werter Road durante tres días. Y luego ocurrió una cosa singular que reanudó el curso de los hechos. Priam había salido por la mañana temprano y había ido a la orilla del río, a tomar apuntes, y había llegado hasta Barnes, y desde este pueblo regresó por el campo y por Upper Richmond Road desembocó en High Street. Estaba en una acera de la calle, mientras que su proveedor de tabaco estaba en la otra, cerca de la esquina. Algo extraño que observó en el estanco le obligó a cruzar la calle, pues no necesitaba tabaco. Fue algo que había en el escaparate lo que llamó su atención. Se detuvo en la isleta para peatones del centro de la calle. No era necesario avanzar más. Su cuadro del puente de Putney estaba en aquel escaparate. Se quedó allí plantado, mirándolo fijamente. Priam creía lo que veían sus ojos, pues sus ojos eran la parte mejor calibrada de su organismo, y nunca le habían engañado; pero si hubiera sido un hombre dotado de vista común y vulgar, difícilmente hubiera dado crédito a lo que tenía delante. El lienzo sin ninguna duda estaba en el escaparate. Le habían puesto un marco barato, de los que se usan para los carteles de los anuncios de barcos, de sopas y de tabaco. Priam estaba casi

seguro de que había visto aquel mismo marco en la tienda, adornando el anuncio ilustrado de Rapé de Taddy. El estanquero probablemente le había quitado el marco al aristócrata dieciochesco que se llevaba los dedos a la nariz, y en su lugar había colocado el puente de Putney. De todos modos, el marco era como media pulgada más largo que el lienzo, si bien el hueco era apenas perceptible. Sobre el marco había un gran letrero que decía: «Se vende», y alrededor del cuadro había cigarros de los dos hemisferios, desde los Syak Whiffs, de a penique la unidad, hasta los carísimos Murias; cigarrillos de todas las clases y marcas imaginables; multitud de muestras del tabaco que se anunciaba; boquillas y pipas de ámbar, de espuma de mar y de otras materias, patentadas y con los esquemas de su mecanismo secreto; petacas y pitilleras de todas suertes, y tabaqueras de bolsillo fabricadas con aluminio y otros metales.

En medio de todo aquello, el cuadro de Priam no podía tener un aspecto más incongruente. Se avergonzó mientras permanecía allí plantado, en la isleta, en medio de la calle. Le dio la impresión de que la misma incongruencia de aquel espectáculo atraería inevitablemente la atención de la multitud, que poco a poco bloquearían la calle, y que cuando alguien que supiera algo de arte se percatara de la calidad de la obra… Bueno, entonces se desataría la curiosidad pública y comenzarían las indagaciones periodísticas, con todas las molestias consiguientes. Se maravilló entonces de haber sido capaz de imaginar siquiera que su identidad artística podría quedar en el anonimato a la vista del lienzo. Cada pulgada del cuadro gritaba «Esto es de Priam Farll». En cualquier exposición de Londres, París, Roma, Milán, Múnich, Nueva York o Boston aquel cuadro habría sido el blanco de todas las miradas, el objetivo de admiraciones extáticas. Era una obra muy parecida a su celebrado Pont d’Austerlitz, que se había expuesto en el Luxemburgo. Y ni el marco de imitación de oro, ni la increíble y colorista variedad de mercancías que lo rodeaban ocultarían su mérito.

Sin embargo, no había indicios de que se estuviera reuniendo una multitud frente al estanco. La gente pasaba por delante como si no hubiera una obra de arte tan magistral a diez mil millas a la redonda. En una ocasión, una criada joven, con una hogaza de pan en sus brazos colorados, se detuvo ante el escaparate y le echó un vistazo, pero enseguida se fue, a toda prisa.

El primer impulso de Priam fue precipitarse dentro de la tienda y pedirle al comerciante una explicación de todo aquello. Pero, claro, enseguida se contuvo. Por supuesto, sabía que la presencia del cuadro en aquel escaparate solo podía deberse a las gestiones de Alice.

Regresó lentamente a casa.

Con el ruido de la llave al girar en la cerradura, su mujer acudió al vestíbulo, justo en el mismo momento en que él abría la puerta.

—¡Oh, Henry! —dijo Alice. Estaba muy nerviosa—. Tengo que contarte una cosa. Pasaba esta mañana por delante de la tienda del señor Aylmer, precisamente cuando estaba arreglando el escaparate, y se me ocurrió que podría exponer allí tu cuadro. Así que entré y se lo pregunté. Me dijo que con mucho gusto, si se lo daba cuanto antes. De modo que vine a casa corriendo y se lo llevé. Él encontró un marco, escribió el cartel de venta y preguntó por ti. No podría haber sido más amable. Tienes que ir y ver cómo ha quedado el cuadro. No me extrañaría que acabara vendiéndose.

Priam no dijo nada por el momento, no pudo.

—¿Qué dijo el señor Aylmer del cuadro? —preguntó después.

—¡Oh! —exclamó su mujer con presteza—. No puedes esperar que el señor Aylmer entienda de estas cosas. No son cosas de su ramo. Pero ha expuesto el cuadro con mucho gusto. Comprobé que lo colocara perfectamente.

—Bien —dijo Priam discretamente—. Muy bien. ¿Almorzamos?

Curiosas…, las relaciones de su mujer con el señor Aylmer. Fue ella quien le recomendó la tienda del señor Aylmer cuando, la primera mañana que llegó a Putney, Priam preguntó: «¿Hay algún estanquero decente en esta feliz región?». Priam sospechó que si no hubiera existido la esposa del señor Aylmer, postrada en cama e incurable, tal vez el apellido de Alice fuese Aylmer. Sospechaba que Aylmer sentía una pasión sin esperanza por Alice. Pero se alegró mucho de que Alice no hubiera caído en los brazos de Aylmer. Priam ya no podía imaginarse sin Alice. A pesar de sus ideas acerca de las artes pictóricas, Alice era su aire, su atmósfera, su oxígeno; y era también su paraguas, que le protegía contra cualquier chaparrón de circunstancias desagradables. ¡Qué curioso… qué curioso el funcionamiento del amor! Porque era el poder del amor el que había llevado su cuadro al escaparate del expendedor de tabaco.

Pero cualquiera que fuese el poder que hubiera colocado allí el cuadro, parecía que no había poder lo suficientemente fuerte para sacarlo de allí. Estuvo expuesto en aquel escaparate durante semanas y semanas, y ni atrajo la atención de las multitudes ni produjo sensación de ninguna clase. ¡Ni una palabra en los periódicos! Londres, el centro mundial del arte, reconocido por todos como el lugar más artístico del orbe, continuaba tranquilamente como si nada, a sus cosas. La única consecuencia inmediata de todo aquello fue que Priam cambió de proveedor de tabaco y no volvió a pasar por allí cuando salía a pasear.

Al final ocurrió otro acontecimiento singular.

Una tarde, Alice, radiante y feliz, puso cinco soberanos en la mano de

Priam.

—¡Se ha vendido por cinco guineas! —exclamó, contentísima—. El señor Aylmer no quería absolutamente nada para él, pero yo he insistido en que se quedase con los cinco chelines sobrantes. Me parece que esto es fantástico, ¡sencillamente fantástico! Desde luego, yo siempre pensé que el cuadro era muy bonito.

El hecho fue que aquella asombrosa venta, por la extraordinaria suma de cinco libras, de un cuadro pintado por su Henry en la buhardilla de su casa, modificó un poco sus ideas respecto a las habilidades artísticas de su esposo. Ya no pudo considerar sus pinturas como el capricho de un divertido lunático. Aquellos cuadros tenían algo. Y, naturalmente, trató de convencerse de que ella se había dado cuenta de ese algo desde el primer momento.

El cuadro había sido adquirido por el excéntrico y conocido propietario del hotel Elk, situado junto al río. Lo compró un domingo que estaba… no se podía decir que borracho, pero más optimista de lo que se suele considerar correcto en la sociedad inglesa. Le gustó el cuadro porque en él podía reconocerse sin ninguna duda el bar de su hotel. A tal efecto, encargó un enorme marco dorado, y colgó el cuadro en el bar de su establecimiento. Por desgracia, su carrera como mecenas de las bellas artes se cortó en seco por culpa de un certificado médico que recomendaba su internamiento en un manicomio. Hacía años que todo Putney venía diciendo que aquel hombre terminaría en una casa de locos, y en este caso al menos, todo Putney estaba en lo cierto.

CAPÍTULO VIII

INVASIÓN – LA DESPEDIDA – EN EL BAÑO

INVASIÓN

Una tarde de diciembre estaban Priam y Alice juntos en el comedor de su casa y Alice iba a preparar el té. El mantel bordado estaba extendido diagonalmente sobre la mesa (porque Alice había visto que colocaban así los manteles en las modernas mesas de té de los modernos salones Waring). De acuerdo con los designios de una brújula, la compota de fresa ocupaba el extremo norte y la mermelada estaba en el océano Antártico, mientras que los hojaldres y los bizcochos representaban el occidente y el oriente, respectivamente. El pan y la mantequilla ocupaban, como Dios manda, el centro del universo. El servicio de plata ornaba la mesa, y dos teteras (pues Alice no permitía nunca que el té, aunque fuera de China, permaneciese más

de cinco minutos en infusión), más la jarra del agua con su tapadera de balanza automática patentada ocupaban una bandeja situada en los márgenes del mantel. Un poco más lejos, pero también sobre la mesa, el recipiente metálico donde hervía el agua gemía sobre una lamparita de alcohol. Alice estaba cortando rebanaditas de pan para las tostadas. El fuego en la chimenea estaba al rojo vivo, en el tono más apropiado para tostarlas, y el largo tenedor de tostar ya estaba preparado. Conforme avanzaba el invierno, los tés de Alice adquirieron una tendencia a ser más elegantes, y también más lujosos y más ceremoniosos. Y para evitarse la molestia y el peligro de ir a la cocina cruzando un frío pasillo, había dispuesto las cosas de modo que toda la operación del té podía llevarse a cabo en el mismo salón, con toda comodidad y boato.

Priam estaba liando cigarrillos, muchos, y los iba colocando en orden, conforme terminaba de hacerlos, en la repisa de la chimenea. ¡Una pareja feliz y dichosa! Y una pareja que, a juzgar por la abundancia y ornato del servicio del té, no se encontraba precisamente en apuros económicos. Habían transcurrido dos años desde la catástrofe de la cervecera Cohoon, y Cohoon aún no se había recuperado económicamente desde entonces. A pesar de ello, la pareja había encontrado con regularidad los fondos necesarios para el mantenimiento de la casa. La manera de procurarse estos fondos alcanzó enseguida gran importancia en las vidas de Priam y de Alice. Pero llegó un momento en que les ocurrió algo asombroso y verdaderamente extraordinario. Cualquiera podría haber afirmado que, al menos en la vida de Priam Farll, ya habían ocurrido todos los asombros imaginables. Sin embargo, todo lo que le había sucedido hasta entonces era tan común y vulgar como cerrar sobres, en comparación con este nuevo acontecimiento.

Este nuevo acontecimiento comenzó a precipitarse la tarde en que Alice pinchaba una rebanada de pan en el largo tenedor con la intención de tostarla. En aquel momento llamaron a la puerta de la calle: fue un aldabonazo formidable y retumbante… El aldabonazo del Destino, tal vez, pero del Destino disfrazado de carbonero.

Alice salió a ver quién era. Siempre era ella la que iba a abrir la puerta; Priam, nunca. Ella le protegía contra todo contacto brusco e inesperado con otras personas, igual que su criado antaño. No estaba encendido el gas en el vestíbulo, y como el anochecer se había echado encima, se detuvo a encenderlo. Después abrió la puerta y distinguió en la penumbra, de pie, a dos pasos del umbral, a una mujer baja y delgada, de mediana edad, vestida pobremente, aunque con cierta limpieza. Parecía imposible que un ser tan delicado e insignificante hubiese hecho tanto ruido en la puerta.

—¿Es esta la casa del señor Henry Leek? —preguntó la mujer, en un tono enojado y bastante brusco.

—Sí —dijo Alice, aunque no era exactamente la verdad. Desde luego, «esta casa» era suya, y no de su marido.

—¡Oh! —exclamó la mujer, lanzando una mirada a su espalda y adentrándose enseguida en el vestíbulo, muy nerviosa y sin esperar invitación.

En aquel mismo momento tres hombres surgieron en el jardincillo delantero de la casa y se apresuraron a seguir a la mujer, entrando tras ella en el vestíbulo, empujando a Alice y jadeando. Uno de aquellos tres individuos era un hombre fuerte, de rostro abultado, manos grandes, gesto amenazador y como de unos treinta años de edad (probablemente fue él quien golpeó la puerta), y los otros dos eran curas con los atributos físicos propios de su condición; es decir, con la vestimenta ascética correspondiente, la cara cuidadosamente afeitada y mirada cándida.

El vestíbulo parecía entonces la antecámara de una asamblea sindicalista, y como Alice no lo había visto nunca tan lleno, naturalmente, lanzó una exclamación de sorpresa.

—Sí —dijo uno de los curas, furibundo—; desde luego que puede usted exclamar «¡Dios mío!». Pero nosotros estábamos decididos a entrar, y hemos entrado. ¡John, cierra la puerta! ¡Madre, no se ponga usted en medio!

John, el hombre fornido de gesto amenazador, cerró la puerta.

—¿Dónde está el señor Henry Leek? —preguntó el otro cura.

Priam, cuya curiosidad se había despertado naturalmente por los desacostumbrados ruidos del vestíbulo, estaba en aquel momento fisgoneando por una rendija de la puerta del comedor. La intrusa descubrió en aquella abertura el brillo de unos ojos. Empujó la puerta y después de mirarlo de arriba abajo, dijo:

—¡Así que aquí estás, Henry! ¡Henry! ¡Después de treinta años…! ¡Quién iba a pensarlo!

Priam estaba completamente confuso.

—Yo soy su esposa, señora —continuó aquella mujer, dirigiéndose quejumbrosa a Alice—. Siento mucho tener que decírselo a usted. Pero soy su mujer. Yo soy la legítima señora de Henry Leek, y estos son mis hijos, que vienen conmigo para que se me haga justicia.

Alice se repuso enseguida del estupor que le había producido aquel asombro. No era una mujer que se desconcertara fácilmente por las debilidades de la naturaleza humana. Había oído hablar con frecuencia de la bigamia y no iba a desmayarse porque su marido al final resultara ser un bígamo. Inmediata y mentalmente comenzó a buscar excusas para disculparlo. Tras observar detenidamente a la verdadera señora Leek, Alice se dijo a sí

misma que la tal señora Leek tenía ciertamente el tipo de temperamento que favorece la bigamia generalizada. Comprendió entonces por qué una persona puede caer en la bigamia. ¡Y al cabo de treinta años…! Ella nunca consideró la bigamia como un verdadero crimen, y no se le pasó por la cabeza echar a correr o avergonzarse por no estar legalmente unida a Priam.

No. Hay que decir, en favor de Alice, que invariablemente asumía las cosas tal y como venían.

—Creo que lo mejor sería que pasaran ustedes y se sentaran tranquilamente.

—¿Eh? Es muy amable por su parte —dijo la madre de los curas sin mucho entusiasmo.

Lo último que querían aquellos curas era sentarse allí tranquilamente. Pero tuvieron que sentarse. Alice consiguió que se sentaran en el sofá, uno al lado del otro. El hermano más robusto, el mayor, que no había dicho ni una palabra, se sentó en una silla entre el aparador y la puerta. La madre ocupó otra silla junto a la mesa. Priam se desplomó en su butaca junto a la chimenea. Respecto a Alice, ella permaneció de pie; no dejó traslucir nerviosismo alguno, salvo en el modo de utilizar el largo tenedor de tostar el pan, que aún llevaba en la mano.

Era una situación fabulosa. Pero desgraciadamente, las gentes vulgares están tan poco acostumbradas a las situaciones fabulosas, que cuando se producen se sienten incapaces de afrontarlas. Una persona que estuviera mirando por la ventana del comedor de Alice y no estuviera al tanto de lo que había ocurrido, podría suponer que no era más que un té doméstico, al cual habían llegado los invitados un poco antes de lo previsto, y que ninguno de los presentes era especialmente hábil en el arte de la conversación ocasional.

En todo caso, los curas estaban decididos a cumplir con su misión.

—¡Vamos, madre! —la apremió uno de ellos.

La madre, como si le hubieran tocado un resorte, empezó a hablar:

—Me casé con él hace treinta años justos, señora; y cuatro meses después de haber nacido mi hijo mayor, que es aquel, John —y señaló al que estaba junto a la puerta—, mi marido se marchó de casa y me dejó. Siento mucho tener que decirlo. Sí, ¡ya lo creo que lo siento! Pero así fue. ¡Y nunca le dije nada para que hiciera aquello! Ocho meses después nacieron mis dos gemelos, Harry y Matthew —y señaló a los dos curas del sofá—. A Harry le puse ese nombre por su padre, porque pensé que se le parecía y para demostrar, además, que no le tenía rencor, ¡y porque esperaba que volviera! ¡Y así me quedé con mis hijitos! Y no recibí nunca ni la menor explicación. Supe de él

cinco años después, cuando Johnnie tenía cerca de cinco años, pero estaba en el continente y yo no podía pasar el canal y andar dando tumbos por el mundo con mis tres pequeños. Además, si hubiera ido… Siento decirlo, señora, pero me ha pegado muchas veces: ¡sí, me ha pegado, con las manos y los puños! Me ha maltratado de muy mala manera. Y yo nunca le dije ni pío. Era mi marido, para bien o para mal, así que le perdonaba, y todavía le perdono. Olvida y perdona, es lo que yo digo. Al final supimos de él porque Matthew es segundo vicario en San Pablo, y es el encargado del economato de caridad. El hombre que le trae a usted la leche fue el que le dijo a Matthew que tenía un cliente con el mismo apellido. Y ya sabe, que una cosa lleva a la otra y… Bueno, ¡y aquí estamos!

—¡Yo no he visto a esta señora en mi vida! —dijo Priam con gran nerviosismo—. Y estoy absolutamente seguro de que nunca me he casado con ella. ¡Yo no me he casado con nadie! Bueno, excepto contigo, Alice.

—Entonces, ¿cómo explica usted esto, señor mío? —exclamó Matthew, el gemelo más joven, dando un brinco y sacando un papel azul del bolsillo.

—Hágame el favor de entregarle esto a mi padre —dijo, dándole el papel a Alice.

Alice inspeccionó el documento. Era un certificado del matrimonio de Henry Leek, criado, con Sarah Featherstone, soltera, en la oficina del Registro Civil de Paddington. Priam lo examinó también. ¡Era una de las fechorías de Leek! Ya no le sorprendía ninguna revelación del pasado de Henry Leek. Priam no podía hacer otra cosa que no fuera negar con toda firmeza su identidad y persistir en su negativa. Era completamente inútil intentar convencer por las buenas a aquella mujer que era la viuda de un señor al que habían enterrado en la abadía de Westminster.

—¡Yo no sé nada de esto! —exclamó Priam con firmeza, devolviendo el documento.

—Supongo que no negará usted que su nombre es Henry Leek… —dijo el cura Henry, levantándose también y permaneciendo de pie junto a Matthew.

—¡Lo niego todo! —dijo Priam con la misma firmeza que antes. Pero ¿qué explicación podría dar? Si no había sido capaz de convencer a Alice de que él no era Henry Leek, ¿cómo iba a convencer a aquellas personas desconocidas?

—Supongo, señora —continuó diciendo el cura Henry, dirigiéndose a Alice en tono solemne, como si estuviese hablando delante de una numerosa feligresía—, que, de todos modos, usted y mi padre… eeeh… viven juntos con los nombres de señor y señora Leek.

Alice se limitó a levantar las cejas.

—¡Todo esto es una espantosa equivocación! —exclamó Priam con impaciencia. Y entonces tuvo una brillante idea—. ¡Como si solo hubiera un Henry Leek en el mundo!

—¿De veras conoce usted a mi marido? —preguntó Alice.

—¿Su marido, señora? —protestó Matthew, ofendido.

—Yo no diría que está igual que como era… —dijo la auténtica señora Leek—, lo mismo que él no me reconoce a mí. ¡Después de treinta años…! La última vez que lo vi tendría solo veintidós o veintitrés años… Pero es el mismo tipo de hombre y tiene los mismos ojos. Vea usted los ojos de mi hijo Henry. Además, hemos sabido que había entrado al servicio de un tal señor Priam Farll, que era pintor o algo así, y al que han enterrado en la abadía de Westminster. Y todo el mundo en Putney sabe que este caballero…

—¡Caballero! —murmuró Matthew con enojo.

—… que este caballero fue criado del señor Priam Farll. Esto es lo que dice todo el mundo.

—¡Y supongo —dijo el cura Henry— que no dirá usted que Priam Farll tenía dos criados llamados Henry Leek!

Atrapado en las redes de este argumento socrático, Priam guardó silencio, frotándose las rodillas y con la vista clavada en el fuego de la chimenea.

Alice se acercó al aparador donde guardaba su mejor vajilla de porcelana, y sacó tres tazas con sus platillos correspondientes; después cogió la tetera y puso en ella siete cucharaditas de té.

—Creo que lo mejor es que tomemos una taza de té —dijo con gran calma.

—Es usted muy amable, eso es verdad… —murmuró la auténtica señora Leek.

—¡Eh, madre, no se rinda usted ahora…! —exclamaron a un tiempo los dos curas en tono recriminatorio.

—¿No recuerdas, Henry —prosiguió la mujer entre lamentos, y dirigiéndose a Priam—, que me dijiste que por nada en el mundo te casarías por la Iglesia? ¿No te acuerdas que cedí en eso, como siempre? ¿No te acuerdas que no permitiste que bautizáramos al pobre Johnnie? Bueno, espero que hayas cambiado de opinión. En fin… Es raro, muy raro, que dos de tus hijos, y precisamente los dos que no has visto hasta hoy, hayan decidido entrar en la Iglesia. Y gracias a Johnnie, ahí lo tienes, han podido conseguirlo. Si fuera a contar todas las penalidades que hemos padecido, no me creerías. Han sido pasantes en una oficina, y pasantes seguirían siendo si no hubiera sido por Johnnie. Johnnie siempre ha ganado su dinero. ¡Ingeniería! Matthew es ahora

segundo vicario de San Pablo y gana cincuenta libras al año, y Henry tendrá también un vicariato en Bermondsey el mes que viene. Se lo han prometido. ¡Y todo gracias a Johnnie…! —dijo llorando.

Johnnie, en un rincón (hasta entonces no había hecho más que dar el aldabonazo, al parecer) mantuvo su decisión de no interferir en la conversación.

Priam Farll, iracundo, ofendido y bastante poco conmovido por el espectáculo, se encogió de hombros. El único deseo que le animaba era el de largarse de allí y perder de vista a la viuda y a la progenie de su difunto criado. Pero no podía. El hercúleo John estaba demasiado cerca de la puerta. Así que se limitó a encogerse de hombros por segunda vez.

—Sí, señor —dijo entonces Matthew—, puede usted encogerse de hombros si quiere; pero no puede impedir que existamos. Aquí estamos, y no puede usted librarse de nosotros. Usted es nuestro padre y supongo que deberíamos guardarle algún respeto. Sin embargo, ¿cómo puede usted esperar que lo respetemos? ¿Cuándo se ha hecho usted acreedor de nuestro respeto? ¿Cuando maltrataba a nuestra pobre madre? ¿Cuando la dejó, de aquel modo tan cruel e inhumano, sola frente al mundo? ¿Tal vez ha merecido usted nuestro respeto cuando abandonó a sus hijos, al que ya tenía y a los que aún estaban por nacer? ¡Es usted un bígamo, señor mío! ¡Un embaucador de mujeres! ¡Dios sabrá…!

—¿Le importaría hacerme el favor de tostar este pan…? —dijo Alice, interrumpiendo su virulento discurso al tiempo que ponía en sus manos un tenedor largo con una rebanada. Y enseguida añadió—: Solo mientras yo hago el té.

Era un nuevo procedimiento para detener un caballo salvaje de las estepas corriendo a todo galope; pero tuvo éxito.

Mientras sostenía sin mucha pasión el largo tenedor con la rebanada de pan cerca del fuego, Matthew lanzaba furiosas miradas a Priam para dar a entender su legítimo enojo y otros sentimientos.

—¡Por favor, no lo queme! —dijo Alice amablemente—. Mejor será que se siente usted en este taburete.

Después vertió agua hirviendo en la tetera, la tapó y miró el reloj para saber el momento exacto en que había comenzado el proceso de infusión.

—Por supuesto —exclamó entonces Henry, el hermano gemelo de Matthew—, no necesito decir, señora, que puede contar usted con toda nuestra compasión. Usted está en…

—¿Se refiere usted a mí? —preguntó Alice.

Por debajo, podía oírse a Priam repetir obstinadamente a media voz:

—¡Yo no he visto a esa mujer en toda mi vida! ¡Yo no he visto jamás a esa mujer!

—Sí, señora, me refiero a usted —dijo Henry, decidido a que nadie interrumpiera ni desviara su discurso—. Y hablo en nombre de todos nosotros. Cuenta usted con toda nuestra compasión. No podía usted conocer el carácter del hombre con quien se casó, o, mejor dicho, con quien celebró la ceremonia del matrimonio. Sin embargo, nosotros hemos sabido, por investigaciones que hemos llevado a cabo, que lo conoció usted por medio de una agencia matrimonial; y cuando una persona hace ese tipo de cosas, corre ciertos riesgos. Su posición es muy delicada; pero creo que no me extralimito al decir que usted misma se la ha buscado. En mi trabajo me he encontrado con frecuencia con lamentables ejemplos de las consecuencias de la relajación de los principios morales; pero estaba muy lejos de imaginarme que iba a encontrar el más triste y lamentable de todos en mi propia familia. Saber todo esto ha sido para nosotros un golpe tan duro como para usted. Nosotros hemos sufrido, mi madre ha sufrido, y ahora me temo que le tocará sufrir a usted. Usted no es la esposa de ese hombre; nada hay que pueda hacerla su legítima esposa. Sin embargo, está usted viviendo con él, bajo el mismo techo y… en circunstancias… digamos… sin una chaperona que vigile el comportamiento moral en la casa. Me cuesta trabajo definir su situación en palabras lisas y llanas. Tampoco resultaría muy adecuado que lo hiciera, dada mi posición. Pero…, en realidad, difícilmente podría encontrarse una señora en una situación más comprometida de… me temo que no haya otro modo de decirlo… de abierta inmoralidad, y… en fin… Y solo hay una cosa que pueda devolverla a usted a la sociedad decente, y solo una… eeeh… bueno… yo… yo hablo en nombre de la familia…

—¿Azúcar? —preguntó Alice a la madre de los curas.

—Sí, por favor.

—¿Un terrón o dos?

—Dos, por favor.

—Que conste que hablo en nombre de toda la familia… —insistió Henry.

—¿Tiene usted la bondad de darle esta taza a su madre? —le sugirió Alice.

Henry se vio obligado a coger la taza. Excitado por la fiebre de la elocuencia, desafortunadamente derramó el té antes de poner la taza en manos de su madre.

—¡Oh, Henry! —murmuró la mujer, avergonzada y espantada—. ¡Siempre fuiste tan torpe…! ¡Y con un mantel tan limpio…!

—¡Oh, no se preocupen, no tiene importancia, por favor! —dijo Alice; y después, dirigiéndose a su Henry, añadió—: Querido, corre a la cocina y tráeme algo para secar todo esto… Detrás de la puerta hay colgado… Mira a ver…

Priam saltó de su asiento con pasmosa celeridad. Y como el caso no admitía dilación, el guardián de la puerta del comedor no tuvo más remedio que dejarlo pasar. Un instante después se oyó cómo la puerta de la calle se cerraba con estrépito. Priam no volvió al salón. Y Alice tuvo que secar el té vertido con una servilleta limpia y planchada que cogió de un cajón del aparador.

LA DESPEDIDA

La familia del difunto Henry Leek, cada uno con una taza en la mano, encontró cierta dificultad para mantener la conversación en el tono que habían iniciado Matthew y Henry. La señora Leek, su madre, dio rienda suelta a sus lágrimas, a la par que engullía pan con mantequilla, mermelada y tostadas listadas como el pelaje de una cebra. John aceptaba todo lo que Alice le ofrecía, guardando un sombrío y tremendo silencio.

—¿Es que no piensa volver? —dijo Matthew al final y se levantó del taburete donde estaba sentado junto al fuego.

—¿Quién? —preguntó Alice.

Matthew se detuvo un momento, y después dijo violentamente y con decidida intención:

—¡Mi padre!

Alice sonrió.

—Me temo que no. Me temo que se ha ido. Verán, es un hombre bastante peculiar. Me ha sido absolutamente imposible manejarlo. No he tenido más remedio que dejarlo por imposible. Tiene algunas cosas buenas… Ahora que no está aquí puedo hablar con franqueza: tiene algunas cosas buenas. Cuando la señora Leek, pues supongo que su madre se hace llamar así, hablaba de la crueldad de Henry para con ella… Bueno, la comprendía perfectamente. Desde luego yo no voy decir una palabra contra él: siempre ha sido muy bueno conmigo; pero… ¿otra taza, señor John?

John se acercó a la mesa sin decir una palabra y con la taza en la mano.

—¿No querrá usted decir, señora, que…? —sugirió la señora Leek.

Alice asintió con pesar.

La madre volvió a llorar.

—Cuando Johnnie apenas tenía cinco semanas —dijo— me retorció el brazo. Y nunca me daba dinero. Una vez me encerró en el sótano. Y una mañana, cuando yo estaba planchando, me quitó la plancha caliente de la mano y…

—¡No…! ¡No…! ¡No siga…! —gritó Alice—. Ya lo sé. Sé todo lo que pueda usted decirme. Lo sé… porque he pasado por ello…

—No querrá decir que la amenazó a usted con la plancha caliente…

—¡Si solo hubiera sido una amenaza…! —exclamó Alice con voz de mártir.

—¡Entonces… no ha cambiado nada en todos estos años! —dijo sollozando la madre de los clérigos.

—Y si ha cambiado, ha sido a peor —dijo Alice; y volviéndose hacia los mellizos, añadió—: ¿Quién lo iba a decir? ¿Cómo iba a saberlo yo? Y, sin embargo, nadie es tan bueno como él…, a veces.

—¡Es verdad, es verdad! —gritó la verdadera señora Leek—. ¡Siempre fue tan voluble…! ¡Tan raro!

—¡Raro! —dijo Alice, aceptando aquella palabra—. ¡Eso es, raro! Es un raro. Creo que no está completamente bien de la cabeza, no muy bien. A veces tiene manías extrañísimas. Yo hago como que no me entero, pero las tiene. Muchas mañanas me levanto pensando: «Bueno, tal vez hoy haya que llevarlo…».

—¿Llevarlo?

—Sí, a Hanwell o adonde sea. Y deben tenerlo ustedes presente —añadió, mirando fijamente a los curas—. Ustedes llevan la misma sangre en sus venas. No lo olviden. Supongo que lo que quieren es obligarle a que vuelva con usted, señora Leek, como debe ser.

—Sí… Bueno… Sí… —murmuró débilmente la señora Leek.

—Bueno, si pueden persuadirle para que se vaya con ustedes —dijo Alice—, si pueden conseguir que cumpla con su deber, yo me alegraré mucho y no pondré el menor inconveniente. Pero lo siento por ustedes. Debo decirles que esta casa y estos muebles son míos. Él no tiene absolutamente nada. Y me imagino que no tiene ahorros. Muchos golpes me ha dado en sus momentos de ira; pero, de todos modos, le tengo lástima. Sí, le tengo lástima, y no quisiera dejarlo abandonado a su suerte. Tal vez estos tres jóvenes puedan hacer algo con él. Pero no estoy segura. Es muy terco. ¡Y tiene una manera tan violenta de hacer las cosas…!

La madre negaba con la cabeza conforme los recuerdos del pasado acudían

a su memoria.

—El hecho es que debería ser juzgado por bigamia —dijo Matthew con dureza—. Eso es lo que debería hacerse.

—¡Desde luego! —asintió su hermano Henry.

—¡Están ustedes en lo cierto! ¡Tienen perfecto derecho! —dijo Alice—. Eso es lo justo, desde luego. Por supuesto, él negará que es el Henry Leek de quien ustedes hablan. Seguramente lo negará todo. Pero al final no dudo de que lograrán ustedes probarlo. Lo malo de estos casos legales es que son muy caros. Se necesitan detectives privados y no sé cuántas otras cosas, me parece. Naturalmente será un escándalo. ¡Pero por mí no se preocupen! Yo soy inocente. Todo el mundo me conoce en Putney, desde hace más de veinte años. No sé si les convendría a ustedes, señor Matthew y señor Henry, sacerdotes como son, tener a su propio padre en presidio. Pero así debe ser. La justicia es la justicia, y son muchos los hombres que andan por ahí engañando a mujeres sencillas y confiadas. Había oído hablar con frecuencia de cosas así. Ahora ya sé que es verdad. Gracias a Dios que mi pobre madre no ha vivido para ver en qué situación me encuentro ahora. En cuanto a mi padre, aunque era viejo, si hubiera vivido, estoy segura de que me habría dado unos buenos latigazos…

Después de algunas vagas e incoherentes observaciones de los curas, se oyeron unos carraspeos junto a la puerta. Era John, que tosía.

—¡Lo mejor será olvidarnos de todo esto…! —exclamó. Aquella fue su primera y última contribución oral a la escena.

EN EL BAÑO

Priam Farll anduvo deambulando por las escondidas arboledas comunales de Wimbledon, manteniendo soliloquios en un lenguaje no especialmente delicado. En su precipitación por escapar, tan apresuradamente, había salido sin gabán, y el tiempo era desagradablemente ventoso. Pero no sentía el frío; solo sentía el penetrante viento de las circunstancias.

Poco tiempo después de que el propietario loco del hotel adquiriera el cuadro, Priam había averiguado que el fabricante de marcos de High Street conocía a un hombre dispuesto a comprar todos los cuadros que pudiera pintar, y las transacciones artísticas entre él y el marquista se resolvieron en un comercio habitual. El precio normal de cada cuadro era de diez libras, al contado. De este modo, Priam había ganado unas doscientas libras al año. Ninguna de las partes se metió en más averiguaciones. Las pinturas se entregaban de tanto en tanto, e inmediatamente se recibía el dinero; y Priam no sabía nada más. Durante muchas semanas vivió con el constante temor de que se armara un lío, un tremendo escándalo en el mundo del arte, visitas de la policía y otras molestias, porque resultaba muy difícil suponer que todos

aquellos cuadros pasarían desapercibidos por delante de la nariz de los especialistas. Pero nada había ocurrido, y poco a poco Priam fue tranquilizándose y adquiriendo cierta confianza. Era feliz: feliz en el libre ejercicio del don que le había concedido la Naturaleza; feliz por tener todo el dinero que requerían sus necesidades y las de Alice; más feliz que durante sus errabundos días de gloria y de riqueza. Alice se había asombrado de su capacidad para ganar dinero y, además, parecía que insensiblemente se habían ido desvaneciendo sus sospechas respecto a su estado mental y a su sinceridad. En una palabra: la ruleta del destino parecía haberse detenido, y él puso especial cuidado en que siguiese inmóvil. Priam se encontraba en esa especie de refugio que es absolutamente esencial para la dicha de un artista tímido y nervioso, por grande y famoso que sea.

Y entonces fue cuando se produjo aquella desastrosa irrupción, ¡la resurrección de los antiguos pecados del verdadero Leek! Priam se sintió dolido, aterrado, furioso. Pero no sorprendido. Lo asombroso era que las antiguas canalladas de Henry Leek no le hubieran acarreado problemas mucho antes. ¿Y qué podía hacer? No podía hacer nada. Eso era lo trágico: que no podía hacer nada. No podía sino confiar en Alice. Alice era admirable. Cuanto más lo pensaba, más le asombraba su maestría a la hora de tratar a aquellos absurdos eclesiásticos. ¿Y le iban a privar de aquella incomparable mujer por unos ridículos procedimientos legales relacionados con una acusación de bigamia? Priam sabía que en Inglaterra la bigamia acarreaba penas de prisión. La injusticia era monstruosa. ¡Veía a aquellos curas, y a su hermano mudo, y a la ofendida madre de los tres arrastrándolo al presidio o al lecho de muerte! ¿Y cómo iba a explicárselo a Alice? ¡Era imposible explicarle nada! Sin embargo, también era posible que Alice no deseara explicación alguna. Alice, en realidad, nunca había exigido ninguna explicación de nada. Siempre decía: «Comprendo perfectamente», y se iba a preparar la comida. Alice era la criatura más acogedora que había producido la evolución del universo.

Por fin cesó el viento racheado y comenzó a llover. A Priam le daba igual. Pero la lluvia de diciembre tiene la rara y horrible cualidad de ser considerablemente fría. Es capaz de llamar la atención por encima de las preocupaciones más pertinaces y serias, y al final consiguió llamar la atención de Priam. Le forzó a admitir que su atormentado espíritu tenía una envoltura de carne, y que esa envoltura carnal estaba calada hasta los tuétanos. Al final, su espíritu se rindió poco a poco ante el ataque de lluvia, y regresó a casa.

Metió la llave en la cerradura con extremadas precauciones para no hacer ruido, se adentró en la casa como un ladrón, y cerró la puerta con mucho cuidado. Ya en el vestíbulo, procuró escuchar con atención. ¡Ni el menor ruido! Esto es, salvo el ruido de las gotas de su sombrero al caer sobre el sintasol del piso. La puerta del comedor estaba entornada. La empujó

tímidamente y entró. Alice estaba zurciendo medias.

—¡Henry! —exclamó—. ¡Vaya! ¡Pero si vienes calado! —dijo, levantándose.

—¿Se han marchado ya? —preguntó Priam.

—¡Y has andado por ahí sin gabán…! Henry, ¿cómo has hecho eso? En fin, tendré que meterte en la cama inmediatamente… ¡Ahora mismo, o, si no, mañana amanecerás con pulmonía o algo peor!

—¿Se han marchado? —repitió Priam.

—Sí, naturalmente —respondió Alice.

—¿Cuándo van a volver? —preguntó su marido.

—No creo que vuelvan —contestó Alice—. Creo que han ido servidos. Creo que les he hecho comprender que lo mejor que pueden hacer es dejar correr el asunto. ¿Has visto en tu vida una tostada más espantosa que la que hizo ese cura?

—Alice, te aseguro… —dijo Priam después, dándose un baño de agua hirviendo—, te aseguro que todo es un error: yo no he visto a esa mujer en mi vida.

—Pues claro que no —dijo ella muy tranquilamente—. Por supuesto que no. Además, aunque la hubieras visto, se lo tendría bien merecido. Cualquiera puede ver que es una mujer insoportable. Y no parece que les vaya tan mal. Son unos histéricos, eso es lo que les pasa. Todos menos el mayor, el que no hablaba. Me ha caído muy simpático.

—¡Pero es que no la he visto en mi vida! —reiteró Priam, al tiempo que daba golpes sobre el agua.

—¡Querido, ya sé que no!

Priam sospechó que Alice le estaba dando la razón por no contrariarlo. Sospechó que estaba dispuesta a quedarse con él a toda costa. Y tuvo también la desconcertante y terrible sospecha de que el espíritu de una mujer buena y cariñosa podría desvelar los sentimientos más profundos de su conciencia, desaprensivos y faltos de escrúpulos.

—Lo único que deseo es que no aparezca más gente como esta —añadió Alice secamente.

¡Ah! ¡Esa era la cuestión! Priam concibió la posibilidad de que el canalla de Leek hubiese cometido montones de fechorías, y de que todas pudieran recaer sobre él ahora. Su atribulada imaginación vio regiones enteras pobladas de desconsoladas viudas de Henry Leek y su descendencia, eclesiástica y civil.

Ya sabía lo que había sido Leek. La abadía de Westminster era un extraño final para lo que aquel hombre se merecía.

CAPÍTULO IX

UN FLAMANTE CABALLERO – EL «CONNOISSEUR» – PARFITTS' GALLERIES – EN EL CLUB

UN FLAMANTE CABALLERO

La máquina era uno de esos artefactos eléctricos que funcionan sin ruido y eficazmente, como el garrote y la guillotina. Ni pestilencias, ni rechinar de dientes por culpa del ruido estridente de los engranajes, ni rugidos desapacibles: ¡nada había de desagradable en aquella máquina! Llegó y se detuvo delante de la verja del jardincillo delantero de la casa tan calladamente que Alice, que estaba limpiando el polvo de la sala con vistas a la calle, ni siquiera se percató de su presencia. No oyó ruido alguno hasta que el timbre sonó con discreto pudor. Creyendo, justificadamente, que quien llamaba era el chico del carnicero, salió a abrir la puerta con el delantal puesto y con el plumero en la mano. Un caballero elegantísimo, guapo y de porte distinguido estaba a dos pasos del umbral, con aquel carruaje eléctrico a sus espaldas. Era un hombre moreno, con el pelo negro y ensortijado, bigote y ojos negros. El sombrero de copa, nuevo y reluciente hasta lo increíble, brillaba más aún que su lustrosa cabellera y sus ojos. Llevaba un abrigo forrado de astracán, y este dato importante se revelaba casualmente en las solapas y en los puños de la prenda. Llevaba también una corbata de seda negra, con un alfiler de perla colocado en el centro matemático del romboide formado por el nudo marinero de la prenda. Los guantes eran de color pizarra. Lo más llamativo de sus pantalones, a rayas apenas perceptibles, era un pliegue central, hecho con tal delicadeza que parecía sobrenatural. Sus botas eran de piel glacé, tan suaves y tan pálidas como el cutis de sus mejillas. Sus mejillas ostentaban un color y una frescura juveniles, y entre ellas y sobre las dos sartas de dientes de admirable blancura se proyectaba la aguileña clave de su carácter y su raza. Es posible que Alice, por pura ingenuidad, participase del vulgar prejuicio contra los judíos; pero con toda seguridad no lo sintió en aquel momento. El encanto personal de aquel hombre, su extraordinaria elegancia, habrían disipado tal prejuicio si se hubiera presentado. Además, parecía que solo tenía unos treinta y cinco años, y ante el umbral de la casa de Alice nunca se había presentado un hombre tan guapo, tan apuesto, tan elegante como aquel.

Alice, en su imaginación, lo comparó enseguida con los eclesiásticos de la semana anterior, en lo cual salió perdiendo notablemente la Iglesia Anglicana.

No sabía que aquel hombre era más peligroso que mil vicarios.

—¿Vive aquí el señor Leek? —preguntó sonriendo y se quitó el sombrero.

—Sí, señor —respondió ella sonriendo también.

—¿Está en casa?

—Bueno —dijo Alice—; está muy ocupado con su trabajo. Verá, con este tiempo… no puede salir mucho… para trabajar… Así que…

—¿Puedo verle en su estudio? —preguntó aquel hombre tan elegante, con el mismo aire que si dijera: «¿Puede usted concederme tan supremo favor?».

Era la primera vez que Alice oía llamar «estudio» a la buhardilla. Permaneció un momento en silencio.

—Es por las pinturas —explicó el visitante.

—¡Ah…! —exclamó Alice—. ¿Quiere usted pasar?

—He venido expresamente para ver al señor Leek —dijo el hombre con énfasis.

La opinión de Alice acerca del talento de su marido para pintar había cambiado mucho en los últimos dos años. A un hombre que ganaba doscientas o trescientas libras anuales pintando de colorines un lienzo, sin ningún criterio, pintando supuestos cuadros que, a juicio de Alice, solo ofrecían un cómico parecido con lo que querían representar, había que considerarlo como un artista en su buhardilla. Es verdad que Alice consideraba que el precio que le pagaban por la clase de trabajo que hacía era milagrosamente alto; pero con aquel agradable judío en el portal y el coupé junto a la puerta, de repente imaginó la posibilidad de milagros aún mayores en cuestión de precios. Imaginó la posibilidad de que el precio habitual de diez libras pudiera elevarse a quince e incluso a veinte libras… siempre que a su marido no le diese por arruinar el negocio con su absurda y huidiza timidez.

—¿Quiere usted venir por aquí? —insinuó con presteza.

Y toda aquella elegancia subió tras ella hasta la buhardilla. La puerta estaba entornada y Alice la abrió, diciendo simplemente:

—Henry, aquí hay un caballero que desea verte por tus cuadros.

EL «CONNOISSEUR»

Priam se repuso de la primera impresión antes de lo que podría esperarse. Su primer pensamiento fue que las mujeres eran unas criaturas poco previsoras, cuando no imprevisibles, y que cualquiera de ellas era capaz de llevar a cabo cosas imposibles, cosas inconcebibles… hasta que ellas las hacían. ¿Cómo imaginar que Alice iba a llevar directamente a la buhardilla a

un extraño sin previo aviso? Sin embargo, cuando Priam levantó la mirada y vio la nariz del visitante (cuyas fosas se dilataban y contraían con delicadeza ante los humos de la estufa de petróleo), se tranquilizó enseguida. Comprendió que al menos no tendría que enfrentarse a ordinarieces ni groserías, ni falta de imaginación ni carencias emocionales. Además, el visitante, con la seguridad del hombre experimentado, impuso de inmediato el tono de la conversación.

—¡Buenos días, maître! —dijo en cuanto entró—. Tengo que pedirle mil perdones por interrumpirle de este modo. Pero vengo a ver si tiene usted alguna obra que vender. Me llamo Oxford y trabajo para un coleccionista.

Dijo todo aquello con una mezcla muy agradable de sinceridad, de consideración y práctica mercantil, y acompañado de una sonrisa brillante y admirable. No manifestó extrañeza ni asombro alguno al ver el desbarajuste de la buhardilla.

¡Maître!

Bueno, naturalmente, sería inútil fingir que los grandes artistas no se sienten halagados cuando los llaman maîtres. Maestro significa exactamente lo mismo y, sin embargo, es una cosa totalmente distinta. Hacía mucho tiempo que a Priam no lo llamaban maître. En realidad, a causa de sus tímidas costumbres, muy pocas veces lo habían llamado así. Un cuadro que acababa de pintar descansaba en el caballete, cerca de la ventana; representaba una de las escenas más soberbias de Londres: la High Street de Putney, de noche. Dos caballos de ómnibus avanzaban vigorosos y arrogantes saliendo del lado oscuro de la calle, y al entrar por la parte iluminada de la avenida principal, presentaban el aspecto una escultura ecuestre. Los juegos de luces eran complicadísimos. Priam comprendió inmediatamente, por la manera tranquila y sosegada con que el visitante miraba el lienzo y la posición que instintivamente ocupó para examinarlo, que era un hombre acostumbrado a ver cuadros. Nada de echarse bruscamente hacia atrás o hacia adelante; nada de movimientos histéricos ni de gestos o exclamaciones, como si se encontrara frente al fantasma de un asesinado. Simplemente miró el cuadro, y contuvo sus nervios y su lengua. Y, sin embargo, no era un cuadro fácil de analizar. Era una pintura de un experimentalismo muy avanzado y que no habría despertado más que risas en una persona que no fuera un verdadero connoisseur.

—¿Vender? —exclamó Priam. Como todos los hombres tímidos, procuraba ocultar su timidez tras una familiaridad exagerada—. ¿Qué me daría usted por esto? —dijo, apuntando al cuadro.

No hubo más preliminares.

—¡Vaya! ¡Es extraordinariamente bueno! —murmuró el señor Oxford con el tono del experto que sabe apreciar lo que ve—. ¡Extraordinariamente

bueno! ¿Puedo preguntarle cuánto vale?

—Eso es lo que yo le estaba preguntando a usted —dijo Priam jugueteando con un trapo sucio de pintura.

—¡Hum…! —murmuró el señor Oxford, y miró otra vez el cuadro en silencio. Al cabo de breves instantes, dijo—: ¿Doscientas cincuenta?

Priam había prometido entregar el cuadro al día siguiente al fabricante de marcos, y no esperaba recibir por él más de veinte libras. Pero los artistas son seres muy extraños.

Dijo que no con la cabeza. Aunque doscientas cincuenta libras equivalían a lo que había ganado en los doce meses precedentes, aquella cabeza gris continuó negándose a la oferta.

—¿No? —dijo el señor Oxford con afabilidad y respeto, entrelazando las manos a la espalda—. Por cierto… —añadió, volviéndose con cierta precipitación hacia Priam—: Supongo que habrá usted visto el retrato de Ariosto que hizo Tiziano: lo han comprado para la National Gallery. ¿Qué le parece a usted, maître?

Esperó la respuesta mirando al pintor con curiosidad.

—Salvo por el hecho de que el retrato no es de Ariosto y que seguramente no es de Tiziano, no deja de ser una obra de primera clase —dijo Priam.

El señor Oxford, sonriendo con satisfacción, asintió con un gesto.

—Suponía que me diría eso —señaló, y luego rápidamente empezó a hablar de Segantini, después de J. W. Morrice, y a continuación de Bonnard, pidiéndole la opinión al maître. Pocos minutos después estaban los dos hablando de los grandes maestros de la pintura. Hacía años que Priam no había oído la voz del sentido común unido a la competencia hablando del arte pictórico. Hacía años que no había oído más que puerilidades en relación con la pintura. En realidad, se había acostumbrado a no oír. Había excavado un túnel de un oído al otro para no tener que escuchar lo que decían a su alrededor. Ahora apuraba la conversación del señor Oxford, y advertía que estaba sediento de ese tipo de conversación desde hacía mucho tiempo. No tardó en poner de manifiesto sus sentimientos. A medida que hablaba, se mostraba más ardiente, más entusiasta, más apasionado. El señor Oxford le escuchaba embelesado; pero parecía la discreción personificada. Consideró a Priam simplemente como lo que era, como un gran pintor; pero no hizo la menor referencia al enigma que suponía encontrarse a un gran pintor trabajando… ¡en una buhardilla de Werter Road, en el barrio de Putney! Nada de inconvenientes alusiones a la historia del artista ni a sus obras precedentes. Solo la franca y absoluta aceptación de su genio. Era extraño, pero, para

Priam, muy agradable.

—¿Así que no acepta usted las doscientas cincuenta libras? —preguntó el señor Oxford, volviendo a hablar de negocios.

—No —dijo Priam muy resuelto—. La verdad es que me gustaría quedarme con este cuadro —añadió.

—¿Aceptaría usted quinientas, maître?

—Sí, supongo que sí —dijo Priam suspirando. Un suspiro sincero, porque realmente le habría gustado conservar aquel cuadro. Sabía que nunca había pintado nada mejor.

—¿Y puedo llevármelo ahora? —preguntó el señor Oxford.

—Claro —dijo Priam.

—Me pregunto si debería atreverme a pedirle a usted que viniera conmigo a la ciudad —añadió el señor Oxford con gentil cortesía—. Tengo dos o tres cuadros que me gustaría que viera, y creo que podrían interesarle mucho. Y así podríamos hablar de negocios futuros. Si le fuese posible disponer de una o dos horas… Se lo agradecería…

Un fuerte deseo se acunó en el pecho de Priam y luchó contra su timidez. El tono con que el señor Oxford le había dicho «Creo que podrían interesarle mucho» parecía indicar que se trataba de algo fuera de lo común. Y Priam apenas podía recordar la última vez que sus ojos vieron un cuadro que al mismo tiempo fuera una gran obra y no la conociera.

PARFITTS' GALLERIES

Ya he indicado que el automóvil era algo fuera de lo común. Era, en realidad, algo muy fuera de lo común. Era mucho mayor de lo que suelen ser los coches eléctricos; era lo que los reporteros de «artículos del motor» en los periódicos de ricos y para los ricos llaman una limousine. Por fuera y por dentro estaba maravillosamente nuevo e inmaculado. Los marfileños picaportes de las portezuelas, la suave tapicería de piel amarilla, el salpicadero de madera de cedro, los parasoles de las ventanillas, los accesorios plateados, las luces, los escabeles, los cinturones de seguridad de seda… ¡todo parecía recién estrenado!

El automóvil del señor Oxford parecía sugerir que su dueño no usaba un coche dos veces, es decir, que se compraba uno nuevo cada mañana, como hacen los corredores de bolsa de la City con sus sombreros y el duque de Selsea con sus pantalones. En el interior del vehículo se podía armar una mesilla para escribir, había archivadores convenientemente distribuidos para documentos, dos butacas y un aparato colgado que indicaba la hora, la temperatura y las fluctuaciones barométricas. Tenía también su

correspondiente tubo acústico para comunicarse con el conductor. Cualquiera diría que si aquella máquina pudiera estar conectada por radiotelégrafo con la Bolsa de Londres, con los estudios de los principales artistas y con el Parlamento, y si, además, se hubiera instalado en la parte trasera un pequeño restaurante, el señor Oxford no habría tenido nunca necesidad de bajar del coche y podría pasar en él días enteros.

La modernidad del vehículo, y la indumentaria y la lozanía del señor Oxford contrastaban con el aspecto de Priam, que parecía en comparación bastante andrajoso. En realidad, estaba entonces bastante andrajoso. El descuido en el vestir se había ido apoderando de él poco a poco en Putney. En otros tiempos había sido un dandy; pero eso fue cuando tenía al sinvergüenza de Leek a su servicio. Y conforme el coche avanzaba, sin despedir pestilencias gaseosas y sin hacer ruido alguno, por las concurridas avenidas de Londres hacia el centro de la ciudad, ya a toda velocidad cual centella, ya deteniéndose con suave prontitud, ya adelantando en veloz parábola a un vehículo pesado, Priam iba sintiéndose cada vez más y más incómodo. En Putney se había asilvestrado. En los dos últimos años no había salido de Putney —salvo en muy contadas ocasiones, para ir a buscar inspiración en la National Gallery—, y siempre iba en tren y en metro (porque el metro siempre le recordaba momentos maravillosamente románticos), y siempre salía de las profundidades de la tierra en la esquina de Trafalgar Square, con un extraño entusiasmo emocional. Así que hacía mucho tiempo que no había visto las principales calles de Londres. Había olvidado la riqueza y el lujo de Londres, y las tiendas de cigarrillos orientales, cuyos propietarios tenían nombres terminados en -opoulos, y la altivez de las clases altas y la soberbia, aún más envarada, de sus lacayos. Había dejado a Alice en Putney. Y un demonio misterioso se apoderaba de él, le clavaba sus garras y pugnaba por arrastrarle de nuevo hacia la sencillez de Putney; aquel demonio luchaba ferozmente con él, y consiguió acobardarlo y amilanarlo ante el brillante espectáculo del centro de Londres, y a punto estuvo de sacarlo del coche a la fuerza y obligarlo a volver corriendo a Putney tan rápidamente como pudieran sus piernas. Era el demonio que llamamos «costumbre». Priam hubiera dado su mejor cuadro por estar en Putney, en lugar de pasar a toda velocidad por la esquina de Hyde Park en compañía del señor Oxford, a pesar de su amigable, respetuosa e inteligente conversación.

En cualquier caso, su otro demonio, la timidez, impidió que se atreviera siquiera a sugerir que deseaba bajarse del vehículo.

El coche se detuvo en Bond Street, delante de un edificio con una amplia arcada y con el símbolo del Imperio colgando en lo más alto, en el tejado. Unos carteles señalaban que la entrada costaba un chelín; pero el señor Oxford, llevando el lienzo de Priam con el mismo cuidado que si le hubiese

costado cincuenta mil libras esterlinas en lugar de quinientas, entró sin detenerse y sin pagar, y Priam le siguió, atendiendo a su resuelta invitación. Soldados veteranos, con las pecheras cubiertas de cruces y medallas, saludaron al señor Oxford al entrar en el patio, y dentro ya del edificio, unos individuos con sombreros de copa tan impecables como el del señor Oxford se quitaron sus sombreros a modo de saludo, pero el señor Oxford no se quitó el suyo. Simplemente les hizo una leve reverencia con la cabeza… ¡napoleónicamente! Su comportamiento había cambiado de un modo muy llamativo. Ahora podía verse en él al hombre de voluntad indomable, acostumbrado a utilizar a otros hombres como peones de ajedrez en una complicada partida. Por fin llegaron a su despacho particular, donde el señor Oxford, con la ayuda de un criado, se despojó del sombrero, de los guantes y de las pieles y ordenó de inmediato que fueran a buscar a un individuo que en el acto llevó un marco ajustado al lienzo de Priam.

—¿Quiere usted un puro? —dijo el señor Oxford al pintor, regresando con un rápido gesto a sus primeros modales y ofreciendo a Priam una caja en la que cada cigarro iba envuelto en una hoja dorada. Eran cigarros de los que cuestan una corona en un restaurante, media corona en el estanco y dos peniques en Ámsterdam. Era un puro principesco, con aroma paradisíaco y ceniza tan blanca como la nieve. Pero Priam no estaba en disposición de apreciarlo. En una magnífica placa de cobre bajo la arcada había leído estas palabras: «Parfitts' Galleries». Se encontraba en la famosa galería de sus antiguos clientes, a los cuales nunca había llegado a ver personalmente. Tuvo miedo. Una aprensión mortal se apoderó de él y tuvo una sensación de mareo en el estómago.

Después de contemplar con aire asombrado el lienzo de Priam, entre las nubes de aquel incienso, el señor Oxford extendió y firmó un cheque por quinientas libras esterlinas y, con el cigarro en la boca, se lo entregó a Priam, que intentó cogerlo sin darle al hecho mayor importancia, pero no lo consiguió. El cheque llevaba la firma «Parfitts».

—Supongo que sabrá usted que ahora soy el único propietario de esta galería —dijo el señor Oxford entre dientes y sin dejar el cigarro.

—¿Ah, sí? —exclamó Priam, sintiéndose tan nervioso como un ingenuo jovenzuelo.

El señor Oxford condujo a Priam, sobrevolando tupidas alfombras, hasta un salón donde, mediante reflectores, se proyectaba luz eléctrica sobre una pequeña pero asombrosa fila de cuadros. El señor Oxford no había exagerado. Priam disfrutó mucho contemplando aquellos cuadros. No eran de esas pinturas que uno ve todos los días, ni siquiera de las que uno ve una vez al año. Allí estaba el Delacroix más hermoso que había visto en su vida, y un

Vermeer que hacía innecesaria la visita al Rijksmuseum. Luego, en una pared más alejada, hacia la cual se dirigió el señor Oxford, y en un lugar de honor, había un paisaje nocturno de Volterra, una ciudad italiana situada en la montaña. El espíritu de Priam se estremeció hasta lo más profundo de su ser cuando sus ojos vieron aquel lienzo. En el borde inferior del fastuoso marco había dos palabras con caracteres negros: «Priam Farll». ¡Recordaba perfectamente el momento en que lo pintó! ¡Qué magistralmente hermoso era aquel cuadro!

—Y este —dijo el señor Oxford—, en mi humilde opinión, es uno de los mejores Farll existentes. ¿Qué opina usted, señor Leek?

Priam guardó silencio durante unos instantes.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo al final.

—Farll es tal vez el único pintor moderno que puede presentarse junto al resto de las obras de esta sala, ¿verdad? —añadió el señor Oxford.

Priam se sonrojó.

—Sí —dijo.

Había una diferencia considerable, en varios sentidos, entre la obra de Putney y el cuadro de Volterra; pero tanto el paisaje de Volterra como la High Street de Putney eran obvia, sorprendente e incontestablemente del mismo autor; nadie podría dejar de darse cuenta de que ambos cuadros tenían el mismo pulso en la pincelada, las mismas mezclas, la misma mirada y la misma plasmación… En una palabra, la misma asombrosa y austera traslación de la Naturaleza misma al lienzo. La semejanza saltaba enseguida a la vista del observador avisado. No le pasaría desapercibido ni a un vulgar subastero. Sin embargo, el señor Oxford ni siquiera lo mencionó de pasada. Parecía que no se había dado cuenta. Lo único que dijo, cuando ya abandonaban el salón y Priam terminó su monosilábico juicio, fue:

—Sí; esta es la pequeña colección que he conseguido reunir, y estoy muy orgulloso de habérsela mostrado a usted. Ahora quiero que venga a almorzar conmigo a mi club. Por favor, venga conmigo. Me disgustaría enormemente que rechazara mi invitación.

A Priam le importaba un bledo el disgusto del señor Oxford, y con toda sinceridad habría rechazado la invitación a comer con él en el club. Sin embargo, dijo que sí, porque era lo más fácil de decir, dada su timidez y dada la resolución y firmeza del señor Oxford. Priam temía marcharse. Estaba preocupado, asustado, aterrorizado por el misterioso silencio del señor Oxford.

Fueron al club en el coche.

EN EL CLUB

Priam nunca había estado en un club. Esta afirmación puede resultar asombrosa, puede que incluso sea recibida con incredulidad, pero es cierta. Priam salió del país de los clubes cuando aún era muy joven. Y respecto a los clubes ingleses en las ciudades europeas, conocía el aspecto que tenían por fuera y el amigable parloteo de sus defensores en las table d'hôte, pero nunca había tenido mayor interés por conocer esos lugares. Así que prácticamente no sabía nada de lo que ocurría en los clubes.

El del señor Oxford le asustó y le intimidó. Era un edificio muy grande y muy negro. Por fuera parecía el ayuntamiento de alguna gran ciudad industrial. Cuando uno ponía el pie en la acera, al final de las gigantescas escaleras que conducían al primer par de puertas batientes de cristal, la cabeza del visitante estaba con toda seguridad en un plano inferior a los pies de un individuo que lo observara con suspicacia desde el otro lado de los cristales. La cabeza del visitante también quedaba mucho más abajo que los alféizares de las colosales ventanas de la planta baja. Sobre la planta principal se levantaban dos pisos más, y por encima de ellos se proyectaba un alero de piedra tallada que advertía de su presencia amenazante a quien dirigiese su vista hacia arriba. La décima parte de una teja, el fragmento de una esquina que se desprendiera desde lo alto de aquella mole, podría matar a un elefante. Y toda la fachada era negra, negra por las partículas de carbón allí depositadas a lo largo de milenios. La idea de que el edificio era un ayuntamiento situado donde no debía se iba desvaneciendo gradualmente a medida que se examinaba. Entonces se percibía el error. Uno se daba cuenta de que el club del señor Oxford era un monumento, una reliquia del tiempo en que había gigantes en la Tierra, y que había pasado a manos de una raza de pigmeos que procuraban utilizarla lo mejor posible. El único descendiente de los gigantes vivo era el centinela de la puerta. Cuando el señor Oxford y Priam subieron por la escalinata de la entrada, aquel gigante abrió la gigantesca puerta con una fuerza gigantesca y el señor Oxford y Priam entraron sigilosamente; la puerta se cerró de nuevo con una tremenda conmoción de vientos. Priam se encontró entonces en un vestíbulo inmenso, bajo un techo tallado allá en las alturas, lejos, muy lejos, como si fuera el Cielo. Observó al señor Oxford escribir su nombre en un gigantesco libro en folio, bajo un gigantesco reloj. Cumplimentada esta formalidad, el señor Oxford lo condujo a través de vastos territorios hasta una estancia enorme, en cuyas inmensas paredes había interminables hileras de miles y miles de ganchos macizos, y de tanto en tanto, en alguno de aquellos ganchos, se veía un sombrero o un abrigo. El señor Oxford eligió un par de aquellos ganchos y, después de que él y Priam dejaran allí sus prendas de abrigo, pasaron a otra gran cámara, que, evidentemente, pretendía evocar las termas de Caracalla. En gigantescas pilas talladas en sólido granito, Priam se frotó las uñas con un cepillo de dimensiones colosales, de un tamaño que no había visto jamás, ni siquiera en sus pesadillas,

y un criado le cepilló el traje con un utensilio que recordaba un arma ofensiva de los tiempos de Anak.

—¿Pasamos directamente al comedor o prefiere usted tomar antes una ginebra con angostura? —preguntó el señor Oxford.

Priam no quiso tomar ningún aperitivo, así que subieron por una imponente escalinata de sombrío mármol, y después de cruzar por diversas estancias, entraron en el comedor, que muy bien hubiera podido servir, por sus dimensiones, para una excelente escuela de equitación. Allí se abrían en hilera seis de las gigantescas ventanas, cada una de las cuales tenía cortinas que descendían, formando amplios pliegues, desde las regiones superiores invisibles a los territorios visibles. Probablemente había techo. En todas las paredes había cuadros gigantescos con marcos macizos y muy recargados, y, sobre las ventanas, heroicos bustos de mármol sobre columnas de basalto. Las sillas, por su tamaño y su peso, habrían resultado inamovibles, de no ser porque todas ellas contaban con ruedas capaces de resistir el peso de enormes roquedales; sin embargo, al lado de las mesas, parecían juguetes insignificantes. En uno de los extremos del salón había un aparador que no habría crujido ni se habría resentido en lo más mínimo bajo el peso de un buey entero; y en el extremo opuesto se veía una chimenea en cuyo fuego se podría haber asado dicho buey entero, de una pieza, y en cuya repisa el gigante Goliat no habría alcanzado a poner el codo.

Todo era silencio y solemnidad: el suelo estaba cubierto con pesadas alfombras que apagaban todos los ecos. No se oía el más leve ruido. El ruido, en realidad, parecía que estaba prohibido. Priam ya se había dado cuenta de ello cuando cruzó la ciclópea entrada a un salón sin confines cuyas paredes estaban cubiertas con advertencias que en letras gigantescas decían: «SILENCIO». Y se había dado cuenta también de que todas las sillas y divanes estaban acolchados y forrados con cuero suave y flexible, de manera que era imposible producir el más leve crujido. A primera vista, parecía que el comedor estaba vacío; pero una inspección más detenida revelaba la existencia de ciertos insectos deambulando por allí, o sentados en cómodas butacas que desde luego parecían diseñadas para acoger a dos o tres de ellos. Aquellos insectos eran los miembros del club, encogidos y convertidos en muñecos gracias a las tremendas dimensiones del salón y de su mobiliario. ¡Qué gente tan rara y siniestra! Parecía que estuvieran en las fases finales de su descomposición, y dondequiera que descansaran sus cabezas, extendían un lienzo blanco para que no tocase el sitio santificado por la cabeza de los antecesores fallecidos. Rara vez hablaban unos con otros; pero intercambiaban miradas de mutuo recelo y desprecio; y si por casualidad conversaban, lo hacían con palabras sueltas y en un tono de fastidio y aburrimiento. Allí podían espiarse perfectamente los unos a los otros en medio de aquellas

sombras universales: unas sombras sobre las cuales no producían impresión alguna las bombillas eléctricas que lanzaban débiles destellos amarillos a través de los grandes globos donde estaban encerradas. Todo el edificio parecía sepultado en el pasado, como en una ensoñación del tiempo de los titanes, cuando sin duda habría gigantes que podrían llenar con sus cuerpos aquellas butacas y poner los codos en las repisas de las chimeneas.

A semejante lugar llevó el señor Oxford a comer a Priam, en platos que no tenían nada del tamaño corriente y lejos de los ordinarios vasitos de juguete. En el almuerzo, excelente y extraordinariamente moderno, no se percibió la menor alusión a la inmemorial historia del club, salvo en el queso Stilton, que parecía manufacturado en los gloriosos días de los tiempos homéricos: un queso que perfectamente pudo haber catado el propio Ulises. Casi no es necesario decir que el efecto de todo aquello en el temperamento de Priam fue desastroso. (¿Pero cómo podría haber imaginado el diplomático señor Oxford que Priam no había estado jamás en un club?). La situación lo dejó mudo y angustiado, y habría dado una suma de dinero tan grande como el club —el mismísimo cheque que llevaba en el bolsillo habría entregado— por no haber conocido al señor Oxford. Priam era un hombre demasiado sensible para pertenecer a un club, y su aspecto y sus gestos lo revelaban bien a las claras. El señor Oxford no había calculado el efecto que el club tendría en el temperamento de Priam. No tardó en reconocer su error.

—¿Vamos a tomar el café al salón de fumar? —dijo.

El abarrotado salón de fumar era el único sitio del club donde hablar en tono normal no se consideraba un crimen. El señor Oxford encontró un rincón libre de insectos, y se acomodaron allí, y acompañaron el café con licores y puros. Podía oírse reír a los insectos en medio del humo; la charla general distaba muy poco de ser una verdadera algarabía; y de tanto en tanto un minúsculo muchacho entraba en el salón y berreaba el nombre de un insecto a voz en grito. Cuando ocurría, Priam saltaba de repente en su asiento, como si recibiera una descarga eléctrica, y el señor Oxford, muy atento, notó esas electrocuciones.

El señor Oxford apuró su café con cierta premura, y después se inclinó un poco sobre la mesa, acercando su cara de luna llena a la de Priam; colocó sus piernas en una posición cómoda bajo la mesa, y lanzó al aire gran cantidad de humo de su puro. Estos eran claramente los preliminares de una escena en la que se revelaría algo decisivo, la aproximación a la crisis que durante algunas horas había estado difiriéndose.

El corazón de Priam tembló.

—¿Qué piensa usted, maître, de los cuadros de Priam Farll?

Priam estaba sufriendo una agonía. La actitud del señor Oxford era respetuosa, amable, expectante. Pero Priam no sabía qué decir. Solo sabía lo que habría hecho si hubiera tenido valor: echar a correr inmediatamente, sin ceremonias, y largarse a toda prisa del club.

—Yo… Yo no sé… —contestó, visiblemente pálido.

—Lo digo porque compré algunos Farll bastante buenos en su momento —continuó el señor Oxford—, y debo confesar que los vendí muy bien. Solo me quedé el que le he enseñado esta mañana, y he estado pensando si sería mejor conservarlo y esperar una posible alza en el precio, o venderlo enseguida.

—¿Por cuánto puede usted venderlo? —masculló Priam.

—No me importa decírselo a usted… —dijo el señor Oxford—. Creo que podría venderlo por unas dos mil libras. Es bastante pequeño, pero es uno de los mejores.

—Yo lo vendería —farfulló Priam en un tono apenas audible.

—¿Ah, sí? Bueno, tal vez tenga usted razón. En mi opinión, la cuestión es si cualquier día de estos aparece otro pintor que haga un trabajo tan bueno como el de Farll, e incluso mejor. Puedo imaginarme la posibilidad de que surja un hombre tan hábil que venga y que imite a Farll tan perfectamente que solo personas como usted, maître, y quizá yo, puedan apreciar la diferencia. Es justamente el tipo de obras que pueden imitarse de un modo brillante si el imitador tiene la habilidad suficiente, ¿no le parece?

—Pero… ¿qué quiere usted decir? —preguntó Priam, mientras notaba cómo el sudor corría por su espalda.

—Bueno —dijo el señor Oxford sin mucho interés—, nunca se sabe. El estilo puede imitarse, y el mercado puede llenarse de lienzos tan buenos prácticamente como los de Farll. Nadie podría averiguarlo durante un tiempo, y luego todo se confundiría en la mente del público, seguido de un brusco bajón en los precios. Lo bueno del caso es que el público, en realidad, no saldría perdiendo, porque una imitación que nadie puede distinguir del original, naturalmente, es tan buena como el original. ¿Entiende lo que le digo? Así que lo que tenemos aquí es una magnífica oportunidad para un hombre que pueda aprovecharla, y por eso me inclino a aceptar el consejo que usted me ha dado y a vender el único Farll que me queda.

Sonreía de un modo cada vez más cómplice. Su mirada ocultaba secretas intenciones: parecía que estaba sugiriendo a Priam ideas impronunciables. Aquel rostro radiante tenía la expresión que suelen tener esos rostros en ocasiones semejantes: una expresión que alegremente insinúa que, después de todo, no hay nada bueno ni malo…, o que, como mínimo, muchas cosas que

consideramos malas según las normas de la esclavitud convencional en que vivimos pueden en realidad ser buenas. Así leyó y tradujo Priam la expresión del señor Oxford.

«¡Este maldito canalla quiere que yo le haga imitaciones de mí mismo!», pensó Priam, preso de un ataque de furia. «Sabe perfectamente que no hay ninguna diferencia entre el lienzo que le he vendido y el que tenía. Quiere hacer negocios. ¡Este es el juego que se trae conmigo!».

Y luego dijo en voz alta:

—No creo que le haya aconsejado nada a usted. No soy un marchante de cuadros, señor Oxford.

Dijo esto en un tono tan hostil que debería haber hecho callar al señor Oxford para siempre, pero no fue así. El señor Oxford se escabulló, como un patinador cuando hace una figura nueva, y comenzó a explayarse con prolija verborrea acerca de los méritos del cuadro de Volterra. Lo analizó con tanto detalle y lo alabó con tanta precisión, que parecía que tenían el lienzo delante. Priam se asombró de la exactitud de las apreciaciones de aquel hombre. «¡Ah, sinvergüenza! ¡Anda que no sabe…!», pensó con una mueca de horror.

—No creerá usted que estoy alabando demasiado esa obra, ¿verdad, cher maître? —concluyó el señor Oxford, aún sonriendo.

—Un poco —dijo Priam.

¡Si hubiera podido echar a correr…! ¡Pero no podía! El señor Oxford lo tenía arrinconado. ¡No había modo de liberarse! Además, estaba gordo y tenía más de cincuenta años.

—¡Ah…! Suponía que me diría eso. ¿Le importaría decirme cuándo lo pintó? —preguntó entonces el señor Oxford muy dulcemente, aunque con las manos cerradas y apretadas con tal tensión, que la sangre huyó de la zona de los nudillos.

¡Aquel era el punto crítico que el señor Oxford había estado preparando! Durante todo el tiempo, la dentada sonrisa del señor Oxford había estado ocultando la verdad: ¡sabía que él no era otro que Priam Farll!

CAPÍTULO X

EL SECRETO – EL REINTEGRO – UNA VISITA AL SASTRE – ALICE AL CORRIENTE DE LA SITUACIÓN

EL SECRETO

—¿Qué quiere decir usted? —preguntó Priam Farll. Pero planteó la pregunta sin firmeza, como podía haber dicho: «Ya sé lo que quiere decir, y daría un millón de libras o así por que me tragara la tierra». Solo unos minutos antes habría dado quinientas libras simplemente por escapar. Ahora deseaba que le ocurrieran los milagros de Maskelyne. Parecía que el universo entero zumbaba alrededor de sus oídos.

El señor Oxford continuaba sonriendo; sonriendo, sin embargo, como un hombre que contiene el aliento por una apuesta: todo el mundo sabe que no puede resistir así mucho tiempo.

—Usted es Priam Farll, ¿no? —preguntó el señor Oxford en voz muy baja.

—¿Qué le hace suponer que yo soy Priam Farll?

—Creo que es usted Priam Farll porque usted pintó el cuadro que le he comprado esta mañana, y estoy segurísimo de que nadie más que Priam Farll es capaz de haberlo pintado.

—¡Así que ha estado usted jugando conmigo toda la mañana…!

—¡Por favor, no diga usted eso, cher maître! —musitó el señor Oxford—. Solamente deseo saber si estoy en lo cierto. Ya sé que se supone que Priam Farll está enterrado en la abadía de Westminster. Pero, para mí, la existencia del cuadro de la High Street de Putney, que acaba de pintar, es una prueba absoluta de que Priam Farll no está enterrado en la abadía de Westminster, de que aún vive. Es asombroso que se produjera semejante error en un funeral, un error absolutamente asombroso, y tendrá unas enormes consecuencias… Pero eso no es asunto mío. Aunque, claro, tuvo que haber razones de peso para que tal cosa ocurriera… No tengo mayor interés en conocerlas, quiero decir, desde el punto de vista profesional. Solo estoy planteando que cuando veo cierto lienzo con la pintura aún húmeda, me digo: «Ese cuadro ha sido pintado por tal pintor». Soy un experto y me juego mi reputación. No me pueden venir diciendo que el pintor en cuestión murió hace años y que está enterrado con honores nacionales en la abadía de Westminster. Yo digo que no puede ser. Yo soy un connoisseur. Y si los hechos de la muerte y del funeral no concuerdan con el resultado de mis conocimientos en arte, digo y sostengo que esos hechos no son ciertos; digo que ha ocurrido una… equivocación con… los cadáveres. Y ahora, cher maître, ¿qué piensa usted?

El señor Oxford esperó dando golpecitos sobre la mesa con los dedos.

—No sé… —contestó Priam, lo cual era otra mentira.

—Pero usted a fin de cuentas es Priam Farll, ¿no? —insistió el señor Oxford.

—Bueno…, ya que quiere saberlo… —dijo Priam furioso—, sí, yo soy

Priam Farll. ¡Ahora ya lo sabe usted!

El señor Oxford dejó de sonreír. Había sostenido la sonrisa durante un tiempo increíblemente largo. Dejó de sonreír, y lanzó un suspiro de satisfacción y alivio. Había estado patinando sobre una delgadísima capa de hielo, y había llegado a la orilla, en medio de terribles crujidos, y empezaba a apreciar hasta qué punto había sido peligrosa aquella aventura. Estaba completamente seguro de sus conocimientos artísticos. Pero cuando uno dice que está «completamente seguro», sobre todo si lo dice con énfasis, siempre se entiende que está «prácticamente seguro». Tal era el caso del señor Oxford. Y francamente, deducir, solo por la simple existencia de una pintura, que se había llevado a cabo —y con éxito— un tremendo engaño en el seno de la más formidable de las naciones… suponía algo más que temeridad y atrevimiento.

—Pero no quiero que se sepa nada —dijo Priam en voz baja, pero furiosa—. Y no quiero ni que se hable de eso. —Y miró con aire receloso a los insectos más próximos, pues sospechaba que estaban pegando la oreja para escuchar la conversación.

—¡Naturalmente! —dijo el señor Oxford, pero en un tono carente de convicción.

—Es un asunto que solo me concierne a mí —insistió Priam.

—Naturalmente —repitió el señor Oxford—. Al menos, debería concernirle solo a usted. Y puedo asegurarle que yo soy la última persona en el mundo que intentaría entrometerse, pero…

—Debería tener usted la amabilidad de recordar —dijo Priam interrumpiéndole— que compró el cuadro esta mañana exclusivamente por sus propios méritos. No está usted autorizado a vincular mi nombre a ese cuadro, y debo pedirle que no lo haga.

—Desde luego —convino el señor Oxford—. Compré el cuadro como una obra maestra, y estoy muy satisfecho con mi compra. No necesito la firma.

—Hace veinte años que no firmo mis cuadros —dijo Priam.

—Perdone, pero… —dijo el señor Oxford—, cada pulgada cuadrada de cada uno de sus cuadros lleva su firma de un modo inequívoco. Es un privilegio reservado solo a los más grandes pintores no tener que escribir unas letras en la esquina de sus cuadros para impedir que otros artistas se atribuyan méritos que no les corresponden. Para mí todos sus cuadros están firmados. Pero hay gente que quiere más pruebas de autenticidad que las que un experto puede dar, y por ahí es por donde puede surgir el conflicto.

—¿El conflicto? —repitió Priam, notando que aumentaba su angustia.

—Sí —dijo el señor Oxford—. Y tengo que hablar con usted para que

pueda comprender en todos sus extremos la situación.

El señor Oxford adoptó un aire muy solemne, mostrando que al fin había llegado al punto realmente importante de la cuestión.

—Hace algún tiempo, un hombre, un modesto marchante, vino a mi casa y me ofreció un cuadro que inmediatamente reconocí como una obra de Priam Farll. Lo compré.

—¿Cuánto pagó usted por él? —preguntó Priam casi entre dientes.

Después de un silencio, el señor Oxford dijo:

—No tengo inconveniente en decirle la cifra. Pagué por él cincuenta libras esterlinas.

—¡Cincuenta libras! —exclamó Priam, percatándose de que alguna persona o algunas personas habían obtenido un cuatrocientos por ciento de beneficio hasta que había llegado al principal comprador—. ¿Y quién era ese hombre?

—Oh, un pequeño marchante. Nadie, en realidad. ¡Judío, por supuesto! —El modo en que el señor Oxford dijo «judío» era indiscutiblemente irónico. Priam calculó que, siendo un judío, el marchante no pudo ser el fabricante de marcos de Putney, que era un espécimen de Yorkshire de pura raza, de Ravensthorpe. El señor Oxford continuó—: Yo vendí aquel cuadro después, garantizando que era un Priam Farll.

—¡Demonios!, ¿a tanto se atrevió?

—Sí; tenía absoluta confianza en mi valoración.

—¿Quién lo compró?

—Whitney C. Witt, de Nueva York. Es un hombre anciano ya, claro. Supongo que se acordará usted de él, cher maître —dijo el señor Oxford entrecerrando los ojos—. Le vendí el cuadro, y naturalmente aceptó mi garantía. Poco después aquel mismo marchante me ofreció otros cuadros, obviamente también pintados por usted, y también los compré. Y seguí comprando más. Me atrevería a decir que he comprado cuarenta en total.

—¿Y ese pequeño marchante de arte sospecha quién es el autor de los cuadros? —preguntó Priam con suspicacia.

—¿Él? ¡Pues claro que no! Si se lo hubiera imaginado, ¿cree usted que iba a desprenderse de ellos por cincuenta libras cada uno? Mire, al principio creí que estaba comprando cuadros que había pintado usted antes de morir. Pensé, como el resto del mundo, que sus restos mortales descansaban… en la abadía. Después comencé a tener algunas dudas. Y cierto día un poco de pintura… se pegó a mi pulgar… Le aseguro que me quedé atónito. Sin embargo, mantuve

mi opinión y seguí garantizando que los lienzos eran de Priam Farll.

—¿Y no se le ocurrió investigar?

—Sí, y lo hice —dijo el señor Oxford—. Hice todo lo que pude por sonsacarle al marchante dónde conseguía los cuadros, pero no quiso decírmelo. En fin, allí había algo que apestaba a misterio. Ahora bien, como yo no soy un profesional de los misterios, llegué a la conclusión de que lo mejor sería dejar las cosas como estaban. Y eso fue lo que hice.

—Bueno, ¿y por qué no ha seguido dejando las cosas como estaban? —preguntó Priam.

—Porque las circunstancias no lo han permitido. Vendí todos esos cuadros a Whitney C. Witt. Sin ningún problema. Al menos yo pensaba que no había ningún problema. Comprometí el nombre y la reputación de Parfitts como garantía de que eran obra de Priam Farll. Y entonces, un día, supe por el señor Witt que en el reverso de uno de los marcos estaba estampado (con un sello de caucho) el nombre del fabricante del lienzo, y que la fecha era posterior a la de su entierro. Y supe además que los abogados del señor Witt en Londres habían investigado aquí a los fabricantes del material que había utilizado usted, y que esos fabricantes estaban en condiciones de demostrar que el lienzo había sido fabricado después del funeral de Priam Farll. ¿Lo entiende ahora?

Priam lo entendió.

—Mi reputación, la de Parfitts, está en entredicho. Si esos cuadros no los ha pintado Priam Farll, yo soy un estafador. El nombre de Parfitts quedará desacreditado para siempre, y se armará un escándalo de proporciones colosales. El señor Witt amenaza con iniciar procedimientos judiciales. Yo le he ofrecido quedarme con todo el lote al precio que él me pagó, sin comisión alguna. Pero no quiere. Es un viejo, un poco maniático supongo, y no admite ninguna componenda. Está rabioso. Cree que lo han estafado, y dice que quiere asegurarse de que se solventa el caso. Pero ahora yo puedo demostrar que los cuadros son de Priam Farll. Ahora puedo mostrarle que mi garantía estaba perfectamente fundamentada. En fin, para resumir: ¡le he encontrado a usted, y me alegro!

El señor Oxford suspiró aliviado de nuevo.

—Oiga —dijo Priam—, ¿cuánto le pagó en total el señor Witt por mis cuadros?

Tras unos instantes de silencio, el señor Oxford contestó:

—No tengo inconveniente en decirle a usted la cifra: el señor Witt me pagó unas setenta mil libras. —Y sonrió de nuevo, como para excusarse.

Cuando Priam Farll pensó que él había recibido unas cuatrocientas libras

por todos aquellos cuadros, muchísimo menos del uno por ciento de lo que aquel reluciente y próspero marchante había conseguido por ellos, la furia tradicional del artista contra el marchante, del creador contra el parásito intermediario, brotó como una potente llamarada en su corazón. Hasta entonces no había tenido ningún motivo serio de queja contra los marchantes. (Los artistas que han triunfado rara vez tienen motivos de queja). Pero en aquel momento vio a los marchantes como los ven los pintores que no han tenido mucha suerte: ¡como los causantes de todos los males! Ahora entendía mediante qué procedimientos había conseguido el señor Oxford aquel espléndido coche, sus trajes, su entrada al club y sus criados. Todo aquello lo había conseguido el señor Oxford, no gracias a su trabajo, ¡sino gracias al trabajo de míseros y laboriosos pintores en mezquinos estudios y en buhardillas! El señor Oxford no era más que un opulento ladrón, un triturador de artistas. El señor Oxford era, en una palabra, el mismísimo diablo, y Priam, en silencio, para sus adentros, pero con toda el alma, lo mandó al lugar que le correspondía.

Pero Priam era tremendamente injusto. Nadie le había pedido que se muriera. Nadie le había pedido que renunciase a su identidad. Si al final había recibido unos cientos de libras en vez de miles, la culpa era exclusivamente suya. El señor Oxford no había hecho más que comprar y vender, pues ese era su trabajo. Pero el pecado del señor Oxford, a ojos de Priam, era el de haber estado en lo cierto.

No es necesario decir que el señor Oxford observó claramente que Priam Farll había recibido muy mal las noticias que le había dado.

—Por el interés de ambos, cher maître —dijo el señor Oxford en un tono muy persuasivo—, creo que sería aconsejable que me ayudara usted a demostrar que mi garantía al señor Witt estaba justificada.

—¿Por el interés de ambos?

—Sí, porque… Bueno, me encantaría pagarle a usted… Digamos, treinta y seis mil libras en agradecimiento por… En fin… —y guardó silencio.

Probablemente había advertido que estaba incurriendo en una tremenda falta de tacto. No debió ofrecerle nada a Priam o debería haberle ofrecido toda la suma que había recibido, salvo una pequeña comisión. La idea de repartir sus ganancias con Priam fue un impulso instintivo, una tontería fatal de un marchante de nacimiento. Y eso era el señor Oxford, lo llevaba en la sangre.

—¡No aceptaré ni un penique! —gritó Priam—. Y no puedo ayudarle a usted en ningún sentido. Y ahora, me temo que tengo que marcharme. Ya es muy tarde.

Su ira, fría e irreprimible, lo impulsó a levantarse, y, sin el menor

miramiento para con los lujos del club, abandonó la mesa. El señor Oxford, sintiéndose cada vez más negociante, se levantó también y fue tras él, e incluso le mostró dónde estaba el gigantesco guardarropa, murmurando al mismo tiempo dulces y persuasivas disculpas tranquilizadoras al oído de Priam.

—Todo esto podría acabar en los tribunales —dijo el señor Oxford en el gran vestíbulo principal— y su testimonio sería indispensable para mí…

—Yo no tengo nada que ver en todo esto. ¡Buenos días!

El gigante de la puerta apenas tuvo tiempo de abrirla para que saliera. Priam huyó de allí: huyó rodeado por terroríficas visiones de odiosa publicidad ante los tribunales de justicia. ¡Tormentos inimaginables! Priam maldijo al señor Oxford y lo envió a los infiernos más profundos, jurando que no movería ni un solo dedo por evitar que acabara en presidio de por vida.

EL REINTEGRO

Priam se detuvo en la acera de aquel mausoleo, hablando furiosamente consigo mismo. En todo caso, ya se encontraba sano y salvo fuera del mausoleo, con su inquieta población de insectos pululando sobre las alfombras e, insignificantes, tumbados en sus inmensos divanes. No recordaba bien lo que había ocurrido desde que abandonó la mesa del salón de fumar; no podía precisar si había visto algo o a alguien cuando salía; solo conservaba en la memoria la voz suave, respetuosa y persuasiva del señor Oxford siguiéndolo con insistencia hasta la puerta del gigante. En suma: aquel club se le representaba como una morada de magia negra; le parecía odiosamente vivo en su atmósfera mortal, y todo lo que allí se hacía le parecía absurdo y misterioso. «¡Silencio, silencio!», ordenaban los carteles en una de aquellas inmensas estancias, y en otras reinaba una verdadera babel. Y luego estaba aquel terrible y enmudecido comedor, con sus enormes chimeneas, a cuyas inaccesibles repisas jamás podría llegar ninguno de aquellos insectos. Estuvo durante un buen rato profiriendo las maldiciones más terribles contra aquel club y contra el señor Oxford, en voz alta, olvidándose de que estaba en plena calle. Despertó de su ensimismamiento cuando un hombre le saludó visiblemente preocupado. Era el chauffeur del señor Oxford, que esperaba pacientemente a que su señor volviera a ocupar su mansión con ruedas. El chauffeur al parecer creyó que Priam estaba demente o borracho, pero su única obligación era saludar, y no hizo otra cosa.

Priam, olvidando por completo que aquel chauffeur era un ser humano como él, giró inmediatamente sobre sus talones y, sin hacerle caso, se alejó a toda prisa calle abajo. En la esquina de la calle había un gran banco y Priam, con el valor atolondrado del soldado en medio del combate, entró en él. Nunca había estado en un banco de Londres. Al principio el interior del edificio le

recordó el aspecto del club, con el añadido de una enorme torre donde se indicaba el día del mes como si fuera un número místico —el 14— y otros carteles colocados en diversos lugares con las letras del alfabeto. Luego advirtió que aquello era un enorme zoológico donde una serie de jóvenes adiestrados, de distintas edades y tamaños, se encontraban confinados en férreas jaulas de metal y caoba. Priam se dirigió sin vacilar a la jaula más próxima, que tenía un agujero, por el cual introdujo con desafiante actitud su cheque de quinientas libras.

—En la ventanilla siguiente, por favor —dijo tras las rejas una boca que se abría por encima de un cuello de camisa alto y una corbata verde, mientras una mano desdeñosa le devolvía el cheque a Priam.

—¡En la ventanilla siguiente! —repitió Priam, confuso, pero furioso.

—Sí. Esta es la ventanilla de la A a la H —dijo la boca.

Entonces Priam comprendió qué significaban aquellas letras solitarias, y se precipitó, con un nuevo acceso de furia, hacia la jaula vecina, donde otra mano desdeñosa cogió el cheque y lo miró por ambas caras, como diciendo: «¡Huy, qué raro…!».

Y otra boca situada sobre otro cuello alto y otra corbata verde dijo: «¡No está endosado!», y la segunda mano desdeñosa le devolvió a Priam el cheque, como si fuera uno de los papeles que utilizan los pobres para pedir limosna.

—¡Ah! Si no es más que eso… —exclamó Priam, casi sin palabras por la ira—. ¿Tiene usted algo que se parezca a una pluma o algo?

Priam se estaba comportando de una manera muy poco razonable. No tenía derecho a mostrar su mal humor en un banco completamente inocente, que pagaba un veinticinco por ciento de interés a sus accionistas y mil libras al año a cada uno de sus directores, y repartía después las migajas que quedaban entre los hombres que tenía encerrados en aquellas jaulas. Pero Priam no era como tú, lector, ni como yo. Priam no actuaba siempre conforme a razón. No podía mostrarse iracundo solo con un hombre o solo con una institución. Cuando estaba furioso, estaba furioso con todo y contra todo; y ni siquiera escapaban a su ira el sol, la luna y las estrellas.

Después de firmar el cheque, la desdeñosa mano volvió a cogerlo y dirigió sobre el anverso y el reverso del papel una batería de sospechas; luego, un par de ojos miraron con desconfianza crítica la parte de Priam que podían ver desde el otro lado de la reja; a continuación los ojos se apartaron, la boca se abrió y pronunció una sola y brevísima palabra. Enseguida cuatro ojos y dos bocas escrutaron el cheque, y además, durante unos instantes, los cuatro ojos se fijaron en Priam. Priam creyó que alguien acabaría llamando a un policía. Con pesar, se sintió culpable, o por lo menos sospechoso. Era una perfecta

grosería dudar de aquel cheque y examinarlo de aquel modo frío, desconsiderado e insolente.

—¿Es usted el señor Leek? —preguntó una boca.

—Sí —contestó Priam muy despacio.

—¿Cómo quiere usted recibir esta suma?

—Le agradecería que me lo diera en billetes —contestó Priam con soberbia.

Aquella mano desdeñosa acabó de contar dos veces cada esquina de un fajo de billetes, y después de disponerlos sobre el mostrador, uno por uno, delante de Priam, este los cogió todos juntos y los metió en el bolsillo del pantalón, sin ceremonia alguna y sin mostrar la menor gratitud hacia el que se los había entregado. Y luego salió del edificio, echando pestes.

Sin embargo, se sintió mejor; se sintió algo calmado. Mantener el rencor y la furia frente a un agravio cuando se tienen quinientas libras en el bolsillo es una de las cosas más difíciles en el mundo.

UNA VISITA AL SASTRE

Poco a poco fue calmándose a fuerza de andar, de andar sin destino, a toda prisa y con tal expresión de enajenado en la mirada que, en las aceras muy concurridas, se abría paso con más eficacia que si hubiera ido precedido de un lacayo dando voces. Así fue a parar, sin saber cómo, al Embankment. El atardecer ya iba cayendo sobre la noble curva del Támesis, y el imponente panorama se presentaba ante él de ese modo misteriosamente emotivo que ha convertido en poetas a hombres con espíritus menos poéticos que el de Priam Farll. Grandes hoteles, oficinas ocupadas por millonarios o por miembros del gobierno, grandes hoteles, explanadas de césped y ventanas con parteluz en los edificios de la Ley, grandes hoteles, las tremendas arcadas de las estaciones ferroviarias, las cúpulas catedralicias, el Parlamento y grandes hoteles… Todos aquellos edificios elevaban sus oscuras siluetas delante de Priam, a lo largo del gran arco que formaba el río, recortándose sobre el sombrío azul violáceo del cielo. Enormes tranvías pasaban veloces ante él, como casas de cristal; los cabriolés adelantaban a los tranvías, y los automóviles adelantaban a los cabriolés; largas hileras de barcos fantasmagóricos, navegando en plena marea alta, atravesaban los puentes como el hilo pasa por el ojo de una aguja. Aquello era Londres, y lo que oía era el rumor del Londres majestuoso, imperial, súper romano. Y, en fin… antes de que la luz municipal más madrugadora se encendiera, una mano invisible —la mano del Destino— dibujó un letrero luminoso en la turbia oscuridad que comenzaba a ocultar la otra orilla del río. El letrero decía que el té Shipton era el mejor. Pero luego, enseguida, la misma mano borró aquel mensaje y escribió otro anunciando que

no había whisky como el Macdonnell. Y así, aquellas dos máximas, con sus intermitentes apariciones pirotécnicas, continuaron sucediéndose en la oscuridad de la noche. Más de cinco minutos pasaron antes de que Priam advirtiese, entre las máximas doctrinales luminosas, la alta cumbre, revestida de andamios, de un edificio que no conocía. Lucía una belleza serena y celestial con las sombras del atardecer, y como él se encontraba cerca del puente de Waterloo, su curiosidad por todo lo bello lo arrastró a la margen sur del Támesis.

Después de andar un buen rato extraviado por los alrededores de la estación de Waterloo, al final descubrió las traseras del edificio. Sí, era una maravilla. Su torre se elevaba formando varios pisos de diferentes tonalidades, e iba disminuyendo en anchura, hasta terminar en la cúspide con una figura alada en el cielo. En la parte inferior, el edificio era enorme y sólido, con una fachada de columnas sobre una arcada de grandes ventanales. Dos grúas alargaban sus brazos fuera del edificio, y el conjunto se encontraba protegido por una valla de madera. A través de un estrecho resquicio que había en la valla se percibía el fulgor y el siseo de una lámpara Wells. Priam Farll miró tímidamente por la abertura. Aquello era inmenso. En una especie de patio, unos hombres musculosos y peludos, cuyas siluetas se recortaban sobre el fondo iluminado de los andamios, trabajaban enormes sillares de granito. Era una escena propia de un cuadro de Rembrandt.

Un hombre gordo y sucio se aproximó a la entrada de la valla con aire meditabundo. Llevaba en la mano un rollo de planos, y el extremo de un lápiz largo y grueso en la boca. Era el hombre que interpretaba los sueños del arquitecto para que pudiera comprenderlos el soñoliento obrero británico. La experiencia de la vida lo había convertido en un ser un tanto brusco.

—¡Eh! —le dijo a Priam—. ¿Qué demonios quiere?

—¿Qué demonios quiero? —repitió Priam, que no había abandonado aún su furiosa actitud desafiante contra todo el universo—. Lo único que quiero es saber qué demonios es este edificio.

El gordo pareció un poco sorprendido. Se quitó el lápiz de la boca y escupió.

—Es el nuevo museo de pintura, y se construye de acuerdo con el testamento del difunto Priam Farll. Pensaba que eso lo sabía todo el mundo. —Los labios de Priam temblaban, a punto de proferir una exclamación—. ¿Ve eso de ahí? —prosiguió el gordo, señalando un cartel pequeño que había en la valla. El cartel decía: «No se necesita gente».

El hombre del lápiz escrutó con mirada gélida fija el aspecto de Priam: desde el sombrero, de un incalculable color verdoso, hasta sus botas, gastadas

y deformadas.

Priam se alejó de allí.

Estaba anonadado. Y más furioso que nunca. Se dio cuenta claramente de lo humorístico de su situación; pero no era el tipo de humor que provoca la carcajada. Estaba furioso, y empleó un lenguaje furioso en cuanto estuvo seguro de que nadie le escuchaba. Absorto en su pintura —como en los viejos tiempos, cuando vivió en el continente—, hacía mucho tiempo que había dejado de leer los periódicos; y aunque no había olvidado su legado a la Nación, nunca pensó que su testamento adquiriera una forma arquitectónica. Desconocía que su primo Duncan se hubiera empeñado en una actividad frenética con el fin de perpetuar el nombre de la familia. Resultaba conmovedor. Además, la posibilidad de que aún hubiera más consecuencias raras derivadas de sus actos de antaño le producía angustia y le abrumaba. En cierta ocasión, muchos años atrás, en un momento de furia, había escrito unas líneas en una hoja de papel, y las había firmado en presencia de testigos. Luego, nada… Nada absolutamente… ¡durante dos décadas! El papel quedó olvidado… y ahora aquello… ¡Aquella tremenda consecuencia de cemento surgía en pleno corazón de Londres! ¡Era increíble! Aquello superaba todos los límites de lo mágico.

¡Su palacio, su museo! ¡El fruto de un instante de locura!

¡Ah…! Estaba furioso. Como todo artista veterano de verdadero talento, Priam sabía —y nadie mejor que él— que no hay satisfacción como la satisfacción del cansancio después de un trabajo honrado. Sabía —y nadie mejor que él— que la riqueza, la gloria y los trajes caros no significan nada, y que el esfuerzo lo es todo. Nunca había sido tan feliz como en los dos últimos años. Sin embargo, hasta los espíritus más refinados tienen sus reacciones humanas, sus rebeldías contra la sabia razón. Y el espíritu de Priam estaba entonces en franca insurrección. Quería nuevamente riqueza, fama y buenos trajes. Le parecía que había estado fuera del mundo y que debía regresar a él. Las ofensas insinuadas del señor Oxford seguían molestándolo y atormentándolo, y, para colmo, aquel capataz gordo lo había tomado por un obrero en busca de trabajo.

Se dirigió rápidamente hacia el puente, y cogió un taxi hasta Conduit Street, donde había una sastrería con cuya sucursal de París había tenido relaciones en sus días de dandy elegante.

Fue un impulso ridículo tal vez, pero natural.

El reloj de una torre, con su esfera iluminada, muy lejos, a su izquierda, conforme el carruaje rodaba sobre el puente, revelaba que la Providencia legislativa velaba por el pueblo de Israel.

ALICE AL CORRIENTE DE LA SITUACIÓN

—Apuesto a que el edificio no cuesta menos de setenta mil libras —dijo Priam.

Priam regresó con Alice, a la intimidad de su casita de Werter Road, y le contó parte de las aventuras de las muchas que le habían ocurrido durante el día. Llegó a casa mucho después de la hora del té. Ella, con su natural sagacidad, no le había esperado. Así que ahora había dispuesto un té bastante especial para el aventurero, y se sentó frente a él, junto a la mesita, dispuesta a no hacer más que escucharle y volver a llenarle la taza.

—Bueno —dijo Alice tranquilamente y sin mostrar la menor sorpresa ante las cifras que sugería Priam—. Yo no sé en qué estaría pensando ese hombre… tu Priam Farll. Yo digo que fue una completa tontería. ¡Como si no hubiera ya bastantes museos con cuadros! Cuando los que hay estén tan llenos que no se pueda ni entrar, entonces será el momento de construir más. He entrado dos veces en la National Gallery, y te juro que yo era la única persona que había allí. ¡Y eso que es gratis! La gente no necesita museos. Si los necesitara, iría a visitarlos. ¿Has visto alguna vez una taberna vacía, o los almacenes de Peter Robinson vacíos? ¡Y allí sí que se gasta uno el dinero! ¡Una tontería, eso es lo que yo digo! ¿Por qué no te dejó a ti el dinero, o en todo caso a los hospitales o algo de eso? No, bien pensado, no es una tontería: ¡es un escándalo! ¡No debería consentirse!

Priam había decidido que aquella noche volvería a intentarlo, más seria y formalmente que nunca: intentaría convencer a su mujer de su verdadera identidad. Ya iba aproximándose al momento crucial cuando Alice soltó aquel discurso. Aquello le intimidó, pero decidió continuar haciendo acopio de valor.

—¿Me has puesto azúcar? —preguntó.

—Sí —contestó Alice—. Pero te has olvidado de removerlo. ¡Ya te lo remuevo yo…!

¡Una encantadora atención doméstica por parte de su esposa! Aquello le animó.

—Oye, Alice —dijo mientras ella removía el té con la cucharilla—. ¿Te acuerdas de la primera vez que te dije que yo sabía pintar?

—Sí —contestó Alice.

—Bueno, pues al principio tú creíste que yo estaba loco. Pensaste que desvariaba, ¿no?

—No —replicó su esposa—, solo pensé que se te había metido aquella bobada en la sesera —añadió sonriendo y vacilando.

—Ya, pero no era así, ¿verdad?

—A la vista del dinero que has ganado, yo diría que no —admitió honradamente Alice—. No sé qué hubiera sido de nosotros si no hubieras sabido pintar.

—De modo que tú estabas equivocada y yo tenía razón, ¿no es así?

—Claro.

—¿Y te acuerdas de aquella vez que te dije que yo era Priam Farll?

Alice asintió con la cabeza con un gesto de incomodidad.

—Entonces pensaste que estaba completamente loco. ¡Oh, no es necesario que lo niegues! ¡Me di perfecta cuenta de lo que pensabas!

—Pensé que no estabas muy bien… —dijo ella con franqueza.

—Pues lo estaba, querida mía. Ahora te digo de nuevo que yo soy Priam Farll. Sinceramente, me gustaría no serlo; pero lo soy. Y lo peor es que el individuo que vino aquí esta mañana lo ha descubierto, y vamos a tener problemas. Mejor dicho, ya ha habido problemas, y habrá más.

Alice estaba conmocionada. No sabía qué decir.

—Pero… Priam…

—Ese hombre me ha pagado quinientas libras por el cuadro que acababa de pintar.

—¡Quinient…!

Priam sacó los billetes del bolsillo y con un gesto lamentablemente dramático le pidió a su mujer que los contara.

—¡Cuéntalo, cuéntalo…! —repitió, al ver que su mujer vacilaba—. ¿Está bien? —preguntó cuando Alice terminó de contar.

—Oh, sí, estoy perfectamente… —contestó Alice—. Pero, Priam, no me gusta tener todo este dinero en casa. Deberías haber ido al banco a depositarlo.

—¡Déjate de bancos! —exclamó Priam Farll—. Tú solo escúchame, y procura convencerte de que no estoy loco. Admito que soy algo apocado, y esa fue la razón por la que aquel canalla de mi criado fue enterrado en mi lugar.

—No necesitas decirme que eres tímido —dijo Alice sonriendo—. Todo Putney lo sabe.

—¡Ah! ¡No estoy yo tan seguro! —exclamó Priam, negando con la cabeza.

Después comenzó a explicarle de nuevo y con todo detalle lo ocurrido aquella histórica noche en Selwood Terrace, y lo que sucedió a la mañana

siguiente, y acompañó su discurso con una pormenorizada relación psicológica de todo lo que sentía por entonces. Por fin, en menos de diez minutos y con la poderosa ayuda de las quinientas libras en billetes, logró convencer a su mujer de que verdaderamente era Priam Farll.

Priam esperó a que su esposa diera rienda suelta a toda suerte de manifestaciones de asombro y alegría.

—Bueno… En fin, si lo eres, lo eres… —dijo Alice sencillamente y mirándolo con benevolencia y con cariño desde el otro lado de la mesa. La verdad es que a ella no le interesaban mucho los nombres, sino los hechos. El hombre que tenía delante era un hecho real, y mientras no cambiase real y visiblemente —esto es, mientras él fuese él—, a ella no le importaba quién fuera. Y añadió—: Pero, Henry, ¡tengo que decirte que no sé en qué estabas pensando para hacer lo que hiciste!

—Ni yo tampoco —murmuró Priam.

Después le contó todo el enredo del señor Oxford.

—Ha sido buena idea que hayas encargado un traje nuevo —dijo ella.

—¿Por qué?

—Por el juicio.

—¿El juicio entre Oxford y Witt? ¿Y qué tengo yo que ver en eso?

—Te llamarán a declarar.

—Pero no declararé. Ya le he dicho a Oxford que yo no tengo nada que ver.

—Te obligarán a ir. Pueden hacerlo si quieren, ya lo sabes, por medio de una cita… De una citanosequé. He olvidado cómo se llama eso. Y tendrás que sentarte en el estrado de los testigos.

—¡Yo! ¡En el estrado de los testigos! —murmuró Priam, desolado.

—Sí —corroboró su esposa—. Supongo que será una cosa bastante incómoda. Por eso necesitas un traje nuevo. Así que me alegro mucho de que lo hayas encargado. ¿Cuándo te lo vas a probar?

CAPÍTULO XI

LA HUIDA – LA CURIOSIDAD NACIONAL – SE HACE MENCIÓN DE LOS DOS LUNARES – LA NEGATIVA DE PRIAM

LA HUIDA

Una noche, en el mes de junio siguiente, Priam y Alice tardaron en irse a la cama. Alice estuvo dormitando durante una hora o así en el sofá, y Priam estuvo leyendo a su lado, sentado en una butaca; y hacia las dos de la mañana, antes de que asomaran las primeras luces del alba, se entregaron a una febril actividad a la luz del gas. Alice preparó té, tostadas de pan con mantequilla y huevos pasados por agua, yendo rápidamente de una habitación a otra. Subió al primer piso, metió varias cosas más en una maleta y en una bolsa de viaje que estaban a medio hacer, y cerrando ambas, las bajó a la planta principal. Entretanto, Priam empleó su energía en darse un baño y en afeitarse. Corrió la sangre; normal, a aquellas horas. Mientras Priam engullía la comida que Alice había preparado, ella continuaba yendo de un lado para otro, apresuradamente. En un momento dado, tras una corta ausencia, se presentó en la sala con un puñado de horquillas de sombrero; otra vez corrió a comprobar si las llaves de la bolsa de viaje y de la maleta estaban en su bolso de mano, en el perchero del vestíbulo, para que no se les olvidaran. Entre unas excursiones y otras, puede que bebiera treinta sorbitos de té.

—Venga, Priam —dijo al final—, ya tengo el agua caliente. ¿No has acabado aún? Pronto será de día.

—¿Agua caliente? —preguntó él con extrañeza.

—Sí —dijo—, para fregar todo esto, naturalmente. No supondrás que voy a dejar todos estos cacharros sucios en casa, ¿no? Mientras yo friego, podrías poner las etiquetas en el equipaje.

—No es necesario poner etiquetas —explicó—. Los llevaremos con nosotros en el vagón.

—¡Oh, Priam! —protestó ella—. ¡Qué pesado eres!

—Yo he viajado mucho más que tú —contestó Priam, intentando reírse.

—¡Sí…! ¡Buenos viajes habrán sido…! Da igual: si a ti no te importa perder el equipaje, a mí sí.

Mientras tanto, Alice recogió toda la loza en una bandeja, y salió de la habitación.

A los diez minutos, con el sombrero y el velo, y con los guantes puestos, abrió cautelosamente la puerta de la calle, alumbrada todavía por los faroles. Se asomó y miró a derecha e izquierda. Luego salió hasta la cancela del jardín, y volvió a mirar.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja Priam, que iba detrás de Alice.

—Sí, creo que sí —murmuró Alice.

Priam salió de casa con la maleta en una mano, la bolsa de viaje en la otra, la pipa en la boca, el bastón debajo del brazo y el gabán al hombro. Alice volvió sobre sus pasos corriendo, subió los peldaños de la entrada, echó una mirada al interior de la casa, cerró silenciosamente la puerta, y echó la cerradura. Luego, alumbrados por las estrellas veraniegas, ella y Priam avanzaron apresurada y furtivamente, como si en el equipaje llevaran contrabando, a lo largo de Werter Road hacia Oxford Road. Cuando doblaron la esquina, se sintieron mucho más tranquilos.

¡Habían logrado escapar!

Era su segunda tentativa. La primera, a la luz del día, había fracasado por completo. Habían seguido a su taxi hasta la estación de Paddington: eran tres taxis en los que viajaban tres corresponsales de tres periódicos dominicales, con sus correspondientes máquinas fotográficas. Un periodista que siguió descaradamente a Priam hasta la taquilla de la estación, y le oyó pedir dos segundas para Weymouth, pidió también otro segunda para el mismo destino. Fueron a Weymouth; pero a las dos horas de su llegada, aquella localidad se había convertido para Priam y Alice en un lugar aún más insoportable que Werter Road, por lo cual tuvieron que volver ignominiosa pero inteligentemente a su casa de Putney.

Werter Road se había convertido en la calle más popular y más famosa de Londres. Las fotografías de aquella calle habían aparecido en montones de periódicos, con una cruz que indicaba el domicilio de Priam y Alice. Estaba infestada de periodistas de todas nacionalidades desde la madrugada hasta altas horas de la noche. Las cámaras fotográficas eran allí tan comunes como las farolas. Un famoso reportero del Sunday News había conseguido un alojamiento, carísimo, en la casa situada frente al número 29. En una palabra: Priam y Alice no podían hacer nada sin que todo el mundo lo supiera. Parecerá una exageración decir que en los periódicos vespertinos aparecían noticias de última hora como esta: «¡05.40! ¡La señora Leek sale a comprar!». Pero así era. Priam había llegado a estar sin salir de casa quince días seguidos. Y fue Alice quien, alarmada por la palidez de sus mejillas y por la tensión nerviosa de Priam, pergeñó el plan para escapar antes de que el amanecer estival comenzara a despuntar.

Llegaron a la estación de East Putney y encontraron las puertas cerradas, pues aún faltaba mucho para que saliera el primer tren de los obreros. Allí se quedaron plantados. No se veía un alma en toda la calle. Solo el reloj de St. Bede despertaba con toda precisión cada cuarto de hora a todo ser viviente dentro de un radio de doscientas yardas. Al fin llegó un portero, abrió la verja, y Priam pudo comprar victoriosamente billetes para Waterloo.

—¡Oh! —gritó Alice al subir las escaleras—. He olvidado abrir las

cortinas de las ventanas.

—¿Y para qué quieres abrir las cortinas?

—Porque si siguen echadas, todo el mundo sabrá inmediatamente que nos hemos ido. En cambio, si… —y comenzó a bajar las escaleras.

—¡Alice! —gritó él con voz bronca, al tiempo que se le marcaban los músculos de su pálido rostro.

—¿Qué?

—¡Al diablo las cortinas! Vámonos, o te juro que te mato.

Alice comprendió que los nervios de su marido estaban en completa insurrección respecto a su razón, y eso no sería nada si acababa perdiendo todo el dominio de sí mismo.

—¡Oh, muy bien! —dijo con amorosa obediencia para tranquilizarlo.

Un cuarto de hora después ya estaban completamente a salvo, anónimos en medio de las turbulencias de la estación de Waterloo, y un tren matutino los condujo a Bournemouth, donde pensaban disfrutar de unos días de asueto.

LA CURIOSIDAD NACIONAL

El interés que despertó en todo el Reino Unido el singularísimo caso de Witt contra Parfitts había alcanzado ya, al parecer, el nivel más alto de intensidad. Y había razones más que suficientes para que hubiera esa apasionada curiosidad nacional. Whitney Witt, el demandante, había venido a Inglaterra desde Estados Unidos con sus excentricidades, su séquito, su gran fortuna y su vista enferma, para pleitear contra Parfitts. ¡Una figura patética, aquel hombre encanecido, gran experto en pintura en sus buenos tiempos, y que por mera costumbre continuaba comprando cuadros carísimos cuando ya ni siquiera podía verlos! Whitney Witt se mostraba implacable contra Parfitts porque estaba convencido de que el señor Oxford se había aprovechado de su ceguera. Y allí estaba, conduciendo personalmente su pleito a pesar de su ceguera. Solo su alojamiento y el gasto diario de su vida principesca en el Grand Babylon alcanzaba sumas fabulosas, de las cuales podía tenerse conocimiento detallado por los artículos publicados en los periódicos, con sus ilustraciones correspondientes.

Por otra parte, el señor Oxford, el joven judío que había adquirido Parfitts, y que era en realidad Parfitts, aparecía también como una figura muy pintoresca ante la ciudad de Londres. Él estaba también gastando dinero a manos llenas, pues la reputación de Parfitts estaba en entredicho.

Y en último término había otro hombre, el más angustiado, el individuo que permanecía misteriosamente en la penumbra, el hombre inexplicable que

vivía en Werter Road y cuya identidad se decidiría en los tribunales durante el pleito de Witt contra Parfitts.

Si Witt ganaba el juicio, la casa Parfitts podría desaparecer del negocio. El señor Oxford probablemente iría a presidio por haber vendido obras falsificadas, y el nombre de Henry Leek, un criado, se añadiría a la lista de los pícaros sinvergüenzas que han pretendido pasar por sus amos. Pero si Witt perdía… entonces, ¡qué embrollo! ¡Y qué enigmas y misterios habría que descifrar! Si Witt perdía el juicio, el funeral de Priam Farll, con honores nacionales, habría sido una farsa fraudulenta. ¡Un vulgar lacayo yacería bajo las sagradas piedras de la abadía de Westminster, y Europa entera habría estado de luto en vano! Si Witt perdía, resultaría que se había llevado a cabo una estafa gigantesca y sin precedentes contra la Nación. Entonces se plantearía la cuestión: «¿Por qué?».

Así pues, no era sorprendente que el interés popular, avivado por una prensa infatigable y curiosa hasta el exceso, hubiera alcanzado cotas tan increíbles que difícilmente podrían superarse. Sin embargo, la huida de Werter Road aquella mañana de junio consiguió intensificar aún más la expectación pública.

Por supuesto, el detalle de las cortinas saltó a la vista inmediatamente, y los sabuesos de los periódicos dominicales se diseminaron enseguida por los andenes de todas las estaciones ferroviarias de Londres. La huida de Priam perjudicaba la causa del señor Oxford, especialmente cuando las investigaciones de los lebreles periodísticos fracasaron y Priam persistió en su ocultación. Si un hombre es honrado y sincero, ¿por qué ha de huir de la palestra pública aprovechando la oscuridad de la noche? La situación era de tal calibre que no faltaba más que un paso para que todo el mundo llegara a la conclusión de que la línea de defensa del señor Oxford era en realidad una pura fantasía y que no merecía ningún crédito. Ciertamente, los periódicos de gran circulación, aunque repetían que no podían decir nada porque la cuestión estaba todavía sub judice, habían tratado varias veces el caso en sus imparciales columnas, y lo diseccionaban una y otra vez, elevando al público a categoría de jurado. Y en menos de tres días, a la vista del público, Priam no era más que un criminal que huye de la justicia. No es necesario recordar que Priam era, sencillamente, un testigo llamado por exhorto a declarar ante los tribunales en vista pública. Priam había infringido la ley no escrita de la Constitución inglesa por la cual toda persona que juega un papel importante en una cause célèbre no es dueña de sí misma mientras dura la causa, sino que pertenece al país. Esa persona no tiene derecho a su vida privada. Y si por medios subrepticios consigue evadirse de la curiosidad pública, está cercenando al público y a la prensa, que es del público, un derecho inalienable.

¿Quién podría negar, en esas circunstancias, la reiterada afirmación de que

Priam era bígamo?

Llegó a decirse que seguramente estaba de camino a América del Sur. El público leyó con avidez artículos escritos por abogados especializados acerca de los tratados de extradición con el Brasil, Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay.

Los vicarios Matthew y Henry Leek predicaron —ante una numerosa feligresía en Putney y en Bermondsey— y sus sermones fueron reproducidos in extenso en el Christian Voice Sermon Supplement y en otros órganos mensajeros de la fe.

Y poco a poco la nariz de Inglaterra fue acercándose cada vez más al periódico matutino. Y el café del desayuno se enfriaba y la grasa del beicon se quedaba helada, desde la isla de Wight hasta Hexham, mientras el lector engullía todos los rumores referentes al caso. Así pues, la vista del pleito de Witt contra Parfitts prometía ser un espectáculo estupendo. Prometía ser uno de esos casos que hacen que vivir valga la pena, y que por sí solos compensan el espantoso clima de Inglaterra.

Llegó por fin el día de la vista, y los periódicos de la tarde, que se imprimen a las nueve de la mañana, anunciaron que Henry Leek (o Priam Farll, como más guste) y su esposa (o compañera y víctima voluntaria) habían vuelto a Werter Road. Inglaterra contuvo la respiración, Escocia quedó en suspenso e Irlanda se conmovió en su ensueño céltico.

SE HACE MENCIÓN DE LOS DOS LUNARES

El escenario donde iba a representarse el drama de Witt contra Parfitts carecía de las características habituales de los teatros modernos. Era muy alto para la longitud y la anchura que tenía; estaba muy mal iluminado y era frío en invierno y asfixiante en verano, porque carecía de cualquier sistema de ventilación. Si hubiera estado bajo la supervisión de la Junta del Ayuntamiento, habría sido multado inmediatamente por su peligrosidad en caso de incendio, dado que las salidas de emergencia siempre estaban llenas de estorbos y los mecanismos de las puertas eran de una complejidad medieval. El escenario no tenía entarimado, ni candilejas, y todos los asientos de la platea eran de madera pura y dura, salvo uno.

Dicho asiento estaba ocupado por el actor principal, que llevaba una peluca muy cómica y una brillante y costosa vestimenta de color escarlata. Era un juez bastante fiable, pero se había equivocado de vocación: su raro talento para hacer chistes de tercera categoría le habría proporcionado fama y fortuna en el mundo del cabaret cómico. Su salario ascendía a cien libras semanales. Hay cómicos de categoría que no ganan eso. En la ocasión presente (vista pública del pleito de Witt contra Parfitts), este personaje entró en la sala

acompañado de una doble hilera de sombreros de última moda, y bajo los sombreros había otros tantos rostros femeninos de parientes y conocidos. Los sombreros hacían la función de decoración del teatro. El primer actor trataba de conducirse como si estuviera asumiendo toda la gloria del espectáculo, pero fracasaba lamentablemente en su empeño.

Además había además otros cuatro actores principales: el señor Pennington, abogado del Consejo Real, el señor Vodrey, abogado del Consejo Real, contratados por el demandante; y el señor Cass, abogado del Consejo Real, y el señor Crepitude, abogado del Consejo Real, contratados por el demandado. Estos artistas eran las estrellas de su profesión, menos brillantes en el escalafón de la Justicia que el actor de toga escarlata, pero en realidad, más relucientes. Sus pelucas eran de calidad inferior a la de este último, y sus ropajes menos ricos; pero no les importaba, porque mientras el actor de toga escarlata recibía cien libras semanales, cada uno de los otros salía a cien libras diarias. Tres actores más jóvenes percibían diez guineas por día y por barba; uno de ellos representaba jurídicamente al deán y al Capítulo de la abadía de Westminster, que, como miembros de una confraternidad cristiana, estaban dolidos y horrorizados ante la implícita acusación de que habían dado sepultura a un criado —eso era lo que se deducía de las sugerencias del demandado—, y estaban dispuestos a impedir la exhumación a toda costa. Los comparsas en el drama, cuyo papel consiste en cuchichear entre sí y con los actores, eran en este caso los procuradores, los pasantes de los procuradores y los peritos. Sus emolumentos, todos juntos, sumaban ciento cincuenta libras diarias. Doce hombres intachables ocupaban el estrado del jurado y entre todos recibían lo que un abogado del Consejo Real ganaba cada cinco minutos. El total de los gastos de representación ascendía a una suma que oscilaba entre las seiscientas y las setecientas libras diarias. Los gastos preliminares sumaron varios miles. El negocio podría haber sido rentable si hubieran alquilado el teatro del Covent Garden y hubieran vendido las localidades como si fueran a oír a Tettrazzini y a Caruso, pero en aquel absurdo local que habían elegido, aun abarrotado como estaba hasta las peligrosas puertas, las pérdidas necesariamente resultaban aterradoras. Afortunadamente, el espectáculo estaba subvencionado; y no solo por el Estado, sino también por aquellos dos millonarios capitalistas: Whitney C. Witt y el señor Oxford; por tanto, la empresa y la dirección de escena estaban en disposición de no preocuparse por enojosas cuestiones financieras y podían cultivar el arte por el arte.

Comenzada la representación, el señor Pennington, abogado del Consejo Real, dio pruebas inmediatamente de poseer asombrosas facultades histriónicas. Comenzó tranquilamente, en un tono coloquial, tratando a los miembros del jurado como amigos de la infancia, y al juez como a un tío carnal especialmente ingenioso, y dijo en lenguaje liso y llano que Whitney C. Witt reclamaba al demandado la suma de setenta y dos mil libras, una suma

que él había abonado por ciertos cuadros sin valor que le había endilgado como obras maestras al venerable y miope demandante. Refirió la vida y muerte del gran pintor Priam Farll, su solemne funeral y las lágrimas que por su muerte vertió el mundo entero. Insistió en el genio de Priam Farll, y después intentó demostrar la ingenuidad y buena voluntad del demandante, y preguntó quién podría censurar a dicho demandante por haber depositado su confianza en una empresa del renombre de Parfitts. Luego explicó cómo, tras haber encontrado por casualidad un sello con la fecha de producción de un lienzo, se había descubierto que los cuadros que se garantizaban como obra de Priam Farll en realidad habían sido pintados después de la muerte del artista.

El abogado continuó sin variar su tono de voz.

—La explicación que se da es muy sencilla: Priam Farll no había muerto en realidad. El muerto era su criado. Todo muy natural, todo muy comprensible: resulta que el gran genio Priam Farll quería pasar el resto de su vida como un humilde criado. Engañó a todo el mundo: al médico, a su primo el señor Duncan, a las autoridades, al deán y al Capítulo de la abadía de Westminster, a todo el país… En fin, ¡al mundo entero! Asumiendo la personalidad de Henry Leek, se casó, y como tal Henry Leek, regresó al arte de la pintura en Putney. Practicó su vocación durante algunos años sin suscitar las sospechas de nadie, y ahora, por una singular coincidencia, en cuanto mi cliente amenazó con una acción judicial contra el demandado, ese hombre se presenta y asegura que su verdadero nombre es Priam Farll. En fin, una sencilla explicación… —dijo el señor Pennington, abogado del Consejo Real, y añadió—: Y esa es la sencilla explicación que el jurado escuchará a continuación, en labios del demandado. Naturalmente, ustedes, miembros del jurado y caballeros con experiencia, podrán evaluar dicha explicación. Sin duda sabrán que cosas así ocurren constantemente en la vida real, suceden todos los días, y son muy normales… Estoy casi avergonzado de presentarme ante ustedes para tratar de rebatir un relato tan plausible y tan convincente… Y tan verosímil que casi no debería tener esperanza de conseguir el triunfo de mi representado. Sin embargo, haré lo que pueda.

Y así continuó durante un buen rato.

Fue una de las grandes proezas oratorias en tono irónico que se hayan podido dirigir a un jurado. El auditorio pensó que el caso había quedado ya prácticamente decidido.

Después de que Whitney C. Witt y su secretario hicieran sus preceptivas declaraciones y saturaran la sala con los ecos de su acento neoyorquino (la furia reprimida del viejo Witt causó mucha impresión y resultó tremendamente efectiva), se invitó al estrado a la señora de Henry Leek. Le prestaron ayuda sus dos hijos vicarios, los cuales, sin embargo, no pudieron impedir que la

pobre mujer se echase a llorar al oír la severa voz del ujier que la llamó a declarar. La señora de Henry Leek relató todo lo referente a su matrimonio.

—¿Es ese su marido? —preguntó Vodrey, abogado del Consejo Real, apuntando a Priam Farll con un gesto teatral y dramático muy bien estudiado. (Vodrey, abogado del Consejo Real, había asumido de repente el rôle principal, porque Pennington, abogado del Consejo Real, se encontraba en ese momento representando otra obra en otro teatro).

—Sí —dijo entre sollozos la señora de Henry Leek.

La infeliz criatura creía de buena fe lo que decía, y los vicarios, aunque guardaron silencio, causaron una profunda impresión en el jurado. En el interrogatorio inmediato, cuando el letrado de la defensa, Crepitude, abogado del Consejo Real, la obligó a admitir que en su primer encuentro con Priam, en la casa de Werter Road, no había estado muy segura de la identidad del sujeto, ella replicó:

—Pero luego ya me fui convenciendo. ¿Cómo una mujer no iba a reconocer al padre de sus hijos?

—Debería —murmuró el juez; y hubo diferencias de opinión en el auditorio acerca de si la observación era una broma o no.

La señora de Henry Leek era conmovedora, pero no resultaba entretenida. El señor Duncan Farll fue quien, sin pretenderlo, proporcionó el primer motivo de regocijo.

Duncan descartó, bah-bah-bah, la posibilidad de que Priam fuese Priam. Detalló todas las circunstancias que rodearon el fallecimiento acaecido en la casa de Selwood Terrace, y demostró de cincuenta maneras diferentes que Priam no podría haber sido Priam. El hombre que a la sazón se presentaba como Priam ni siquiera era un caballero, mientras que Priam era… ¡primo suyo! Duncan fue un testigo excelente: cortante, preciso, imperturbable. En el interrogatorio al que le sometió Crepitude, tuvo que describir su encuentro con Priam cuando eran muchachos. El señor Crepitude no fue muy curioso.

—Cuéntenos qué ocurrió —dijo Crepitude.

—Pues que nos peleamos.

—¡Oh! ¡Se pelearon…! ¿Y por qué se pelearon, chicos malos? (Grandes risas).

—Por una tarta de ciruelas, creo.

—¡Oh! ¿Está usted seguro de que era de ciruelas, y no de pasas? (Grandes risas).

—Creo que era de ciruelas.

—¿Y cuál fue el resultado de tan sanguinario combate? (Grandes risas).

—Mi primo me rompió un diente. (Grandes risas, y el tribunal se une a las carcajadas).

—Y usted, ¿qué le hizo a él?

—Me parece que no mucho. Recuerdo que le arranqué a pedazos casi la mitad de la ropa. (Ruidosas carcajadas de todos los presentes, salvo de Priam y Duncan Farll).

—¡Oh! ¿Está usted seguro? ¿Está seguro de que no fue él quien le desgarró a usted la ropa? (Carcajadas casi histéricas).

—Sí —dijo Duncan, recordando gélidamente el pasado. Tenía la mirada perdida cuando añadió—: Y ahora recuerdo que mi primo tenía dos pequeños lunares en el cuello, debajo del cuello de la camisa. Me parece que estoy viéndolos. Ahora mismo he caído en ello.

Desde luego, cuando se mencionan lunares y verrugas en el teatro, siempre causan muchísima risa. Con la mención de dos, la sala estuvo a punto de venirse abajo.

El señor Crepitude se inclinó hacia el procurador que estaba cerca de él, el procurador se inclinó hacia un pasante que tenía a mano, y este murmuró algo al oído de Priam Farll, que hizo un ligero movimiento de cabeza.

—De modo que… —dijo el señor Crepitude comenzando una frase, pero entonces se detuvo y le dijo a Duncan Farll—: Muchas gracias. Puede usted volver a su sitio.

A continuación, un testigo llamado Justini, cajero del Hôtel de Paris, en Montecarlo, juró que Priam Farll, el renombrado pintor, estuvo durante cuatro días en el Hôtel de Paris hacía siete años, un mes de mayo muy caluroso, y que la persona que estaba allí sentada, y que decía ser Priam Farll, no era la que había estado en el hotel. El interrogatorio subsiguiente no consiguió modificar ni en un ápice las afirmaciones del señor Justini. Después subió al estrado el gerente del Hôtel Belvedere, de Mont Pélerin, cerca de Vevey (Suiza), que hizo un relato semejante y lo sostuvo después en el interrogatorio.

Y después de eso, se subieron al estrado los mismísimos cuadros, y enseguida aparecieron los expertos para dar cuenta de su examen pericial. Pero apenas habían comenzado su declaración cuando el reloj dio la hora, y la función se suspendió por aquel día. Los actores principales se despojaron de sus togas y pelucas y se precipitaron sobre los periódicos de la tarde para confirmar que los reporteros, en sus descripciones, habían estado tan encomiásticos como de costumbre. A la mañana siguiente, el juez, que estaba suscrito a una agencia de prensa, tuvo la gran satisfacción de comprobar que

los diecinueve principales diarios de Londres habían registrado fielmente todos sus chistes. Tanto el Strand como Piccadilly estaban al tanto del pleito de Witt contra Parfitts: por todas partes se veían carteles y se oía a los vendedores de periódicos vespertinos pregonando a voz en grito las noticias del caso. Los cables del telégrafo vibraban con los detalles de la vista judicial, y en las grandes ciudades industriales de provincias se cruzaron apuestas por sumas astronómicas. En una palabra: Inglaterra estaba satisfecha, y los principales actores tenían motivo para estarlo también. La gente más astuta murmuraba en los clubes y en los bares acerca de aquellos lunares y del asentimiento de Priam como respuesta a los cuchicheos del pasante del procurador. Tales detalles no escapan al moderno escritor impresionista que cobra mil libras al año. Para los más suspicaces, aquellos dos lunares prometían grandes emociones.

LA NEGATIVA DE PRIAM

«Leek comienza su declaración».

Estas palabras corrieron por los hilos telegráficos y aparecieron en los carteles de la prensa pocos minutos después de que Priam prestara juramento. Produjeron en todo el país un escalofrío de expectación. Tres días habían transcurrido desde el comienzo de la vista (como los contratados a razón de cien libras diarias para la representación de la obra no habían hecho restallar sus látigos contra los peritos contratados a razón de diez o veinte libras cada día, el paso de la ceremonia se había ralentizado notablemente), e Inglaterra necesitaba ya alguna emoción fuerte.

Nadie, excepto Alice, sabía lo que podía esperarse de Priam. Alice lo sabía. Solo ella sabía que Priam se encontraba en un estado emocional tan extraordinariamente peculiar que las consecuencias podían ser también extraordinariamente peculiares; ¡y sabía que nada podría impedir que Priam se comportara como le apeteciera! La propia Alice había hecho un pequeño esfuerzo para intentar que entrara en razón; pero el esfuerzo había sido en vano. Y no se atrevió a volver a intentarlo. Pennington, abogado del Consejo Real, por cierto, insistió en que Alice no estuviera presente durante la declaración de Priam.

La actitud de Priam respecto al caso en su conjunto era de amargo resentimiento, un resentimiento que a veces era violento y otras, gélido. Le repugnaba hasta extremos inconcebibles todo el asunto. Odiaba a Witt con la misma intensidad que a Oxford. Lo único que le había pedido al mundo era paz y tranquilidad, y el mundo ni siquiera le concedía aquellos bienes tan baratos. Él no había pedido que lo enterraran en la abadía de Westminster: aquel funeral se lo habían hecho sin consultarle. Y si él había preferido llamarse con otro nombre, ¿por qué no iba a poder hacerlo? Si había decidido

casarse con una mujer sencilla, vivir en un barrio de Londres y pintar cuadros de a diez libras cada uno, ¿por qué no iba a poder hacerlo? ¿Por qué tenían que sacarlo de su casa, donde estaba tan tranquilo, solo porque dos personas que no le interesaban en absoluto tenían una discusión a cuenta de sus cuadros? ¿Por qué se permitía que la extravagante curiosidad de un tropel de periodistas hiciera intolerable su vida en Putney? Y, en fin, ¿por qué se le obligaba, mediante una hoja de papel azul administrativo, a sufrir aquel terrible suplicio y a pasar por el aro de la notoriedad pública en el estrado de los testigos? Era una tortura injusta, el colmo de todos los tormentos, el inimaginable horror que había perturbado su sueño en tantas ocasiones.

En el estrado, desde luego, Priam daba toda la impresión de ser un criminal, con sus movimientos nerviosos, con su mirada esquiva, clavada en el suelo, y con aquella voz ronca que apenas lograba hacer salir de la garganta. El nerviosismo mezclado con ira constituye un excelente material con el que un experto en el arte de los interrogatorios puede lucirse, y Pennington, abogado del Consejo Real, estaba deseando lucirse. Crepitude, abogado del Consejo Real, abogado de Oxford, no estaba tan contento. Priam era el único testigo de Crepitude, es decir, el único testigo con que contaba la defensa, y, sin embargo, era un testigo deplorable, un testigo que se había resistido con terca tenacidad a abrir la boca hasta que no se encontrara en el estrado. Desde luego, había asentido cuando el pasante del procurador le había susurrado una pregunta, pero no había confirmado aquel gesto de ningún modo, ni había dicho ni una palabra durante los tres días de la vista. Simplemente había estado allí sentado, consumiéndose en silencio.

—¿Se llama usted Priam Farll? —le preguntó Crepitude.

—Sí —respondió Priam con gesto sombrío, y con todo el aspecto de estar mintiendo. De vez en cuando miraba con recelo al juez, como si el magistrado fuera una bomba con la mecha encendida.

El interrogatorio comenzó mal y fue de mal en peor. La idea de que aquella acobardada y triste figura pudiese ser el ilustre, el mundialmente reconocido pintor Priam Farll, parecía absurda. Crepitude tuvo que esforzarse al máximo para mantener su dominio sobre sí mismo y no insultar a su testigo y mandarlo a paseo.

—Esto es todo —dijo Crepitude después de que Priam expusiera sus ridículas y titubeantes explicaciones sobre el extraño discurrir de su vida tras la muerte de Leek. Nada de lo que dijo resultó convincente. Dijo simplemente que la mujer de Leek se había equivocado al identificarlo con su marido; dedujo de ello que era una histérica. Con aquella observación consiguió que todo el auditorio le cogiera manía. Su afirmación de que no había tenido una razón concreta y determinada para desear hacerse pasar por Leek, sino que

obedeció a un impulso repentino, se recibió como una burla ofensiva. Y cuando se le interrogó acerca de las declaraciones de los empleados de los hoteles donde había estado, sus explicaciones se redujeron a afirmar que más de una vez su criado Leek se había hecho pasar por él. Estas explicaciones también resultaron inapropiadas y grotescas.

La gente se preguntó por qué Crepitude no había hecho referencia a los dos lunares. Lo cierto era que Crepitude prefería pasar por alto aquella cuestión. Si se le mencionaban a Priam los dos lunares, se podía echar a perder absolutamente todo.

Sin embargo, Pennington, abogado del Consejo Real, sí aludió a los dos lunares. Pero no lo hizo hasta después de haber probado de un modo definitivo ante el juez, en un interrogatorio de dos horas de duración, que Priam no sabía nada de su propia infancia y juventud, ni sabía nada de pintura ni del mundo de los pintores. En fin, dejó hecho una piltrafa a Priam. Y la voz de Priam empezó a ser cada vez más débil, y sus gestos y su aspecto cada vez más delatores.

Pennington, abogado del Consejo Real, pretendía concluir con un par de giros efectistas y brillantes.

—Así que dice usted que fue con el demandado a su club, y que él le contó que se encontraba en una situación difícil.

—Sí.

—¿Le hizo algún ofrecimiento de dinero?

—Sí.

—¡Ah! ¿Y cuánto le ofreció?

—Treinta y seis mil libras. (Conmoción en la sala).

—¡Vaya…! ¿Y por qué le ofrecía esas treinta y seis mil libras?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Vamos…

—Que no lo sé.

—¿Y aceptó usted el ofrecimiento?

—No, lo rechacé. (Conmoción en la sala).

—¿Por qué lo rechazó?

—Porque no me interesaba aceptarlo.

—Entonces, ¿no hubo intercambio de dinero entre ustedes aquel día?

—Sí. Quinientas libras.

—¿Y por qué?

—Por un cuadro.

—¿Un cuadro de los que usted vendía por diez libras?

—Sí.

—Así que el mismo día precisamente en que el demandado quería que usted jurase que era Priam Farll… ¿el precio de sus cuadros subió de diez a quinientas libras?

—Sí.

—¿Y no le pareció que era una cosa un poco rara?

—Sí.

—Sin embargo, ¿sigue usted afirmando… (y recuerde, Leek, que está usted bajo juramento), sigue usted afirmando que rechazó treinta y seis mil libras para aceptar quinientas?

—Yo vendí el cuadro por quinientas libras.

(En los carteles anunciadores del Strand aparecía en aquel momento: «Un tremendo interrogatorio a Leek»).

—Ahora vamos a hablar de su pelea con el señor Duncan Farll. Naturalmente, si usted es en realidad Priam Farll, recordará todo lo referente a aquella pelea…

—Sí.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—No sé. Unos nueve años.

—¡Oh…! Tenía usted unos nueve años. Una edad muy propia para tortas y pasteles. (Grandes risas). Bueno, el señor Duncan Farll dice que usted le rompió un diente.

—Sí.

—Y que él le rompió a usted la ropa.

—Creo que sí.

—Él dice que recuerda la pelea porque usted tenía dos lunares…

—Sí. (Tremenda conmoción en la sala).

Pennington guardó silencio.

—¿Dónde los tiene?

—En el cuello, justo debajo del cuello de la camisa.

—Sea tan amable de señalar el lugar.

Priam señaló el lugar. La emoción era tremenda.

Pennington volvió a guardar silencio. Pero luego, convencido de que Priam era un impostor, continuó en tono sarcástico:

—Tal vez… Si no es pedir demasiado, ¿querría usted apartar el cuello de la camisa y mostrarle a la sala los dos lunares?

—No —dijo Priam con firmeza. Y por primera vez en todo el interrogatorio miró a Pennington cara a cara.

—¿Preferiría hacerlo usted, tal vez, en la oficina de su señoría, si a su señoría le parece bien?

—No lo haré en ninguna parte.

—Pero entonces… —comenzó a decir el juez.

—No lo haré en ninguna parte, señor juez —repitió Priam levantando la voz. Todo su resentimiento adquirió nuevos bríos; sobre todo, su resentimiento contra los expertos que habían declarado que sus pinturas estaban hechas con habilidad, pero que eran meras imitaciones de sí mismo. Si sus cuadros se habían pintado después de su supuesta muerte, tal y como habían dicho los expertos, no se podría probar su identidad; y si ofensivos animales de presa con peluca hacían mofa de su palabra…, dos lunares no iban a probar su identidad. Así que decidió negarse en redondo.

—Caballeros —dijo Pennington, abogado del Consejo Real, con aire triunfal, dirigiéndose al jurado—, el testigo tiene dos lunares en el cuello, exactamente en el sitio indicado por el señor Duncan Farll, pero… ¡no quiere mostrarlos!

Once cerebros al servicio de la ley se plantearon noblemente el problema de si la Ley y la Justicia en Inglaterra pueden obligar a un hombre libre a quitarse el cuello de la camisa, si él se niega a quitárselo. Entretanto, la vista tenía que continuar. Había que ganar las seiscientas o setecientas libras del día, y aún tenían que declarar otros testigos. La siguiente era Alice.

CAPÍTULO XII

ALICE ENTRA EN ESCENA – EL PÚBLICO SUSPICAZ – APARECEN NUEVAS PRUEBAS – REFLEXIONES SOBRE LA JUSTICIA – EL

DESEO DE VIVIR – A BORDO

ALICE ENTRA EN ESCENA

Llamaron a Alice para que acudiera a declarar y cuando, allí encaramada, en el estrado, la vieron sonreír compasivamente al renqueante ujier y besar la Biblia como si fuera un sobrino mofletudo, se produjo un cambio en el ambiente emocional de la sala, y la concurrencia experimentó también un deseo natural de sonreír. Alice llevaba su mejor vestido, pero no podía decirse que tuviera el aspecto de ser la esposa de un pintor archirreconocido. Al contestar a cierta pregunta, manifestó que antes de casarse con Priam era viuda de un pequeño contratista de obras, bien conocido en Putney y también en Wandsworth. Era obvio que aquello era verdad. Alice no podía ser otra que la viuda de un pequeño contratista bien conocido en Putney y también en Wandsworth. De arriba abajo, eso era lo que parecía.

—¿Cómo conoció usted a su actual marido, señora Leek? —preguntó el señor Crepitude.

—Señora Farll, si no le importa —dijo Alice, corrigiéndole con una sonrisa.

—Bien, señora Farll, entonces.

—Debo decir —observó Alice en tono familiar— que me parece muy raro que me llame usted señora Leek, cuando precisamente le pagan para probar que soy la señora Farll; ¿no le parece, señor…? ¡Oh!, perdóneme usted: he olvidado su nombre…

Aquello enfureció a Crepitude, abogado del Consejo Real. Le enfureció también ver a una testigo declarando ante el tribunal con el mismo desparpajo que si estuviera en su cocina hablando con el carbonero o con el lechero. No estaba acostumbrado a semejante espectáculo. Además, aunque Alice era testigo de la defensa, Crepitude estaba mohíno con ella desde el momento en que se irritó con su marido. Estaba encendido. Los abogados más jóvenes, situados tras él, pudieron ver cómo la sangre ascendía como la marea por detrás de su cuello, destacándose por encima de la camisa, más blanca que la nieve.

—Bien, bien… Si tuviera usted la bondad de contestar… —dijo el letrado.

—La primera vez que vi a mi marido fue delante del St. George’s Hall, donde nos habíamos citado —contestó Alice.

—Pero antes de eso, ¿cómo lo conoció usted?

—Por medio de una agencia matrimonial.

—¡Oh! —exclamó Crepitude, y decidió no seguir por aquel camino.

Lo cierto era que Alice le había puesto de muy mal humor al intentar cooperar del mejor modo posible. Además, Alice estaba en una situación muy difícil, porque Priam le había prohibido absolutamente mantener ningún tipo de conversación con los abogados, los procuradores o los pasantes, así que Crepitude ignoraba las trampas en las que podía caer involuntariamente al interrogarla. Lo único que consiguió de ella fue la declaración firme de que su marido era el auténtico Priam Farll, pero no pudo conseguir que aportara pruebas que lo demostraran… En realidad, Alice no parecía entender que tales pruebas fueran necesarias.

—¿Tiene su marido alguna mancha…? —preguntó de repente Crepitude.

—¿Qué…? —preguntó Alice inclinándose hacia adelante.

—¡Protesto! Entienda su señoría que mi docto colega está haciendo una pregunta capciosa —dijo Vodrey, abogado del Consejo Real, dirigiéndose al juez.

—Señor Crepitude —dijo el juez—, ¿puede usted formular sus preguntas de otro modo?

—¿Tiene su marido algún lunar o marca de nacimiento en… en su cuerpo? —insistió Crepitude.

—¡Ah! ¿Lunares, dice usted? ¡No sea tan tímido, hombre…! Sí; tiene dos lunares casi juntos en el cuello… Aquí. —Y Alice señaló el punto exacto en medio del silencio de toda la sala. Al notar este silencio, añadió—: Eso es todo lo que sé.

Crepitude decidió terminar su interrogatorio con aquel espectacular giro, que realmente causó impresión en la sala, y se sentó. Quedaron frente a frente Alice y Vodrey, abogado del Consejo Real.

—¿De modo que conoció usted a su marido por medio de una agencia matrimonial? —preguntó el abogado.

—Sí.

—¿Quién fue el primero que recurrió a la agencia?

—Yo.

—¿Y con qué objeto?

—Quería encontrar marido, naturalmente. ¿Para qué va la gente a las agencias matrimoniales, si no?

—¡Usted no está aquí para hacerme preguntas! —dijo Vodrey con severidad.

—Bueno —protestó Alice—, yo suponía que usted sabría para qué sirve una agencia matrimonial. En fin, vivir para ver… —Y suspiró, pero con un gesto risueño.

—¿Cree usted que una agencia matrimonial es el camino más adecuado para…?

—Depende de lo que usted entienda por «adecuado» —observó Alice.

—Para una mujer, para una señora…

—Sí —repuso Alice inmediatamente—. Lo creo. Si va usted a plantarse ahí delante y a decirme que yo no me comporto como una señora, todo lo que tengo que decir es que usted no se está comportando como un caballero.

—¿Ha dicho usted que la primera vez que vio a su marido fue delante del St. George's Hall?

—Sí.

—¿No lo había visto usted nunca?

—No.

—¿Cómo pudo saber que era él?

—Por su retrato.

—¡Oh! ¿Le envió a usted su retrato?

—Sí.

—¿Con alguna carta?

—Sí.

—¿Qué nombre llevaba la firma?

—Henry Leek.

—¿Eso fue antes o después de la muerte del individuo que está enterrado en la abadía de Westminster?

—Uno o dos días antes. (Conmoción en la sala).

—De modo que su actual marido se llamaba Henry Leek antes de la muerte acaecida en Selwood Terrace.

—No, no era él. La carta la escribió el hombre que murió. Mi marido encontró después la contestación que yo le había escrito, con mi retrato, en el traje del muerto; y dio la casualidad de que pasó por St. George's Hall justo en el momento en que…

—Está bien, está bien… ¿Dio la casualidad de que pasaba por St. George's

Hall en el momento en que…? (Risillas amortiguadas en la sala).

—Lo vi y fui a hablar con él. Verá, yo pensaba que él era la persona que había escrito la carta.

—¿Qué le hizo pensar eso?

—El retrato que me había enviado.

—Entonces, el hombre que escribió la carta y que murió… no le envió su propia fotografía: le envió a usted otra…, ¿la de su actual marido?

—Sí, ¿no lo sabía usted? Pensaba que ya sabía usted eso.

—¿Y espera usted que el jurado se crea ese cuento?

Alice se volvió hacia el jurado, sonriendo.

—No —dijo—. No creo que lo crea. Yo misma no lo he creído durante mucho tiempo. Pero es verdad.

—Entonces, al principio usted no creyó que su marido fuera el auténtico Priam Farll…

—No. Verá, él no me lo decía así exactamente. Solo me lo daba a entender…

—Pero usted no se lo creía.

—No.

—¿Pensaba usted que estaba mintiendo?

—No, solo pensaba que se le había metido esa idea en la cabeza. Ya sabe usted que mi marido no es como los demás hombres.

—Ya, supongo que no —dijo Vodrey—. Bueno, ¿y cuándo llegó usted al convencimiento absoluto de que su marido era el verdadero Priam Farll?

—Fue la noche de aquel día que el señor Oxford fue a verlo a casa. Aquella noche me lo contó todo.

—Oh… ¿El día que el señor Oxford le pagó quinientas libras por un cuadro?

—Sí.

—De modo que cuando el señor Oxford le entregó quinientas libras por un cuadro, usted inmediatamente estuvo dispuesta a creer que su marido era el auténtico Priam Farll. ¿No le parece a usted esto extraordinariamente curioso?

—Pues eso fue exactamente lo que ocurrió —dijo Alice con toda tranquilidad.

—Vamos ahora a lo de los lunares… Antes señaló usted el lado derecho del cuello. ¿Está usted segura de que no están en el lado izquierdo?

—Déjeme pensar… —dijo Alice, frunciendo el entrecejo—. Cuando se afeita por las mañanas (ahora se levanta más temprano que antes), yo le veo la cara en el espejo, y en el espejo los lunares están en la parte izquierda. Así que en él tienen que estar en el lado derecho. Sí, en el lado derecho. Eso es.

—¿Y nunca le ha visto usted los lunares más que en el espejo, señora mía? —preguntó el juez.

Por alguna razón, Alice se sonrojó.

—Supongo que creerá usted que eso es gracioso —dijo en tono cortante Alice, bajando ligeramente la cabeza.

La concurrencia esperaba que entonces temblaran los cimientos; pero el edificio resistió la tensión gracias a la providencial sordera del juez. Si no se hubiera visto atacado por una repentina sordera, puede que la situación se le hubiera escapado de las manos.

—¿Tiene usted idea de por qué su marido se niega a mostrar su cuello y someterse a la inspección del Tribunal? —preguntó Vodrey.

—No sabía que se hubiera negado.

—Pues sí.

—Bueno —dijo Alice—, si no me hubieran obligado a permanecer fuera de la sala cuando estaban interrogándole, tal vez podría decirles ahora por qué mi marido ha obrado así. Pero ahora no puedo decirlo. Ustedes tienen la culpa.

Y así terminó el papel de Alice en la representación.

EL PÚBLICO SUSPICAZ

Se levantó la sesión, y otras seiscientas o setecientas libras fueron a parar a los bolsillos de los celebrados artistas contratados. Resultaba obvio, por el tono de los carteles y el contenido de los periódicos vespertinos, y por las conversaciones de la gente en el metro que para el público el pleito había quedado reducido al asunto de los dos lunares. No había ninguna otra cosa que le interesara más al público soberano y suspicaz. Si Priam tenía dos lunares en el cuello, entonces era el verdadero Priam. Y si no los tenía, entonces no era más que un vulgar timador. El público se había hecho cargo del caso. El implacable sentido común del público estaba siendo aplicado a rajatabla al caso. En términos generales podía decirse que el implacable sentido común del público estaba contra Priam. Para la mayoría, toda la historia no era más que un cuento absurdo y descabellado. Era evidente, incluso para las mentes más cortas, que si Priam hubiera tenido aquellos lunares… ¡los habría mostrado!

Había una minoría que hablaba de psicología y de temperamento artístico: a estos se les consideraba ingleses menores, primos lejanos de los británicos, y descendientes directos de los colonos de ultramar.

De todos modos, la cuestión tenía que probarse, en un sentido o en otro.

¿Por qué el juez no mandaba encarcelar a Priam, por desacato? Deberían enviarlo a Holloway, y allí deberían obligarlo a desnudarse, y entonces… ¡Ya estaría resuelto el asunto!

¿O por qué Oxford no buscaba a algún matón que lo provocara, y que se peleara con él en la calle, con la idea de arrancarle el traje y la camisa?

¡Qué bonito, la Justicia inglesa…! ¡Incapaz de obligar a un hombre a enseñarle el cuello a un jurado! La verdad era que la justicia inglesa resultaba bastante cómica. Todo el mundo se mofaba de esa institución patria de tal modo que, si lo hubiera hecho un extranjero, toda Europa se habría sumido en una guerra espantosa y finalmente se habría comprobado si la Blue-Water Theory era acertada. Indudablemente, las inmemoriales tradiciones de la justicia inglesa estaban atravesando una crisis gravísima, simplemente porque Priam no quería desabrocharse el cuello de la camisa.

Y no quería.

A la mañana siguiente hubo distintas reuniones en los salones de la Audiencia y se leyó y releyó el Código Civil con el fin de encontrar un medio legal de inspeccionar los lunares de Priam; pero no se llegó a un acuerdo. Priam llegó sano y salvo a la sala de la vista, como de costumbre, con su cuello de la camisa almidonado, y fue fotografiado más de treinta veces entre la acera y el vestíbulo de los tribunales.

—¡Duerme con el cuello de la camisa puesto! —gritaba algún bromista.

—¡Apuesto dos contra uno a que se lo lava sin quitárselo! —exclamaba otro gracioso—. ¡Su señora se encarga de eso!

Fue un motivo de gran indignación que el hombre que había desafiado a la Corte Suprema de la Judicatura ocupara su asiento en la sala donde se celebraba la vista. Cuando los procuradores y los abogados de la defensa intentaron razonar con él, contestó con el más absoluto silencio. Corrió el rumor de que llevaba un revólver en el bolsillo, para proteger, si llegaba el caso, el honor de su pescuezo.

Los celebrados artistas, habiéndose percatado de la locura que suponía perder seiscientas o setecientas libras diarias porque Priam fuese un obstinado idiota, decidieron continuar los procedimientos. Porque el señor Oxford y otro ejército de reputados expertos procedentes de Europa estaban esperando su turno, dispuestos a demostrar que los cuadros eran obra de Priam Farll y no

podían ser de ningún otro artista, por mucho que se admitiera que fueron pintados después del sepelio en la Walhalla Nacional.

En efecto, demostraron su teoría por evidencias internas. En otros términos: probaron, mediante deducciones obtenidas del estudio de los lienzos, que Priam Farll tenía dos lunares en el cuello. Fue un milagro eminentemente legal. Y Priam, con su alto cuello almidonado y rígido, permaneció sentado y escuchando.

Los expertos, sin embargo, consiguieron otros dos resultados adicionales, aunque sin querer. Lograron que el juez se quedara profundamente dormido y que el público se aburriera soberanamente: todos empezaban a considerar que la vista no daba de sí todo lo que prometía en un principio. El peritaje duró dos sesiones completas y justificó el gasto de otras mil libras esterlinas. Al tercer día de esta segunda fase de la vista, Priam, un tanto insensible ya a la popularidad, reapareció con su misterioso cuello, y más obstinado que nunca en ocultarlo. Había leído en un periódico, que por otro lado dedicaba amplios reportajes a los lunares y a los expertos en pintura, cierto artículo en el que se aseguraba que la policía estaba reuniendo prima facie las pruebas necesarias de bigamia y que el arresto era inminente. Sin embargo, le ocurrió algo aún más extraño que un arresto por bigamia.

APARECEN NUEVAS PRUEBAS

La galería principal de la Magistratura Real, en el Palacio de Justicia, como otras galerías importantes, es un lugar donde se producen las conversaciones y los encuentros más extraños. Allí las personas reciben noticias que pueden cambiarles la vida, o pueden recibir simplemente una invitación para un almuerzo mediocre en el restaurante de la planta baja. Nunca se sabe. Priam, desde luego, no recibió una invitación para almorzar. Iba recorriendo las galerías abarrotadas de gente (pues, salvo por la ausencia de vendedores de cerillas o palillos, el pasillo era exactamente igual que las aceras del Strand a mediodía) cuando de repente vio al señor Oxford hablando con una mujer. No había cruzado ni una palabra con el señor Oxford desde la histórica escena del club, y seguía decidido a no volver a hablar con él; sin embargo, no habían llegado a formalizar una ruptura oficial de relaciones. Lo más prudente, pues, era dar media vuelta y coger otro pasillo. Y Priam, efectivamente, habría huido, siempre que hubiera sido capaz de actuar con una asombrosa prudencia y siempre que la prudencia signifique la capacidad para evitar encuentros desagradables. Pero en el momento en el que se estaba dando la vuelta, la mujer que se encontraba hablando con el señor Oxford lo vio, y avanzó hacia él con la rapidez del pensamiento, alargándole la mano. Era una dama alta y delgada, y tenía el envaramiento y la brusquedad que distinguen los movimientos de las muñecas holandesas. Llevaba un abrigo y una falda muy elegantes; pero tenía los pies muy grandes (no por culpa suya,

naturalmente, aunque hay quien considera los pies grandes como un crimen), y su sombrero, lleno de plumas, era mucho mayor todavía. Ocultaba su edad tras un velo.

—¿Cómo está usted, señor Farll? —exclamó dirigiéndose a Priam con firmeza, pero su voz revelaba sin embargo alguna emoción.

Era lady Sophia Entwistle.

—¿Cómo está usted? —dijo Priam estrechando la mano que le ofrecía la dama.

Y ya no tenían nada más que hacer, y nada más que decir.

Entonces el señor Oxford se acercó y le ofreció la mano al artista.

—¿Cómo está usted, señor Farll?

Y estrechando la odiada mano del señor Oxford, Priam volvió a decir:

—¿Cómo está usted?

Era como si el pasado no hubiera existido. Parecía que el tumulto de la galería se había tragado el pasado. Según las reglas comunes que deben guiar la conducta humana, lady Sophia Entwistle debía haber acusado moralmente a Priam, señalándolo con el dedo en un melodramático gesto, y haberlo condenado al desprecio del mundo por ser un hombre que jugaba con el corazón de las mujeres confiadas; y Priam debería haber echado de aquel lugar a patadas al señor Oxford, por ser un judío manipulador. Pero los tres se limitaron a darse la mano y a preguntarse cómo estaban, sin esperar siquiera una contestación. Esto demuestra hasta qué punto se han deteriorado las antiguas cualidades de la especie.

Hubo entonces un incómodo silencio.

—¿Supongo que ya sabrá usted, señor Farll, que tengo que declarar en este juicio? —dijo de repente lady Sophia.

—No —contestó Priam—, no lo sabía.

—Pues sí. Al parecer han estado buscando en vano por todo el continente a alguien que le conociera a usted por su nombre real y pudiera identificarle con toda seguridad; pero no pudieron encontrar a nadie… Sin duda, debido a sus métodos peculiares de vivir y de viajar.

—Seguramente —asintió Priam.

Priam Farll había cortejado a aquella mujer. La había besado. Habían prometido casarse. Aquello fue una locura por su parte; pero a los ojos de cualquier persona imparcial, las locuras de ese tipo no excusaban su espantada y la huida de los encantos intelectuales de aquella mujer.

La mirada de Priam penetró el velo que cubría el rostro de la dama. No, no era tan mayor como Alice. Ni era tan sencilla como Alice. Desde luego, lady Sophia sabía más que Alice y podía hablar de arte sin clavar un cuchillo en el alma del artista y hurgar después en la herida. Vestía mejor que Alice. Y, además, Alice nunca podría haber imitado siquiera su manera de comportarse en aquellas circunstancias, de aquel modo inocente, amable, correcto. Y sin embargo… Su actitud, sin discusión, era prodigiosamente admirable al fingir que no recordaba nada de lo que había pasado entre ellos. Y sin embargo… Incluso en aquel momento crítico y en aquella situación tan complicada, Priam tuvo energía suficiente para odiarla, sencillamente, por haber cometido la estupidez de cortejarla. Desde luego, ¡él no tenía excusa ninguna!

—Me encontraba en la India cuando me enteré de lo que ocurría —continuó lady Sophia—. Al principio pensé que sería una repetición del famoso caso Tichborne; pero después, conociéndole a usted como le conozco, pensé que tal vez no sería así.

—Y como da la casualidad de que lady Sophia está ahora en Londres —se apresuró a decir el señor Oxford—, ha tenido la exquisita amabilidad de prestarse a dar su valiosísima declaración en favor de mi causa.

—Es una manera un poco rara de explicarlo… —objetó lady Sophia con frialdad—. Yo estoy aquí únicamente porque usted me ha obligado a venir con una citación. Todo se debe a que conoce usted a mi tía.

—¡Desde luego, desde luego! —se apresuró a decir el señor Oxford—. Ya comprendo que, naturalmente, no ha de ser muy agradable para usted aparecer ante la sala como testigo y someterse a un interrogatorio. Ciertamente que no. Y le estoy sumamente agradecido por su generosidad, lady Sophia.

Priam comprendió la situación. Lady Sophia, después de su supuesta muerte, había comunicado a sus parientes que se había comprometido con él y que pensaban casarse; y el sinvergüenza del señor Oxford, un canalla sin escrúpulos, al tener conocimiento de ello, se había aprovechado de aquella circunstancia para obligarla, por procedimientos legales, a prestar declaración, dado que forzosamente había de ser a su favor. Y después de la declaración, el chiste que correría de boca en boca por la calle diría más o menos que Priam Farll, antes que casarse con aquella solterona vieja y pellejuda, había preferido hacerse pasar por muerto.

—Verá —le dijo el señor Oxford a Priam—, lo importante de la declaración de lady Sophia es que estuvo en París con usted y con su criado: el criado era obviamente el criado, y usted obviamente era su señor. Por tanto, no podrá discutirse que lady Sophia fuera engañada por un criado que se hizo pasar por su señor. Ha sido una gran suerte que por pura casualidad conociera el paradero de lady Sophia a tiempo. Justo a tiempo. ¡Ayer por la tarde!

El señor Oxford no mencionó en absoluto la obstinación de Priam en no mostrar el cuello. Parecía como si el señor Oxford considerase el cuello de Priam como un fenómeno natural, como el tiempo, como una roca en el mar, ¡como algo que hay que aceptar con resignación! ¡Ni rastro del menor enojo para con Priam! El príncipe de la diplomacia social, eso era el señor Oxford.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —preguntó lady Sophia a Priam.

El señor Oxford se retiró haciendo una mínima reverencia con la cabeza.

Lady Sophia miró fijamente a Priam. Él tuvo que admitir de nuevo que aquella mujer era estupenda. Ella era su gran error, pero era estupenda.

La última vez que estuvo con ella la había abrazado y también la había besado. Después, ella había asistido a su funeral, en la abadía de Westminster. ¡Y ahora parecía que su mirada había olvidado todo aquello! Estaba allí, delante de él, y parecía que había aceptado tranquila y educadamente aquel espantoso pasado. Aparentemente al menos, le había perdonado.

Lady Sophia dijo simplemente:

—Y ahora, dígame, señor Farll: ¿debo declarar o no? Depende de usted, ya lo sabe.

La naturalidad de su voz era sublime; era heroica. Incluso su pie le parecía ahora pequeño.

Priam se había jurado que antes se dejaría ahorcar que ayudar al desaprensivo señor Oxford desabrochándose el cuello de la camisa delante de todos los actores melodramáticos que formaban parte de aquella representación teatral. Había sido gravemente insultado, molestado, maltratado y explotado. Todo el mundo se había inmiscuido en su vida privada, y estaba decidido a dejarse ahorcar antes que mostrar aquellos lunares que podían resolver la cuestión en medio minuto.

Bueno, pues Lady Sophia le había puesto la soga al cuello.

—Por favor, no se preocupe —le dijo Priam—. Yo me ocuparé de esto.

En ese momento, Alice, que había salido después de su casa y que había llegado en un tren posterior, apareció en el pasillo.

—¡Buenos días, lady Sophia! —dijo Priam enseguida, quitándose el sombrero, y se fue.

REFLEXIONES SOBRE LA JUSTICIA

«Witt contra Parfitts», «Farll se quita el cuello», «¡Resolución!». Estos y otros anuncios semejantes figuraban en los carteles que mostraban los vendedores de periódicos del Strand. En la historia de la humanidad y los

imperios, nunca el hecho de desabrocharse un cuello almidonado (de la talla, 16 ½) causó la milésima parte de la conmoción que provocó el gesto de Priam. Fue uno de esos actos que marcan toda una época. Puso punto final al drama de Witt contra Parfitts. Sin embargo, los famosos artistas contratados no permitieron que la representación terminara así, de golpe. No: tenía que concluir lenta y majestuosamente, en su forma debida y con los gastos correspondientes. Hubo que llamar a nuevos testigos (tales como médicos), y volvieron a llamar a los que ya habían declarado. A Duncan Farll, por ejemplo, hubo que volverlo a llamar, y si la situación fue molesta para Priam, lo fue aún más para Duncan. Lo único positivo de Duncan en su derrota consistió en que el juez no lo desolló vivo en el sumario, ni el jurado al dar su veredicto.

Inglaterra respiró con alivio cuando el asunto concluyó definitivamente y los famosos artistas contratados se retiraron henchidos de gloria. La verdad era que Inglaterra, tan orgullosa de su sistema jurídico, había estado aterrorizada. Sus métodos judiciales habían estado a punto de fracasar a la hora de obligar a un hombre a desabrocharse el cuello de la camisa en público. En realidad, sí que había fracasado; pero al final todo había salido bien: así que Inglaterra fingió que solo había estado muy cerca del fracaso, pero nada más. Se habría cometido una grave injusticia si Priam se hubiera obstinado en no desabrocharse el cuello. La gente decía que la prisión por bigamia hubiera conllevado la retirada del cuello de la camisa; pero también se rumoreaba que la condena por bigamia de ninguna manera se basaba en hechos comprobados, debido a la inseguridad de la señora Leek en la identificación del acusado. En cualquier caso, la justicia inglesa había salido sana y salva del embrollo. Todo había sido asombroso, terrible y poco decoroso; pero todo el mundo se mostró muy prudente después del suceso. Y la prensa fue unánime a la hora de manifestar que alguna pena debía imponerse a Priam Farll, aunque fuera un gran artista.

La cuestión era esta: ¿qué artículo de la Ley utilizar para condenarlo? No había cometido bigamia. No había hecho nada. Solamente había dejado de hacer lo que tenía que hacer. Ni siquiera fue él quien proporcionó la información falsa en el Registro Civil. Y el doctor Cashmore no podía arrojar luz al caso, porque había muerto: su mujer y sus hijas habían conseguido matarlo. El juez había insinuado que la cólera eclesiástica del deán y del Capítulo catedralicio podrían caer sobre Priam de un modo violento y terrible, pero aquello quedó un poco raro y resultó poco satisfactorio para los ortodoxos de la Ley.

En resumen: el caso fue uno de los más curiosos que jamás se hubiera visto. Y solo por mantener en paz la conciencia nacional, por la dignidad nacional y la vanidad nacional, se permitió que cayese en el olvido a los pocos días. Y cuando los periódicos anunciaron que, por voluntad de Priam, se

terminaría de construir el Museo Farll y se haría donación del mismo a la Nación… La Nación, a pesar de todo, decidió aceptar aquella honorable compensación, y luego se fue a la playa para disfrutar como todos los años de las vacaciones estivales.

EL DESEO DE VIVIR

Alice insistió, así que inmediatamente antes de abandonar definitivamente Inglaterra, fueron. Priam fingió que solo hacía aquella visita por complacer a Alice, pero el hecho era que su propia curiosidad malsana también lo empujaba en la misma dirección. Cogieron un ómnibus que pasaba por delante de los teatros Putney Empire y Walham Green Empire, hasta Walham Green; y allí hicieron trasbordo, y subieron a otro que pasa por delante del Chelsea Empire, de los almacenes del Ejército y de la Armada y del hotel Windsor, hasta llegar a la puerta de la abadía de Westminster. Y dejando fuera el sol de octubre, se adentraron en la sombría soledad de la Walhalla. Era la primera vez que Alice entraba en la Walhalla, aunque, por supuesto, había oído hablar de ella. Cuando era joven había visitado el museo de Madame Tussaud y la Torre de Londres, pero no había tenido tiempo de ir a ver la Walhalla. El templo le causó una profunda impresión. Un sacristán les señaló la nave; pero no se atrevieron a pedir indicaciones más detalladas. No tuvieron valor para preguntar por él. Priam no podía hablar. En aquellos momentos no podía articular palabra, temiendo que su espíritu se le escapase por la boca y volase para siempre. Y no podía encontrar la tumba. A no ser por el tremendo sepulcro del todopoderoso Newton, la nave parecía tan desnuda como cuando vino al mundo. Sin embargo, estaba seguro de que lo habían enterrado en la nave, y hacía tres años solamente. ¿No era asombroso lo que había ocurrido en aquellos tres años? Sabía que la tumba seguía en su sitio e intacta, porque el Daily Record, en un artículo publicado la víspera, preguntaba, en nombre del público escandalizado, si el deán y el Capítulo no consideraban que tres meses era tiempo suficiente para corregir un error fundamental en el departamento de sepulturas. Priam estaba mustio; en realidad, se sentía algo melancólico desde la famosa vista judicial: tal vez fuera la visión de la cólera del deán y del Capítulo catedralicio que pendía sobre él. Incluso había dejado de dar aquellos alegres paseos por las calles de la ciudad. Y la incapacidad para descubrir la tumba intensificaba la tranquila y apacible tristeza que se había apoderado de él.

Alice, que miraba a un lado y a otro boquiabierta, exclamó de repente:

—¿Qué dice ahí?

Había visto una leyenda grabada en una de las pequeñas losas que forman el suelo de la nave. Ambos se detuvieron junto a la losa. «Priam Farll», decía simplemente, en delicados caracteres latinos, y debajo, las fechas. Eso era

todo. Al lado, en otras losas, descifraron los nombres de otros personajes famosos. Aquel método austero de señalar lugar de descanso de los muertos le pareció maravilloso a Priam, y consiguió que se sintiera orgulloso de sí mismo y de la ridícula Inglaterra, a la que, de todos modos, profesamos un amor extraordinario. Su melancolía se disipó. ¿Y sabes, lector, qué idea nació en su corazón y ascendió hasta su cerebro? «¡Por Júpiter! Tengo que pintar mejores cuadros que los que he pintado hasta ahora». Y el impulso de recomenzar su obra de creación invadió todo su ser. Las lágrimas anegaron sus ojos.

—Me gusta —murmuró Alice mirando la lápida—. Me parece muy hermoso.

Y Priam, con verdadera sinceridad porque lo sentía, y porque el deseo de vivir se volvió a apoderar de él, exclamó jovial y satisfecho:

—¡Me alegro de no estar ahí!

Se sonrieron mutuamente, e instintivamente sus manos se buscaron y se entrelazaron.

Pocos días después el deán y el Capítulo, obligados a actuar por una tremenda amonestación del Daily Record, enmendaron el piso de la Walhalla y dispusieron que los restos mortales del organismo inmortal conocido con el nombre de Henry Leek fueran trasladados con nocturnidad a otro lugar diferente.

A BORDO

Pocos días después, un vapor de la compañía North German Lloyd zarpó de Southampton con dirección a Argel, llevando a bordo entre sus pasajeros a Priam y a Alice. Era una noche estrellada, y tras la popa del buque iba quedando una ancha y blanca estela de agua espumosa que trazaba un camino que parecía conducir a Inglaterra. Priam había llegado a amar las laderas de Putney, con el ancho Támesis a sus pies; pero su expresión delataba algo semejante a la satisfacción por salir de Inglaterra. Su estancia en nuestro país no se había visto coronada por el éxito. Priam no era un ser criado para la sociedad, ni para ser famoso, ni para demostrar tacto y prudencia en las crisis de la vida. No sabía hablar bien, ni leer bien, ni conseguía expresarse convenientemente con sus actos. Solo era capaz de expresarse bien con el extremo del pincel; solo podía pintar, y pintar cuadros bellísimos. Eso constituía la mayor parte de su capacidad vital. En cuestiones menores puede que hubiera sido en muchas ocasiones un estúpido; pero nunca había sido un estúpido en el lienzo. En el lienzo lo decía todo, y lo decía a la perfección, para aquellos que supieran leer, para aquellos que pudiesen leer, para aquellos que fueran capaces de leer lo que su pincel diría hasta quinientos años, o más, después de su muerte. ¿Por qué esperar más de él? ¿Por qué sentirse

decepcionados con él? Uno no piensa que un acróbata funambulista tenga que ser también un gran jugador de billar. Y tú mismo, lector, espejo de prudencia y sabiduría, seguramente habrías evitado todos los errores que cometió Priam a la hora de desenvolverse en esta sociedad. Pero, ya ves, en otros sentidos era un genio.

Y conforme el vapor iba aumentando la distancia que les separaba de Inglaterra, un pensamiento revoloteaba en la imaginación de Priam:

«Me pregunto qué harán conmigo la próxima vez…».

No imagines, lector, que ni él ni Alice iban en la popa del vapor contemplando con melancolía el perfil de la extraordinaria isla que dejaban atrás. ¡No! Ambos tenían poderosísimas razones para no hacerlo. Aquel solo era uno de aquellos momentos de relativa calma que siempre seguían a las furiosas rebeliones emocionales, cuando Priam era capaz de pensar y reflexionar, y apreciar sus propias limitaciones, y meditar, lleno de alegría, en la perspectiva de una vida dedicada exclusivamente a la única actividad en la que podía actuar con genio y talento, en un dulce exilio y en compañía de su encantadora Alice.

Freeditorial